
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00883147 1


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

I

POESÍAS

DE

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

(LA DÉCIMA MUSA MEJICANA)

PRECEDIDA DE SU BIOGRAFÍA,

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS DE

ESCRITORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS

por

Don Antonio Elías de Molíns

Correspondiente de la Real Academia

de la Historia



MADRID

Librería de Victoriano Suárez

Calle de Preciados, 48

Tipografía, Santa Mónica, 2.—Barcelona.



NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Ha dicho un escritor: «Si discurriéramos por las mujeres sabias y agudas, sin ofensa de alguna, se puede asegurar que ninguna dió tales altas muestras que saliesen á la luz pública, como la famosa monja sor Juana Inés de la Cruz».

Nació esta celebrada poetisa mejicana en San Miguel de Nepantla, alquería situada al S.E. de Mejico, el dia 12 de Noviembre de 1615 y fué bautizada en el pueblo de Ameco-

(1) Carta athenagórica de Sor Juana Inés de la Cruz respondiendo á la que le había dirigido al Obispo de Puebla don Manuel Fernández de Santa Cruz. Escrita con el pseudónimo de Sor Philotea de la Cruz.

Contiene datos sobre su vida.

Aprobación del Reverendísimo P. Diego de Calleja de la Compañía de Jesús. Está en el tercer tomo de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz.

Exequias Mythológicas, Llanto Pierides: Coronación Apolinea en la Fama Pos-

meta (2). Murió en 17 de Abril de 1691. Fueron sus padres Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara (Guipúzcoa), Isabel Ramírez de Cantillana, del pueblo de Ayacapistla (Méjico) hija de padres españoles.

Un reverendo padre que escribió su biografía consigna datos sobre su niñez y aficiones á las letras; dice que «á los tres años de edad, en ocasión de ir, á hurto de su madre, con una hermanita suya á la maestra, dió su entendimiento la primera respiración de vivo: vió que daban lección á su hermana, y como si ya entonces supiera, que no es mayoría en las almas el exceso en los años, se creyó hábil de enseñanza, y pidió que también á ella la diesen lección. La maestra lo recusaba, porque en el balbucir de la niña, aun no era posible discernir si los yerros, que pronunciase, serían del pico ú la rudeza, hasta que el uso la desengañó, porque á las primeras

---

thuma de la sigular poetisa escrito por el Bachiller don Lorenzo González de la Sancha.

Juan Ignacio de Cestona dice que trajo de Méjico á Madrid este libro, que debía darse á la estampación con una oración fúnebre del licenciado don Carlos Sigüenza, Catedrático de matemáticas de la Real Universidad de Méjico.

Biblioteca Hispano-Americana septentrional, por José M. Beristain de Souza:—Méjico, Oficina de don Alejandro Valdés. 1816-19 21.

Vida de Sor Juana Inés de la Cruz. Biblioteca Nacional de Madrid, X, 6.

Biografía de Sor Juana. Semanario pintoresco español de 1845. Reproducción con alguna adición de la que escribió el Padre Calleja.

Biografía en verso de Sor Juana Inés de la Cruz, por don Eduardo Asquerin. Publicada en el periódico «La América» (Madrid). Núms. 11 y 12 del año 1857.

Biographie universelle, ancienne et moderne, París. Tomo 23, pág. 81.

Poetas líricos del siglo XVII. Biblioteca de autores españoles, de Rivadeneyra, tomo 2, págs. 345 y 347.

Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, por don Cayetano Alberto de la Barrera. Madrid, imp. de Rivadeneyra, 1680. Págs. 107.

Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX, por Juan María Gutierrez. Buenos Ayres, imprenta de El Siglo, 1865. En 8.°, VII-355 páginas.

lecciones, sin haberle podido sujetar a las asperezas del deletréo, leía de corrido; y al fin, en dos años aprendió á leer y escribir, cantar, y las menudencias curiosas de labor blanca, éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad si hubiera habido menester que fuesen su tarea».

No contaba ocho años de edad cuando en premio de su aplicación se le entregó un libro por una loa que había compuesto; cumplida aquella edad pasó á Méjico para que viviera con un abuelo suyo y seguir con mayores medios los estudios comenzados. El bachiller Martínez de Oliva, dió certificado que en sólo veinte lecciones de lengua latina que le dió, aprendió ésta á la perfección. Con los años creció su afición al estudio, y fué pronto admirada por su saber y profundidad de conocimientos en las letras y facilidad en escribir en diversos géneros.

Poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, por E. Garrido. Revista europea. Número de 1.º de noviembre de 1874.

Discurso del Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia, leído en el acto solemne de su recepción en la Academia española.

Galeria de escritores mejicanos contemporáneos por don Victoriano Agüero. Artículos publicados en la «Ilustración española y americana» y en Méjico, 1880.

Mujeres célebres. Sor Juana Inés de la Cruz, por don Jesús Pando y Valle. Artículo en el periódico «El Tiempo», Madrid.

Sor Juana Inés de la Cruz, por don José María Vigil. Revista europea, número de 1 de Octubre de 1876.

Bolch de Faber. Floresta de rimas castellanas.

Colección de poesías mejicanas. París, 1838.

Academia mexicana.—Antología de poetas mexicanos, publicada por la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española. Segunda edición. México. Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1894. En 4.º, VI 488-111 págs. Madrid. Librería de G. Sánchez.

América y sus mujeres, por la baronesa de Wilson. Barcelona. Est. Tip. de Fidel Giró, s. a. (1890). En 4.º, 466 págs. con láminas.

Logró entrada en el palacio del Virrey, que lo era en aquella sazón el marqués de Mancera; cobróle afición su esposa, pero dudando de su saber y de la exactitud de lo que en público se decia, juntó cuarenta sugetos reputados en Méjico para que sometieran á un exámen á la joven poetisa. Brillante fué el éxito obtenido; defendióse de sus censores de la manera que un galeón real se defendería de pocas faluchas que lo embistiesen.»

Vióse elogiada por la buena sociedad mejicana, que admiraba su discreción, talento y hermosura (3); era admitida por todos y todos gozaban con su presencia, pero fuera por algun desengaño ó consejos de un jesuita, determinó encerrarse en un claustro, ingresando en la orden de San Jerónimo (4). Su afición á las letras no menguó; tomó mayor solidez y sus producciones fueron muchas y muy celebradas por sus coetáneos, que disfrutaban de ellas en copias manuscritas.

Antología de poetas hispano americanos publicada por la Real Academia Española. Tomo I. Méjico y América central. Madrid. Est. tip. de Sucesores de Rivadeneyra, 1893.

La introducción escrita por don Marcelino Menéndez y Pelayo, contiene un juicio crítico de las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz y una nota bio-bibliográfica (páginas LXVI-LXXII).

(2) Algunos autores dicen que nació en este pueblo, fundándose en el soneto que acaba dicendo:

i «Porque eres zancarrón y yo de Meca.»

Equivocadamente don Manuel de Revilla y don P. Alcántara García, dicen en la obra «Principios generales de literatura español», tomo II, pág. 451, que Juana Inés de la Cruz era peruana, natural de Guipuncoa.

(3) La edición de 1700, Madrid, de las Obras y fama póstuma de Sor Juana lleva su retrato ornado de emblemas y alegorías y los escudos de armas de los protectores de esta edición, de la Reina y de la marquesa del Valle. Fué dibujado por José Caldeville y grabado por Clemente Picoche.

En el «Semanario pintoresco» de 1845 se lee: «El retrato que ofrecemos al público es copia exacta del que se conserva en el convento de San Jerónimo de esta ciudad».

Su modestia era mucha y los aplausos eran recibidos con frialdad y desconfianza.

«Yo no estudio para escribir—decía—ní menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino solo por ver si ignoro menos.»

«Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación á las letras, que ni agenas reprehensiones (que he tenido muchas) ní propias noblezas (que hecho no pocas) han bastado para que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí.»

Estas aficiones no eran del agrado de la superiora del convento, que decía: «lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata á las cosas de la tierra, que no desee penetrar lo que pasa en el cielo» (5).

Sor Juana Inés de la Cruz nos dice que aquella devota prelada era muy santa y muy cándida, creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo le obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto no tomar libros; en cuanto à no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máqnina universal.»

A la edad de 44 años (17 de Abril de 1695) falleció, de todos llorada, sor Juana Inés de la Cruz.

(4) Antes de entrar en el convento vendió, entregando su producto á los pobres, su librería compuesta de más de 4.000 volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto poseía.

(5) La privación de tener libros y estudiar, á pesar de la conformidad que mostró con esta orden, le produjo grave enfermedad, de la que sanó por cuidados esmerados. Convaleciente, le fueron restituídos los libros.

Sobre el merito de sus composiciones poéticas, que fueron muchas, sus panegiristas del siglo XVII escribieron sendos trabajos y diósele el calificativo de «décima musa mejicana».

Las ediciones que de sus producciones se hicieron en España fueron varios y alcanzaron éxito, y eran leídas con avidez y fué colocada su autora en el Parnaso español como uno de sus mejores ornamentos.





JUICIOS CRÍTICOS

De Don Nicasio Gallego (1)

Puede asegurarse que las primeras obras poéticas que, por su variedad, extensión y crédito, merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de Méjico, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la «Décima Musa», y contando entre sus panegiristas al erudito Feijóo. Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digno de ellos la poetisa mejicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempo los más infelices de la literatura española, y sus versos atestados de las extravagancias gongorianas y de conceptos pueriles y alambicados, que estaban entonces en el más alto precio, yacen entre el polvo de las bibliotecas de la restauración del buen gusto.

De Don Enrique Olaverría (2)

Demostrado está que de sólo dos escritores de reconocida eminencia puede enorgullecerse la dominación colonial en Méjico: D. Juan Ruíz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. Aquél figura en uno de los primeros puestos del Gran Teatro Castellano, contándose entre los seis grandes dramáticos españoles. El autor de «La verdad sospechosa», es por demás conocido de mis lectores para que sea necesario decirles como nació en Tasco, ciudad que aún hoy figura en la República Mejicana. Sor Juana Inés de la Cruz, se mostró digna compatriota del primero en su deliciosa comedia «Los empeños de una casa», y sin el drama de amores que la indujo á profe-

(1) Prólogo á las obras literarias de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Madrid, imp. de M Rivadeneyra, 1869. Tomo I. pág. IX.

(2) *El Arte Literario en Méjico*, por don Enrique de Olaverría. Madrid· Espinosa y Bautista (1878). En 8.°

sar, coartándola en lo absoluto la libertad de escribir sus obras líricas que mal disfrazan con una rebuscada forma ascética los verdaderos sentimientos de su alma, hecha para la sociedad, no para el claustro, le señalaría uno de los más encumbrados puestos entre los clásicos españoles.

De Don José María Vigil (1)

. . . .

Las citas que dejo hechas muestran de sobra, no sólo el genio profundamente filosófico de sor Juana, sino también la especie de filosofía á que la fuerza de su natural la inclinaba. En efecto, recorriendo sus obras se nota desde luego que aquel espíritu, á pesar de conocer á fondo todas las sutilezas de la escolástica, era eminentemente positivo. La claridad de aquella grande inteligencia se refleja en todas sus composiciones, notables por la sencillez de su expresión, por la diafanidad de las ideas, por la naturalidad del lenguaje, por el buen sentido que en ellas domina; cualidades todas que raras veces se encuentran aún en los prosistas españoles de aquella época. Esa claridad mal podía avenirse con las sutiles especulaciones de una fuerza metafísica. Analizando los hechos más insignificantes, fundaba en su constante observación la base de deducciones que le venían á revelar las leyes inmutables de la naturaleza. Esta actividad prodigiosa no se detenía ni aún en el sueño, durante el cual solía sentirse más libre que despierta, arguyendo, haciendo versos y sutilizando las cuestiones que más la preocupaban. Poco importaba que alguna prelada idiota la prohibiera toda ocupación literaria; ella encontraba en todas partes objetos de serias meditaciones; la cosa más insignificante, en el mezquino círculo que la rodeaba, ofrecía motivos para que su pensamiento desplegase sus alas de águila, yendo á perderse en un mundo de sublimes concepciones. Y esta necesidad de pensar era en ella tan imperiosa, que ni su propio esfuerzo era bastante á contrariarla, sucediendo que la actividad de sus ideas la consumiese más en un cuarto de hora, que el estudio de los libros en cuatro días.

Pero oigamos las críticas revelaciones que ella mismo hace: «Nada veía mi reflejo—dice—nada oía mi consideración, aún en las cosas menudas y materiales, porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el «mi fecit Deus», no hay alguna que no pasme el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo á decir, las miraba y admiraba todas, de tal manera, que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones: de donde emanaría aquella variedad de genios é ingenios, siendo todos de una misma especie; cuales serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban. Se veía una figura, estaba combinando la porción de sus líneas, y midiéndola con el entendimiento, y reduciéndola á otras diferentes. Paseábame algunas ve-

(1) *Revista Europea.* Número de 1.° de octubre de 1876, página 433.

ces en el testero de un dormitorio nuestro, que es una pieza muy capaz, y estaba observando, que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo á nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una á otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van á formar una figura piramidal. Y discurría si será esta la razón que obligó á los antiguos á dudar si el mundo era esférico ó no; porque aunque lo parece, podía ser engañado de vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.»

«Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar, porque me cansa la cabeza; y yo creía que á todos sucedía esto mismo, y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha mostrado lo contrario; y es de tal manera esta naturaleza ó costumbre, que nada veo sin segunda consideración.»

. . . .

Esto me ha hecho pensar que Sor Juana no solo fué superior á la época en que vivió, sino que hoy mismo, á pesar de los grandes progresos realizados, no habría podido encontrar un medio social á propósito para sus aspiraciones sino en un pueblo como los Estados-Unidos de América, los más próximos á resolver el problema de la emancipación de la mujer.

Por otra parte, nos parece que esta clase de consideraciones me absolutamente indispensables, para poder valorizar el mérito de las producciones literarias de nuestra poetisa. Sobre este particular, permítaseme una observación que, aunque no está de acuerdo con la opinión general de los que en esta materia se han ocupado, no emito, sin embargo, sino después de un maduro examen. Un crítico español, el Sr. Mesonero Romanos, ha dicho, por ejemplo, que es peculiar ó frecuente de sor Juana el estilo culto, metafórico y alambicado, que entonces se llamaba sublime, y que tan á la moda habían puesto Diamante y Cáudamo, á quienes casi siempre llega á exceder en él. Pues bien; y nada hay más destituído de fundamento que semejante aserción, siendo verdad precisamente lo contrario, que en sus composiciones son muy pocas las faltas de buen gusto que la decadencia había introducido en el estilo literario, pudiéndose notar en lo general esa claridad de pensamiento, esa precisión de imágenes, ese lenguaje correcto y apropiado á la pasión que se expresa, y que caracterizan á los buenos escritores del siglo XVIII.

Como si la misma Sor Juana hubiese querido de antemano sincerarse de esta clase de inculpaciones, dejó entre sus obras el «Sueño», extensa imitación de Góngora, á la cual puede aplicarse en todas sus partes el juicio del crítico español que he citado. Pero esta imitación difiere tanto del resto de sus composiciones, que parece producto de diverso ingenio, sirviendo no sólo para probar su capacidad en manejar varios estilos, sino más especialmente para hacer resaltar las buenas cualidades del suyo propio, puesto que lo alambicado y metafórico sólo aparece cuando

se propuso imitar al fundador de una escuela que por tan dilatados tiempos ejerció la más perniciosa influencia en la literatura española.

No podría ser de otro modo si se atiende á que la admirable claridad del buen sentido es lo que forma el carácter más saliente de aquella privilegiada inteligencia. Entre sus numerosas composiciones poéticas pueden presentarse excelentes ejemplos, que demuestran la verdadera inspiración y facundia de una escritora que cultivaba con igual facilidad todos los géneros. Sus composiciones amatorias son modelos de de pasión, de ternura; de la más exquisita delicadeza. Nada de exajeración, nada de esta metafísica absurda con que se disfrazan á menudo la pobreza de la idea y la sequedad del sentimiento La melancolía de la ausencia, el punzante dolor de los celos, las luchas, las contradicciones la tristeza y el entusiasmo que forman el drama íntimo de un alma apasionada, todo está allí pintado con tal verdad, con tal colorido que es imposible sustraerse á la impresión que deja su lectura. Sus liras, sus redondillas, sus sonetos, sus romances, sus endechas, serían suficientes para formar una envidiable reputación literaria. Y cuando en nuestros días puede leerse con gusto por toda clase de personas, sin encontrar ni giros violentos ni locuciones obscuras é extravagantes, me parece que no puede darse una prueba más satisfactoria de que esas composiciones están muy lejos de adolecer de los defectos que les atribuye el crítico español.

No menos notables son las composiciones festivas, en las cuales resplandecen especialmente la agudeza y la travesura de su ingenio, cuya clara penetración le hacía ver todas las ridiculeces y extravagancias de la sociedad en que vivía. Entre estas composiciones hay algunos epígramas que pueden ser contados entre los mejores escritos en nuestro idioma. Véase de qué manera tan ingeniosa se burla de una fea que presume de bella:

«Que te dán en la hermosura
La palma, dices, Leonor.
La de virgen es mejor
Que tu cara lo asegura.
No te precies con descoco
Que á todos robas el alma,
Que si te han dado la palma
Es, Leonor, porque eres coco.»

. . . .

La grande y bien merecida fama que llegó á adquirir nuestra poetisa, así en América como Europa, hizo que muchos ingenios le dirigiesen las más entusiastas alabanzas, sazonadas con extravagantes hipérboles, que eran tan del gusto de aquella época. Casi siempre Sor Juana contestaba á tales elogios en composiciones llenas de graciosos donaires que, sin ofender á sus admiradores, reducía á delicada burla los exajerados aplausos.

. . . .

Dos comedias con sus respectivas loas y sainetes, «Amar es más laberinto» y los «Empeños de una casa», y tres autos sacramentales, «El divino Narciso», «El Mártir del Sacramento San Hermenegildo» y «El Cetro de Joseph», son las obras que nos quedan para juzgar del talento dramático de nuestra autora. Entre estas composiciones, la de más mérito y que más se acerca á la buena comedia, es seguramente la segunda, «demostrando—dice el crítico español antes citado—que á su claro ingenio y natural agudeza, no le estaban negados los caminos del buen gusto, y que si no fuera por la fascinación propia de la época en que escribía, no hubiera sido esta sola composición en la que hubiera dado á conocer su competencia para la dramático».

Este juicio, por lo demás, procede de la falsa apreciación que antes he hecho notar acerca del estilo de la poesía mejicana, pues en todas sus composiciones, aun en aquellas cuyas formas han caducado enteramente, como los villancicos, las loas y los autos sacramentales, se encuentran trozos líricos admirables, diálogos de una fluidez y una viveza que los ponen al nivel de los mejores que posee el teatro español, y sobre todo, ese gran conocimiento del corazón humano, ese talento de inventiva para crear situaciones interesantes y para desarrollar y llevar á cabo una acción bien sostenida, cualidades que constituyen á un buen autor dramático.

. . . .

De Garrido Estrada (1)

Las poesías de la madre Juana se dividen en sagradas y profanas; las primeras son loas, destinadas á celebrar la profesión de una religiosa, la consagración de un nuevo templo y otras solemnidades cristianas, y son un conjunto de villancicos, letrillas, seguidillas y de composiciones caprichosas, escritas sin duda muy descuidadamente en su mayor parte; y los autos sacramentales, pensados y compuestos con mayor atención y cuidado.

Los profanos son muy varios, como que abarcan desde el poema al romance, pasando por el drama lírico, la comedia, el sainete, el soneto, las endechas, las glosas y el epígrama.

. . . .

Entre los sonetos, que no son pocos, se encuentran, á nuestro parecer, algunos de no escaso mérito.

. . . .

Encontramos asimismo entre las composiciones tituladas «Liras», algunas de no

---

(1) *Poesías de Sor Inés de la Cruz.* Artículo en la *Revista Europea,* tomo 3.°, página 12.

mal gusto y de mucho sentimiento. Su extensión no nos permite transcribirlas, debiendo limitarnos tan sólo á copiar como muestra algunas estrofas de la escrita para dar encarecida satisfacción de unos celos».

Si esta escritora hubiese venido al mundo un siglo antes ó un siglo después de aquel en que nació, si hubiera podido escribir al comenzar el siglo XVII, teniendo como modelos las obras inmortales de nuestros buenos padres, y no al finalizar aquél, en el que el gongorismo había conseguido eclipsar, aunque por breve tiempo, las imperecederas glorias de Jorge Manrique, Lope de Vega, Tirso y otros, probándose de tal modo que la decadencia de una nación se refleja, como en fiel espejo, en las bellas letras; ó si hubiera nacido un siglo después, al finalizar el XVIII, en que la reacción hacía el buen gusto y el descrédito del «cultísimo» eran ya completos; es, decíamos, para nosotros indudable que la madre Juana, aquilatado el buen gusto, hubiera dado constantemente digna aplicación á su imaginación, á su talento y á sus excelentes facultades poéticas.

Si encerrada en un claustro, lejos de la metrópoli de la monarquía y de las bellas letras, bebiendo en las turbias fuentes del gongorismo y siguiendo la desdichada corriente de su época que consideraba el cultismo como el «summum» de la perfección literaria, todavía la distinguida religiosa dió claras pruebas de buen gusto y escribe poesías que en nuestros días de ilustración y de delicado crítica se leen con delectación y placer, séanos lícito afirmar de nuevo que la madre sor Juana Inés de la Cruz, colocada en diferentes y más favorables circunstancias, hubiera podido ocupar más elevado lugar en el Parnaso, del que, sin embargo, la consideramos por todos estilos merecedora. Tal es nuestra humilde opinión.

. . . .

Del Conde de Casa Valencia (1)

Otra monja en lejanas tierras nacida y educada fué la última escritora notable en los tiempos de la dinastía austriaca. Nueva España, hermosa región, teatro de las hazañas del más grande y eminente de los conquistadores españoles de América, pagó antes que con la ponderada riqueza de sus minas con el peregrino ingenio de sus hijos, la predilección con que siempre la miró España, y sus perseverantes esfuerzos para llevarla á un alto grado de civilización y cultura. En Méjico vino á la vida el insigne poeta don Juan Ruiz de Alarcón, gloria de nuestro teatro, á quien imitó Corneille en alguna de sus comedias; en Méjico vió la luz el discreto Gorostiza, cuyas obras dramáticas se aplaudieron con justicia en los años primeros del presente siglo; en Méjico y en 1651 nació la célebre sor Juana Inés de la Cruz, en cuyo elogio se escribieron con entusiasmo tomos enteros, contando entre sus panegiristas al

(1) Discurso del Excmo. Sr. Conde de Casa Valencia; leído en el acto solemne de su recepción en la Real Academia Española.

padre Feijóo. Ejemplo ofrece esta poetisa, más que otra alguna, de la exageración en la alabanza y en la censura de que adolece con frecuencia en nuestro país la crítica literaria. Llamáronla décima musa sus contemporáneos, y posteriormente se quiso hasta expulsarla del Parnaso. La verdad, como acontece en casos semejantes, se encuentra á igual distancia de esos dos extremos. D. Juan Nicasio Gallego, autoridad no recusable, reconoce en ella gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, si bien añade que por tener la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempo los más infelices de la literatura española, se ven sus versos atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio.

Del pervertido gusto de la época da suficiente testimonio el título de la tercera edición de las poesías de esta escritora, impresa en Zaragoza en 1692. «Poema de la única poetisa americana, musa décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Gerónimo de la imperial ciudad de Méjico, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asumptos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos y útiles versos, para enseñanza, recreo y admiración». Bien se advierte que fertilizar varios asuntos en varios metros, con sutiles versos, se debió escribir en el propio tiempo de decadencia en que se publicaban las «Gracias de la gracia» y «Saladas agudezas de los santos». Cultivó la monja mejicana la poesía dramática, y no carecen de mérito sus dos comedias «Amor es más laberinto» y «Los empeños de una casa», y los autos sacramentales «El mártir del Sacramento San Hermenegildo» y «El cetro de Joseph». Pero brillan más sus conocimientos y su númen, en las poesías líricas que escribió en castellano, en latín y en uno de los dialectos que hablan los indios mejicanos; y es de notar, recordando su estado y su vida monástica, que casi siempre trató de asuntos profanos, y que sus villancicos, nocturnos y romances religiosos muy inferiores son á sus versos inspirados por mundanos afectos. Véase en qué términos pinta los tormentos de querer sin ser correspondida, y de ser amada por quien no merece sus favores:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor, sin igual, en mi sentido;
más que me quiera Silvio aborrecido
es menor mal, más no menor enfado.
¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?
Si de Silvio me cansa el rendimiento,
á Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
á mí me busca el otro agradecida;

por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Un largo romance dedica á discurrir sobre los celos, del cual copiaremos algunos discretos conceptos:

Son ellos de que hay amor
el signo más manifiesto,
como la humedad del agua
y como el humo del fuego.
El que no los siente amando,
del indicio más pequeño.
en tranquilidad de tibio
goza bonanzas de necio;
que asegurarse en las dichas,
solamente puede hacerlo
la villana confianza
del propio merecimiento.
Para obtener celos basta
solo el temor de tenerlos;
que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.
Temer yo que haya quien quiera
festejar á quien festejo,
aspirar á mi fortuna
y solicitar mi empleo,
no es ofender lo que adoro,
antes es un alto aprecio
el pensar que deben todos
adorar lo que yo quiero,
El que es discreto, á quien ama
le ha de mostrar que el recelo
lo tiene en la voluntad,
y no en el entendimiento.

. . . .

De Don Victoriano Agüero (1)

Razón había para que aquí, en Méjico la literatura careciese de vigor y brillantez, y disculpas sobradas para disipar los cargos que con este motivo se han

(1) *Galería de escritores Mejicanos contemporáneos.* Méjico, 1880.

formulado contra el gobierno colonial. La literatura española, modelo único de la americana, estaba á la sazón en igual grado de pobreza; había llegado para ella una época de terrible decadencia. Los ingenios del siglo XVI, Garcilaso y Francisco de la Torre; Fray Luis de León, Herrera y Rioja, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega y el monje de la Merced, Tirso de Molina, habían pasado ya, dejando al mundo embelesado y al parecer atónito, y á sus discípulos sin ánimo ni fuerzas para lanzarse á los espacios en que ellos habían buscado la inspiración de sus inmortales escritos. efecto, los poetas españoles posteriores á la magnífica pléyade de los ¿Qué hicieron, en que acabo de citar? Imitar servilmente, con ninguna fortuna por cierto, las excelentes composiciones de éstos; corromper el gusto, el estilo y el lenguaje con el culteranismo de Góngora, falsear los atavíos necesarios y hasta el idioma, la significación propia de las palabras.—En Méjico, pues, cuya literatura, como ya he dicho, se alimentaba únicamente de aquélla, no podía dejar de sentirse la lamentable influencia consiguiente. Sin embargo, por dicha nuestra y para honor de nuestra patria, un grande ingenio, un verdadero portento, maravilla del siglo XVII, se abrió paso por entre los humildes poetas de la colonia para dar vida, animación y vigor á la modesta literatura mejicana: la célebre monja SOR JUANA INES DE LA CRUZ. Esta inmortal poetisa, llamada por sus contemporáneos la «décima musa», brilla desde entonces con encendido esplendor en el cielo literario de Méjico, ella es, sin duda alguna, la que desde aquel tiempo hasta hoy ocupa el primer lugar en nuestra literatura por su genio incomparable, su vastísima erudición y las exquisitas galas de sus obras. Educada en el claustro y entregada allí, á su amoroso calor, á los apacibles goces del estudio, supo elevar se en alas de su imaginación privilegiada y poderosa á las regiones del verdadero saber y de la adorable virtud, produciendo en seguida páginas admirables de una belleza y profundidad indecibles. Sor Juana es, en mi humilde concepto, la madre de nuestra poesía, la fundadora de la literatura mejicana: antes de ella, según he dicho, apenas se habían dejado oir algunas débiles y tímidas vibraciones, ecos de las liras de los poetas de la Península, empapados, es cierto, en la más ardiente piedad religiosa, pero faltas absolutamente de esas galas deslumbradoras, de esos enérgicos atavíos que dan vida, á través de siglos de vicisitudes, á las creaciones del verdadero genio. No son perfectas las obras de Sor Juana, ni creo yo que puedan servir de modelo á la juventud estudiosa; empero es justo reconocer que ella se libró, hasta donde era posible, del contagio general del gongorismo. Al apagarse, pues, para siempre la luminosa y extraordinaria inteligencia de tan maravillosa mujer, todos los que en Méjico se sintieron con ánimo de pulsar la lira pudieron muy bien tomar sus obras como una brújula que seguir, como un modelo de imitar: y en efecto, todos procuraron explotar los asuntos que ella había explotado y expresarse como se había expresado. Nada consiguieron, sin embargo: sus imitaciones eran pálidas; sus pensamientos, sin lozanía ni vigor; su locución, confusa, viciada y hasta extravagante.

De Don Jesús Pando y Valle (1)

Es un error grave y de funestas consecuencias el no procurar dar á la mujer el privilegiado puesto que le corresponde en el concierto social. La mujer, ahora como siempre, ha sido el más poderoso elemento de la regeneración, la compañera inseparable del hombre, que le debe sus mejores días y no poca gloria, y ella como él, y acaso mejor que él, sabe sentir la belleza y el amor, y poniendo por escudo su virtud, domina el mal, atrayendo hacia el bien con sus gracias á séres extraviados.

De estas verdades es prueba irrecusable lo que en esta serie de artículos decimos, muy especialmente en este que, vamos á ocuparnos de la ejemplar é inspirada poetisa que nació en la alquería de Nepanthala, distante doce leguas de Méjico, á mediados del siglo XVII, llamada Sor Juana Inés de la Cruz.

La primera noticia que tuvimos de esta insigne escritora fué leyendo «La mujer», de Severo Catalina, cuando en su capítulo «Los extravíos» cita unas estrofas de aquélla, divinas, que nos obligaron á leer las crónicas mejicanas para conocer la historia de la reputada poetisa.

A pesar de lo retirada que se hallaba del mundo la bella Juana, se persuadió de que los ecos perdidos que llegaban á su habitación desde los salones de los virreyes, cuando se celebraban los saraos, y la atmósfera mundanal que la rodeaba, eran menos apropósito para el género de trabajos á que se dedicaba y á que tanta afición tenía, que los solitarios claustros, que la misteriosa y santa celda del convento; y se fué á respirar aire de clausura como ha dicho muy bien hablando de ella Fernández Guerra (D. Aureliano).

La gravedad de las costumbres monásticas, la sencillez de las vírgenes dedicadas á la oración, los suaves y melancólicos sonidos del órgano, al ser tocado por blanquísimas manos, á cuyos acordes se entonan los místicos salmos de David, inspiran al menos sensible; con cuanta más razón, pues, arrebatarían á la que desde su infancia había sido admiración de los que la conocían, por su imaginación florida y por la facilidad en el difícil arte de hacer versos.

Si antes de entrar en el monasterio habia merecido de sus contemporáneos el dictado de Décima Musa, después de haber paseado los claustros, adorado las imágenes de sus altares y aspirado el perfume de las solitarias flores de sus jardines, bien merece llamarse Divina Musa. Y en verdad, sus trovas son celestes, puras, melódicas, insinuantes, y sólo pueden compararse con el Cantar de los Cantares.

En apartado retiro de su estrecha morada, en lucha constantemente con sus pensamientos y procurando sacar á salvo los fueros de la mujer, no sólo compuso poesías religiosas y profanas, sino que escribió magnificos artículos y eruditas cartas; de los primeros citaremos el que tituló «La vida monástica», y ya en el lema va in-

(1) *Mujeres célebres. Sor Juana Inès de la Cruz.* Artículo en el periódico madrileño *El Tiempo.*

dicado su objeto: en él, á semejanza de Santa Teresa de Jesús, da reglas á sus compañeras para resistir las tentaciones y combatir los inmoderados deseos. De las segundas, es decir, de las cartas, las más notables fueron las dirigidas al R. P. Don Antonio de Bieyra, acerca de un sermón del mismo, y otra á Sor Philotea de la Cruz; en ambas presenta de relieve sus dotes singularísimas para la literatura, su esquisito conocimiento del corazón humano y una vasta instrucción.

. . . .

De la Baronesa de Wilson (1)

Sus obras encierran estética, consumado y sobresaliente ingenio que adoptaba todas las formas y traducía el caudal inagotable de la mente, por más que se observen algunos lunares y adolecen de la exageración y extravagancia que era propia de su tiempo y en todos los poetas apasionados é imitadores de Góngora y del «culterismo»; pero aún así, tiene mérito inmortal.

De M. Menéndez Pelayo (2)

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta, doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no solo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron á algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Pocas son, á la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus «obras», y aún estas mismas no se encuentran exentas de rasgos enfáticos, alambicados ó conceptuosos; pero así y todo, muy interesante volumen podría formarse con dos docenas de poesías líricas, algún auto sacramental como «El Divino Narciso», la linda comedia de «Los Empeños de una casa», y la carta al Obispo de Puebla, que sería admirable si se la aligerase de algunos textos y erudiciones extemporáneas. Con esto quedaría en su punto el crédito de la «Décima Musa Mexicana», y prevalecería el alto juicio que de ella formó el P. Feijóo contra la rigurosa sentencia con que, llevado de su rigorismo clásico, declaró D. Juan Nicasio Gallego, que «sus obras atestadas de extravagancias yacían en el polvo de las Bibliotecas desde la Restauración del Gusto.

---

(1) *América y sus mujeres.*—Barcelona, establecimiento tipográfico de Fidel Giró.

(2) *Antología de Poetas Hispano-Americanos* publicada por la Real Academia Española. Tomo I, Méjico y América Central.

No parece gran elogio para sor Juana declararla superior á todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para las letras amenas, aunque no lo fuera tanto, ni con mucho, para otros ramos de nuestra cultura. Pero valga por lo que valga, nadie puede negarle esa palma en lo lírico, así como á Bances Candamo hay que otorgársela entre los dramáticos, y á Solís entre los prosistas. No se juzgue á sor Juana por sus símbolos y jeroglíficos, por su «Neptuno alegórico», por sus ensaladas y villancicos, por sus versos latinos rimados, por los innumerables rasgos de poesía trivial y casera de que están llenos los romances y décimas con que amenizaba los saraos de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Paredes. Todo esto no es más que un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales y un claro testimonío de como la tiranía del medio ambiente puede llegar á pervertir las naturalezas más privilegiadas.

Porque la de sor Juana lo fué indudablemente, y lo que más interesa en sus obras es el rarísimo fenómeno psicológico que ofrece la persona de su autora. Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no solo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana fué la portuguesa «sor Violante de Ceo», que en el talento poético la iguala y quizá la aventaja. Pero el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó á sor Juana, y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos le puso delante la preocupación ó la costumbre, sin que fuesen parte á entibiarla, ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas y cilicios después que entró en religión ni el tumulto y pompa de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de sí en la corte virreinal de México, ni el amor humano que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria, ni el amor divino, único que finalmente bastó á llenar la inmensa capacidad de su alma· es algo tan nuevo, tan anormal y único que á no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas. Ella es la que nos cuenta que aprendió á leer á los tres años: que á los seis ó siete, cuando oyó decir que había Universidades y Escuelas en que se aprendian las ciencias, importunaba con ruegos á su madre para que la enviase al Estudio de México en hábito de varón: que aprendió el latín casi por sí propia, sin más base que veinte lecciones que recibió del bachiller Martín de Olivas. «Y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes é imponiéndome ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto desprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza..., que no me parecía razón que estuviese vestida de cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno.»

En el palacio de la Virreina, donde fué «desgraciada por discreta y perseguida

por hermosa», sufrió á los diez y siete años examen público de todas facultades ante cuarenta profesoros de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y á todos llenó de asombro. Su celda en el convento de San Jerónimo, fué una especie de Academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero tan continua dedicación al estudio no á todos pareció compatible con el recogimiento de la vida claustral, y hubo una prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto á no tomar libro: en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»





OBRAS
DE
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

«Ejercicios devotos».

«Ofrecimientos para el Santo Rosario».

En la carta de Sor Juana Inés de la Cruz dirigida al obispo de la Puebla, fechada el 1 de Marzo de 1691 decía: «En lo poco que se ha impreso mío, no solo sin nombre, pero sin el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad agena... de suerte, que solamente unos «Ejercicios» para los nueve días antes de la Purisima Encarnación, y unos «Ofrecimientos para el Santo Rosario»... que se ha de rezar el día de los Dolores de Nuestra Señora, se imprimieron con gusto mío, por la pública devoción, pero sin mi nombre.»

«Neptuno alegórico», oceano de colores, símulacro público que erigió la Iglesia metropolitana de Méjico, en las lucidas alegóricas ideas de un arco triunfal, que consagró... á la feliz entrada del Excmo. Sr. D. Thomas de la Cerda... conde de Paredes, marqués de la Laguna... virey de la Nueva España, Mejico.

Fué reimpreso en el tomo primero de de sus obras.

Don Juan Ignacio Costuera en el prólogo del tomo tercero de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz mencionó «Un poema dramático» que dejó sin acabar y perfec-

cionó con graciosa propiedad la poetisa... no lo doy á la estampa en este libro, y se está imprimiendo para representar á SS. MM.

Escribió además una impugnación relativa al «Sermón de las Finezas de Cristo», predicado por un P. Jesuita.

«INUNDACION CASTÁLIDA de la vnica poetissa Mvsadéci ma Soror Jvana Ines de la Crvz, religiosa professa en el monasterio de San Gerónimo de la imperial ciudad de México. Que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asumptos; con elegantes svtiles, claros, ingeniosos, vtiles versos, para enseñanzza, recreo y admiracion. Dedicalos á la excelentísima señora doña Luisa Gonçaga Manrique de Lara, condesa de Paredes, marquesa de la Laguna. Y los saca á lvz don Juan Camacho Gayna, caballero del Orden de Santiago, mayordomo y cavallerizo que fue de su excelencia, governador actual de la Ciudad del Puerto de Santa María. Con privileglo. En Madrid, por Jvan Garcia Infanzón. Año de 1689; En 4.°

Contiene las siguientes composiciones de Sor Juana:

Loa «en las huertas», donde fué á divertirse la excelentísima señora condesa de Paredes.

Loa «á los felices años del señor Virey, conde de Paredes, marqués de la Laguna».

Loa «en celebración de los años del Rey nuestro señor».

«Loas» al mismo asunto (dos).

Loa «al año que cumplió el señor don José de la Cerda», primogénito del señor Virey conde de Paredes.

Loa «á los años del Rey nuestro señor Cárlos II», que celebra don Josef de la Cerda, primogénito del señor Virey, conde de Paredes.

Loa «á los años del reverendísimo padre nuestro fray Diego Velázquez de la Dadena»; representada en el Colegio de San Pablo. (De Méjico; del cùal fué rector y lector de escritura.)

«Poemas» de la única poetisa americana, Musa décima, soror Juana Ines de la Cruz, religiosa professa en el monasterio de San Gerónimo, de la imperial ciudad de México. Corregidos y mejorados en esta segunda impression por su autora. Dedícalos á la excelentísima señora doña María... etc. Y los saca á

luz don Juan Camacho Gayna... etc. Madrid. García Infançon, 1690; 4.°, 7 prels. sin foliar, 338 pags. y 3 de tabla.

Segunda tomo de las obras de Soror. . monja professa en el monasterio del Señor San Gerónimo, de la ciudad de México. En Sevilla... año de 1691.

Es la primera edición del tomo II. Muy rara. El Sr. Menendez Pelayo dice no la ha visto y tampoco la vería el señor Escudero y Peroso, cuando en su «Tipografía Hispalense» dá los incompletos datos que transcribimos.

La censura del P. Juan Navarro Velez. está firmada en Sevilla en 18 de Julio de 1691. La autora dedica este libro á D. Juan de Orue, caballero de Santiago, residente en Andalucía, que fué el que lo dió á la estampa. Contiene siete loas, dos autosy dos comedias.

«Poemas» de la vnica poetisa americana, y muza dezima, Soror Jvana Ines de la Crvz... que en varios idiomas y estilos, fertiliza varios Assumptos: en elegantes, svtiles, claros, ingeniosos, vtiles versos para enseñanza; recreo y admiración. Sacolos á lvz Jvan Camacho Gayna... Tercera edición, corregida y añadida por sv avthora. Barcelona, Joseph Llopis, 1691. En 4.°, 8 hojas prels., 405 págs. y 5 hojas de tabla.

«Poemas» de la vnica poetisa americana; mvza dezima. Soror Jvana Ines de la Crvz, religiosa professa en el Monasterio de San Geronimo de la Imperial civdad de México, qve en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asvmptos con elegantes, svtiles, claros, ingeniosos y vtiles versos para enseñanza, recreo y admiración, dedícanse á D. Jvan Miguel de Lorraz, Infanzon, y Alferez por Su Magestad, de las guardias ordinarias de á pié y á cavallo en el Reyno de Aragón. Tercera impressíon. Corregida y añadida con diferentes partes, debajo de esta señal (una mano). Va al fin vn Romance de Joseph Peres de Montoro. Con licencia: En Zaragoza, por Manvel Roman, Impressor de la Vniversidad. Año de MDCLXXXXII. A costa de Mathias de Lezaun, mercader de Libros y Librero del Reyno de Aragón, y del Hospital Real, y general de Nuestra Señora de Gracia. En 4.°, XVII, 136 págs. y 4 de índice.

«Obrasde Soror Juana Inés de la Cruz», monja professa en el Monasterio del Señor San Geronimo, de la ciudad de México. Añadido en esta segvnda impression por su avtora. Año de 1693.—Impresso en Barcelona por Joseph Llopis, y á sv costa. En 4.°, hoja prels. 467 págs. y 2 hojas para terminar el índice.

Contiene:

«Loa» celebrando la Concepción de María Santísima.

Loa para «El Mártir del Sacramento, San Hermenegildo». (Autohistorial alegórico).

Loa para «El cetro de Josef». (Auto historial alegórico).

Loa «A los años del Rey nuestro séñor don Carlos II».

Loa «A los años de la Reina madre doña Mariana de Austria».

«Encomiástico poema á los años de la excelentísima señora Condesa de Galve.»

Loa «A los años del excelentísimo señor Conde de Galve».

Precedió á la comedia «Amor es mas labirinto», de la cual las jornadas primera y tercera son de la madre Juana, y la segunda del licenciado don Juan de Guevara, ingenio conocido de la ciudad de México.

«Loa» celebrando la entrada en Méjico del nuevo Virey; conde de Paredes.

Precedió á la comedia «Los empeños de una casa».

«Sarao» de cuatro naciones, que son: Españoles, Negros, Italianos y Mexicanos. (Pieza de baile, canto y representación; fin de la fiesta antecedente).

«Fama y obras posthumas» del Fenix de México, dezima musa, poetisa americana Sor Juana Ines de la Cruz, religiosa professa en el convento de San Geronimo de la Imperial ciudad de México; conságralos á la magestad Catholica de la Reyna nuestra Señora Doña Mariana de Neoburg (Baviera). Palatina del Rhin, por mano de la Excma. Señora Doña Juana de Aragón y Cortes, Duquesa de Montalban, y Terra Nona, Marquesa del Valle de Goaxaca, etc. El Doctor Castonera y Vrsua, capellan de Honor de Su Magestad, Protonotario Juez Apostólico por Su Santidad, Teólogo, Examinador de la Nunciatura de España, Prebandado de la Santa Iglesia Metropolitana de México. Con privilegio. En Madrid. En la Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, á la calle de la Habana. Año de 1700. En 4.°, 140 págs. sin foliar y la portada, 210 foliados y 3 de Tabla.

«Fama y obras posthumas». Tomo tercero, del Fenix de México, y dezima musa... Sor Juana Inés de la Cruz... Recogidas y dadas á luz por el Doctor Don Juan Ignacio de Castonera y Ursua. Lisboa. Miguel Deslandes, MDCCI. En 4.°, 66 hojas prels. sin foliar y de composiciones laudatorias, y 212 págs. y 2 de Tabla.

«Poemas» de la única poetisa americana, musa dezima. Que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios assumptos. Con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, vtiles versos. Sacolos á luz Don Juan Camacho Gayna. Valencia, Ant. Bordazar, 1709.

«Poemas de la única poetisa americana, musa dezima, Soror Juana Inés de la Cruz, religiosa professa en el Monasterio de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de México, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios assumptos. Con elegantes, sútiles, claros, ingeniosos y vtiles versos, para esperanza, recreo y admiración. Tomo primero, dedicado al Glorioso Patriarca Señor San Joseph, y á la Doctora Mystica y Fecunda Madre Santa Teresa de Jesús. Con licencia. En Madrid. En la Imprenta Real. Por Joseph Rodriguez y Escobar. Impresor de la Santa Cruzada. Año de 1714. En 4.°, 3 hojas preliminares, Portada, 7; 2 sin foliar, 334 págs. y 5 de Tabla.

«Obras poéticas de la musa mexicana», Soror Juana Inés de la Cruz, religiosa professa en el Monasterio del Gran Padre, y Doctor de la Iglesia de San Gerónimo de la ciudad de México. Tomo segundo, añadido por su autora, en que va el crisis sobre un sermón de orador grande entre los mayores. Año 1715. Con licencia. En Madrid. En la imprenta de D. Joseph Rodriguez de Escobar. Impressor de la Santa Cruzada, y de la Real Academia Española. En 4.°, 3 hojas preliminares sin foliar, 470 págs. y 5 de Tabla.

«Fama y obras posthumas del Fenix de México, dezima

muza poetisa americana, Sor Juana Ines de la Cruz, religiosa professa en el convento de San Gerónimo de la Imperial ciudad de México que saca á luz el doctor D. Juan Ignacio de Castorena y Vrsua, capellan de Honor de Su Majestad, Protonotario Juez Apostólico por Su Santidad, Theologo, Examinador de la Nunciatura de España, Prebendo de la Santa Iglesia Metropolitana de México, consagrados á la Soberana Emperatriz de Cielo y Tierra María Nuestra Señora. Con licencia. En Madrid. En la imprenta de Antonio Gonzalez de Reyes. Año de 1714. A costa de D Francisco Laso, mercader de Libros. 16 hojas preliminares sin foliar, 318 págs. y 2 de Tabla.

«Poemas de la vnica poetisa americana, muza dezima, Sor Juana Ines de la Cruz. Religiosa professa en el monasterio de San Gerónimo de la ciudad de México, dedicolas á María Santísima en la milagrosa imagen de la Soledad. Socolas á luz Don Juan Camacho Gayna, cavallero del orden de Santiago. Cuarta impresión completa de todas las obras de su Authora. Con licencia. En Madrid. En la Imprenta de Angel Pasqual Rubio. Año de 1725.

«Fama, y obras posthumas del Fenix de México, decima musa, Poetisa americana, Sor Juana Ines de la Cruz. Madrid, Angel Pasqual Rubio 1725. en 4.° mayor. Diez hojas sin paginación, 352 págs. foliadas y 2 de Tabla.

Contiene algunas poesías postumas y otras en su elogio.

Hay otra edición en Zaragoza, 1725.

«Los empeños de una casa». Sevilla, sin año. Reimpresa en el tomo 52 de la «Biblioteca de autores españoles», de Rivadeneyra.

«Amor es más labyrinto». Sevilla, sin año.







ROMANCES

No habiendo logrado una tarde ver al señor Virrey, Marques de Laguna, que asistió en las vísperas del convento, le escribió este romance.

Si daros los buenos años,
Señor, que logréis felices,
En las Vísperas no pude,
Recibidlos en Maitines.
Nocturna, mas no funesta,
De noche mi pluma escribe,
Pues para dar alabanzas
Hora de Laudes elige.
Valiente amor contra el suyo,
Hace con dulces ardides,
Que para daros un día
A mí una noche me quite.
No parecerá muy poca
Fineza á quien bien la mire,

El que vele en los romances,
Quien se duerme en los latines.
  Lo que tuviere de malo
Perdonad; que no es posible
Suplir las purpúreas horas,
Las luces de los candiles.
  Y más del mio, que está
Ya tan *in agone* el triste,
Que me moteja de loca,
Aunque me acredita virgen.
  Mas ya de prólogo basta,
Porque es cosa incompatible
En el prólogo alargarse
Y en el asunto ceñirse.
  Gocéis los años más largos
Que esperanza de infelice,
Y más gustosos que el mismo
La ajena dicha concibe.
  Pasen por vos las Edades
Con pasos tan insensibles,
Que el aspecto los desmienta
Y el juicio las multiplique.
  Vuestras acciones heróicas
Tanto á la fama fatiguen,
Que de puro celebraros
Se enronquezcan los clarines.
  Y sus vocingleros ecos
Tan duradero os publiquen,
Que Matusalèn os ceda
Y que Néstor os envide.
  Vivid, y vivid discreto,
Que es sólo vivir felice;
Que dura y no vive quien
No sabe apreciar que vive.
  Si no sabe lo que tiene

Ni goza lo que recibe,
En vano blasona el jaspe
El dón de lo incorruptible
No en lo diuturno del tiempo
La larga vida consiste;
Tal vez las canas del seso
Honran años juveniles.
El agricultor discreto
No espera á que fructifique
El tiempo, porque la industria
Haee otoños los abriles.
No sólo al viento la nave
Es bien que su curso fie,
Si el ingenio de los remos
Animadas velas finge.
En progresos literarios
Pocos laureles consigue
Quien para estudiar espera
A que el sol su luz envíe.
Las canas se han de buscar
Antes que el tiempo las pinte,
Que al que las pretenden, alegran,
Y al que las espera afligen.
Quien para ser viejo espera
Que los años se deslicen,
No conserva lo que tiene
Ni lo que espera consigue.
Con lo cual casi á no ser
Viene el necio á reducirse,
Pues ni la vejez le llega
Ni la juventud le asiste.
Quien vive por vivir sólo,
Sin buscar más altos fines,
De lo viviente se precia,
De lo racional se exime.

Y aun de la vida no goza,
Pues si bien llega á advertirse,
El que vive lo que sabe,
Sólo sabe lo que vive.
Quien llega necio á pisar
De la vejez los confines,
Vergüenza peina, y no canas,
No años, afrentas repite.
En breve, el prudente joven
Eterno padrón erige
A su vida, y con su fama
Las eternidades mide.
Ningún espacio de tiempo
Es corto al que no permite
Que los instantes más breves
El ocio los desperdicie.
Al que todo el tiempo logra
No pasa la edad fluxible,
Pues viviendo la presente,
De la pasada se sirve.
Tres tiempos vive el que, atento
Cuando lo presente rige,
Lo pretérito contempla
Y lo futuro predice.
¡Oh, vos, que estos documentos
Tan bien practicar supistéis
Desde niño, que ignorasteis
Las ignorancias pueriles!
Tanto, que hasta ahora están
Quejosos de vos los dijes,
(Que á invasiones fascinantes
Fueron muros invencibles).
De que nunca los trataistes,
Y el mismo clamor repiten
Trompos, bolos y paletas,

Máscaras y tamboriles;
Pues en la niñez mostrasteis
Discursos tan varoniles,
Que pudo en vuestras niñeces
Tomar lecciones Ulises.
Recibid este romance
Que mi obligación os rinde,
Con todo lo que no digo,
Lo que digo y lo que *dije.*

En que expresa los efectos del Amor Divino, y propone morir amante á pesar de todo riesgo

Traigo conmigo un cuidado
Y tan esquivo que creo
Que aunque sé sentirlo tanto,
Aun yo misma no lo siento.
Es amor, pero es amor
Que faltándole lo ciego,
Los ojos que tiene son
Para darle más tormento.
El término no es *á quo*
Que causa el pesar que veo,
Que siendo el término el bien,
Todo el dolor es el medio.
Si es lícito, y aun debido
Este cariño que tengo,
¿Por qué me han de dar castigo?
¿Por qué pago lo que debo?
¡Oh, cuánta fineza! ¡Oh, cuántos
Cariños he visto tiernos!
Qne amor que se tiene en Dios
Es calidad sin opuestos.
De lo lícito no puede
Hacer contrarios conceptos

Con que es amor, que al olvido
No puede vivir expuesto.
Yo me acuerdo (!oh nunca fuera!)
Que he querido en otro tiempo
Lo que pasó de locura,
Y lo que excedió de extremo.
Mas como era amor bastardo,
Y de contrarios compuesto,
Fué fácil desvanecerse,
De achaque de su ser mesmo.
Mas ahora (¡ay de mí!) está
Tan en su natural centro,
Que la virtud y razón
Son quien aviva su incendio
Quien tal oyere dirá
Que si es así, ¿por qué peno
Mas mi corazón ansioso
Dirá que por eso mesmo.
¡Oh humana flaqueza nuestra,
Á donde el más puro afecto
Aun no sabe desnudarle
Del natural sentimiento!
Tan precisa es la apetencia
Que á ser amados tenemos,
Que aun sabiendo que no sirve
Nunca dejarla sabemos.
Que corresponda á mi amor
Nada añade; mas no puedo
(Por más que lo solicito)
Dejar yo de apetecerlo
Si es lícito, ya lo digo;
Si es culpa, ya la confieso
Mas no puedo arrepentirme
Por más que hacerlo pretendo.
Bien ha visto quien penetra

Lo interior de mis secretos,
Que yo misma estoy formando
Los dolores que padezco.
Bien sabe que soy yo misma
Verdugo de mis deseos,
Pues muertos entre mis ansias,
Tienen sepulcro en mi pecho.
Muero (¿quién lo creerá?) á manos
De la cosa que más quiero,
Y el motivo de matarme
Es el amor que le tengo.
Así alimentando triste
La vida con el veneno,
La misma muerte que vivo
Es la vida con que muero.
Pero valor, corazón,
Porque en tal dulce tormento,
En medio de cualquier suerte
No dejar de amar protesto.

Romance al mismo intento.

Mientras la gracia me excita
Por elevarme á la esfera,
Más me abate hasta el profundo
El peso de mis miserias.
La virtud y la costumbre
En el corazón pelean;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte
Temo que tal vez la venzan;
Que es muy grande la costumbre
Y está la virtud muy tierna.
Obscurécese el discurso

Entre confusas tinieblas;
Pues ¿quién podrá darme luz,
Si está la razón á ciegas?
De mí misma soy verdugo,
Y soy cárcel de mi mesma,
¿Quién vió que pena y penante
Una propia cosa sean?
Hago disgusto á lo mismo
Que más agradar quisiera;
Y del disgusto que doy,
En mí resulta la pena.
Amo á Dios, y siento en Dios;
Y mi voluntad mesma
De lo que es alivio, cruz,
Del mismo puerto, tormenta.
Padezca, pues Dios lo manda;
Mas de tal manera sea,
Que si son penas las culpas,
Que no sean culpas las penas.

A Cristo Sacramentado día de Comunión

Amante dulce del alma,
Bien soberano à que aspiro,
Tú, que sabes las ofensas
Castigar á beneficios.
Divino imán en que adoro;
Hoy, que tan propicio os miro,
Que me animáis la osadía
De poder llamaros mío:
Hoy, que en unión amorosa
Pareció á vuestro cariño,
Que si no estabais en mí,

Era poco estar conmigo:
Hoy, que pora examinar
El afecto con que os sirvo,
Al corazón en persona
Habéis entrado vos mismo.
Pregunto, ¿Es amor ó celos
Tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
Da de sospechar indicios.
Mas ¡ay, bárbara, ignorante,
Y qué de errores he dicho,
Como si el estorbo humano
Obstara al lince divino!
Para ver los corazones,
No es menester asistirlos,
Que para vos son patentes
Las entrañas del abismo.
Con una intuición presente
Tenéis en vuestro registro
El infinito pasado
Hasta el presente finito.
Luego no necesitabais
Para ver el pecho mío,
Si lo estáis mirando sabio,
Entrar á mirarlo fino.
Luego es amor, no celos,
Lo que en vos miro.

Acusa la hidropesia de mucha ciencia, que teme inútil, aun para saber, y nociva para vivir.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que pues solo en la aprehensión,
Dicen que estriban los daños
Si os imaginais dichoso,
No seréis tan desdichado.
Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno, que es negro,
El otro prueba que es blanco.
Á unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado,
Y lo que éste por alivio
Aquél tiene por trabajo.
El que está triste censura
Al alegre de liviano,
Y el que está alegre se burla
De ver al triste penando.
Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.
Célebre su oposición
Ha sido por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.
Antes en sus dos banderas,
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.
Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario,
Y otro, que sus infortunios

Son sólo para llorados.
  Para todos se halla prueba,
Y razon en que fundarlo.
Y no hay razón para nada,
De haber razón para tanto.
  Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo màs acertado.
  Pues si no hay quien lo sentencie;
¿Por qué pensáis, vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?
  ¿Ó por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,
Queréis elegir lo amargo?
  Si es mío mi entendimiento
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?
  El díscurso es un acero
Que sirve por ambos cabos,
De dar muerte por la punta,
Por el pomo de resguardo.
  Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Quê culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?
  No es saber, saber hacer
Discursos sutiles vanos;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.
  Especular las desdichas
Y examinar los presagios,

Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros,
La atención utilizando,
Más formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.
¡Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sabio,
Halla, de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!
No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.
También es vicio el saber;
Que si no se va atajando,
Cuando menos se conoce
Es más nocivo el estrago.
Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvída lo necesario.
Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la substancia al fruto
La locura de los ramos.
Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.
En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruta al otoño,
Que ostente flores el mayo?
¿De qué le sirve al ingenio

El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?
Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Sí no muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo,
Este pésimo ejercicio,
Este duro afán pesado,
Á los hijos de los hombres
Dió Díos para ejercitarlos.
¿Qué loca ambición nos lleva
De nosotros olvidados;
Si es para vivir tan poco,
¿De qué sirve saber tanto?
¡Oh, si como hay de saber
Hubiera algún seminario,
O escuela, donde á ignorar,
Se enseñan los trabajos!
¡Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!
Aprendamos á ignorar
Pensamiento, pues hallamos,
Que cuanto añade al discurso
Tanto le usurpa á los años.

Discurre, con ingenuidad ingeniosa, sobre la pasión de los zelos. Muestra, que su desorden es senda única, para hallar el amor; y contradice un problema de don José Montoro, uno de los más célebres poetas de este siglo.

Si es causa amor productivo
De diversidad de efectos,
Que, con producirlos todos,
Se perfecciona á sí mismo:
Y, si el uno de los más
Naturales, son los celos;
¿Cómo sin tenerlos, puede
El amor estar perfecto?
Son ellos, de que hay amor,
El signo mas manifiesto:
Como la humedad del agua,
Y como el humo del fuego.
No son (que dicen) de Amor
Bastardos hijos groseros;
Sino legítimos, claros,
Sucesores de su Imperio.
Son crédito, y prueba suya;
Pues sólo pueden dar ellos
Auténticos testimonios,
De que es amor verdadero
Por que la fineza, que es
De ordinario el Tesorero,
Á quien remite las pagas
Amor, de sus libramientos.
Cuantas veces, motivada
De otros impulsos diversos,

Executa por de amor,
Decretos del galanteo?
  El cariño, ¿cuántas veces,
Por dulce entretenimiento
Fingiendo quilates, crece
La mitad del justo precio?
  Y ¿cuáutas más, el discurso,
Por ostentarse discreto,
Acredita por de amor
Partos del entendimiento?
  ¿Cuántas veces, hemos visto
Disfrazada en rendimientos,
Á la propia conveniencia,
Á la tema, ó al empeño?
  Solo los celos ignoran
Fábricas de fingimientos,
Que como son locos, tienen
Propiedad de verdaderos.
  Los gritos que ellos dan, son,
Sin dictamen de su dueño,
No, ilaciones del discurso;
Sino, abortos del tormento.
  Como de razón carecen,
Carecen del instrumento
De fingir, que esto sólo
Es en lo irracional bueno.
  Desbocados ejercitan
Contra sí el furor violento;
Y no hay quien quiera en su daño
Mentir; sino en su provecho.
  Del frenético, que fuera
De su natural acuerdo,
Se despedaza; no hay quien
Juzgue que finge el extremo.
  En prueba de esta verdad,

Mírense cuantos ejemplos,
En Bibliotecas de siglos,
Guarda el archivo del tiempo.
A Dido fingió el Troyano,
Mintió á Ariadna Theséo,
Ofendió á Minos Pasyphe,
Y engañaba á Marte Venus.
Semíramis mató á Nino,
Elena deshonró al Griego,
Jason agravió á Medaea,
Y dejó à Olimpia Vireno.
Bersabé engañaba á Urias,
Dalida al Caudillo Hebreo,
Jael á Sifara horrible,
Judit á Olosernes fiero:
Estos y otros, que mostraban
Tener amor, sin tenerlo;
Todos fingieron amor,
Mas ninguno fingió celos.
Porque aquél puede fingirse
Con otro color; mas éstos,
Son la prueba del amor,
Y la prueba de sí mesmos.
Si ellos no tienen más Padre,
Que el amor; luego son ellos
Sus más naturales hijos,
Y más legítimos dueños.
Las demás demostraciones,
Por más que finas las vemos,
Pueden no mirar á amor,
Sino á otros varios respectos.
Ellos solos se van con él,
Como la causa, y efecto;
Hay celos? luego hay amor:
hay amor? luego habrá celos.

De la fiebre ardiente suya
Son el delirio más cierto;
Que, como están sin sentido,
Publican lo más secreto.
El que no los siente amando,
Del indicio más pequeño,
En tranquilidad de tibio,
Goza bonanzas de necio.
Que asegurarse en las dichas,
Solamente puede hacerlo
La villana confianza
Del propio merecimiento.
Bien sé, que tal vez furiosos
Suelen pasar desatentos,
A profanar de lo amado
Osadamente el respeto.
Mas no es esto esencia suya,
Sino un accidente anexo,
Que, tal vez, los acompaña,
Y, tal vez, deja de hacerlo.
Mas doy que siempre; aun debiera
El más soberano objeto,
Por la prueba de lo fino,
Perdonarles lo grosero.
Mas no es vuelvo á repetir,
Preciso que el pensamiento
Pase á ofender del decoro
Los sagrados privilegios.
Para tener celos, basta
Solo el temor de tenerlos;
Que ya está sintiendo el daño,
Quien está sintiendo el riesgo.
Temor yo, que haya quien quiera
Festejar á quien festejo;
Aspirar á mi fortuna,

Y socilitar mi empleo;
  No es ofender lo que adoro,
Antes es un alto aprecio
De pensar, que deben todos
Adorar lo que yo quiero.
  Y este es un dolor preciso,
Por más que divino el dueño,
Asegure en confianzas,
Prerrogativas de ejemplo.
  Decir, que este no es cuidado,
Que llegue á desasosiego;
Podrá decirlo la boca;
Más no comprobarlo el pecho.
  Persuadirme, á que es lisonja
Amar lo que yo apetezco,
Aprobarme la eleción,
Y calificar mi empleo:
  A quién tal tiene á lisonja,
Nunca le falte este obsequio:
Que yo juzgo que aquí solo,
Son duros los lisongeros.
  Pues solo fuera, á poder
Sontenerse estos afectos
En la linea del aplauso,
Ó en el coto del cortejo.
  Pero quien con tal medida
Les podrá tener el freno,
Que no rompan desbocados
El alacrán del consejo?
  Y aunque ellos en si no pasen
El término de lo acuerdo;
Quien lo podrá persuadir,
A quién los mira con miedo?
  Aplaudir lo que yo estímo,
Bien puede ser sin intento

Segundo; más quien podrá
Tener mís temores quedos?
Que tiene enemigos, suelen
Decir, que no tenga sueño;
Pues como ha de sosegarse
El que los tiene tan cierto?
Quien en frontera enemiga,
Descuidado ocupa el lecho,
Solo parece que quiere,
Ser del contrario trofeo.
Aunque inaccesible sea.
El blanco: sí los flecheros
Son muchos; quien asegura,
Que alguno no tenga acíerto?
Quien se alienta á competirme,
Aun en menores empeños,
Es un dogal que compone
Mis ahogos de su aliento.
Pues que será, el que pretende
Exederme los afectos?
Mejorarme las finezas?
Y aventajar los deseos?
Quien quiere usurpar mis dichas?
Quien quiere ganarme el premio?
Y quien en galas del alma.
Quiere quedar más bién puesto?
Quien, para su exaltación,
Procura mi abatimiento?
Y quiere comprar sus glorias
A costa de mis desprecios?
Quien pretende, con los suyos,
Deslucir mis sentimientos?
Que en los desayres del alma
Es el más sensible duelo?
Al que este dolor no llega,

Al más reservado seno
Del alma, apueste insensibles
Competencias con el hielo.
  La confianza ha de ser
Con proporcionado medio;
Que deje de ser modesta,
Sin pasar de ser despego.
  El que es discreto, á quien ama
Le ha de mostrar que el recelo
Lo tiene en la voluntad,
Y no en el entendimiento.
  Un desconfiar de sí,
Y un estar siempre temiendo,
Que podría exceder al mio
Qualquiera mérito ajeno:
  Un temer, que la fortuna
Podrá, con ayrado ceño,
Despojarme por indigno
Del favor, que no merezco:
  No solo no ofende; antes
Es el esmalte mas bello,
Que á las joyas de lo fino
Les puede dar lo discrito.
  Y aunque algo exceda la queja,
Nunca queda mal, supuesto,
Que es gala de lo sentido,
Exceder de lo modesto.
  Lo atrevido es un celoso,
Lo irracional ,y lo terco,
Prueba es de amor, que merece
La Beca de su colegio.
  Y aunque muestre, que se ofende;
Yo sé, que por allá dentro,
No le pesa á las más alta
De mirar tales extremos.

La más ayrada Deidad,
Al celoso más grosero,
Le está aceptando servicios,
Los que riñe atrevimientos.
La que se queja oprimída
Del natural más estrecho,
Hace ostentacion de amada,
El que parece lamento.
De la triunfante hermosura
Tíran el carro soberbio,
El desdichado con quejas.
Y el celoso con despechos.
Uno de sus sacrificios
Es este dolor acerbo;
Y ella ambiciosa no quiere
Nunca tener uno menos.
O, doctissimo Montoro!
Asombro de nuestros tiempos,
Injuria de los Virgilios,
Afrenta de los Homeros.
Cuando de amor precindiste
Este inseparable afecto,
(Precisión, que solo pudo
Formarla tu entendimiento.)
Bien se ve, que solo fué
La empresa de tus talentos,
El probar lo más difícil,
No, persuadir á creerlo.
El modo, que aquellos, que
Fatilmente defendieron,
Que de la nube los ampos
Se visten de color negro.
De tu sutileza fue
Ciroso, galán empeño,
Sofistica bizarria

De tu soberano ingenio.
Probar lo que no es probable,
Bien se ve, que fué el intento
Tuyo; porque lo evidente
Probado se estaba ello.
Acudistes al partido,
Que hallastes mas indefenso,
Y á la opinión desvalida
Auydaste, Caballero.
Este fué tu fin; y asi
Debajo de este supuesto,
No es esta, ni puede ser,
Réplica de tu argumento:
Sino solo una obediencia
Mandada de gusto ageno,
Cuya insnuación en mi
Tiene fuerza de precepto.
Confieso que de mejor
Gana siquiera mi genio
El extravagante rumbo
De tu no hollado sendero.
Pero pobre ser difícil,
Inaccesible lo has hecho;
Pues el mayor ímposible
Fuera ir en tu seguimiento.
Rumbo, que estrenan las alas
De tu remontado vuelo,
(Aun determinado el daño)
No lo intentará un despecho.
La opinión que yo queria
Seguir, seguiste primero;
Disteme celos, y tuve
La contraria con contenerlos.
Con razon se reservó
Tanto asunto á tanto ingenio;

Que á fuerzas solo de Atlante
Sin la esfera su peso.
Tenía, pues, que si consigues
Persuadirla al Univerio,
Colgará el genero humano
Sus cadenas en tu Templo.
No habrá quejosos de amor;
Y en sus dulces prisioneros,
Serán las cadenas oro,
Y no dorados los yerros.
Serà la sospecha inútil,
Estará ocioso el recelo,
Desterrárase el indicio,
Y perderá el sér el miedo
Todo será dicha, todo
Felicidad, y contento,
Todo venturas; y en fin
Pasará el mundo á ser cielo.
Deberánle los mortales
Á tu valeroso esfuerzo,
La más dulce libertad,
Del más duro cautiverio.
Mucho te deberán todos,
Y yo más que todos, debo
Las discretas instrucciones
Á las luzes de tus versos.
Dalos á la Estampa, porque
En caracteres eternos
Viva tu nombre, y con él
se extienda al común provecho.

———

Romance que resuelve con ingenuidad sobre problema entre las instancias de la obligación, y el afecto.

Supuesto, discurso mío,
Que gozáis en todo el orbe,
Entre aplausos de entendido,
De agudo veneraciones;
Mostradlo en el duro empeño
En que mis ansías os ponen,
Dando salida á mis dudas,
Dando aliento á mis temores.
Empeño vuestro es el mío;
Mirad que será desorden
Ser en causa ajena agudo,
Y en la vuestra propia torpe.
Ved, que es querer, que las causas,
Con efectos desconformes,
Nieves el fuego congele,
Que la nieve llamas brote.
Manda la razón de Estado
Que, atendiendo á obligaciones,
Las partes de Fabio olvide,
Las prendas de Silvio adore.
Ó que al menos, si no puedo
vencer tan fuertes pasiones,
Cenizas de disimulo
Cubran amantes ardores.
¡Qué vano disfraz la juzgo!
Pues harán, cuando más obren,
Que no se mire la llama,
No que el ardor no se note.
¿Cómo podré yo mostrarme,
Entre estas contradicciones,
Á quien no quiero, de cera,

Á quien adoro, de bronce?
¿Cómo el corazón podrá,
Cómo sabrá el labio torpe
Fingir halago, olvidando,
Mentir, amando, rigores?
¿Cómo sufrir abatido,
Entre tan bajas ficciones,
Que lo desmienta la boca
Podrá un corazón tan noble?
¿Y cómo podrá la boca
Cuando el corazón se enoje,
Fingir cariños, faltando
Quien le ministre razones?
¿Podrá mi noble altivez
Consentir que mis acciones
De nieve y de fuego sirvan
De ser fábula del orbe?
Y yo doy, que tanta dicha
Tenga, que todos lo ignoren:
Para pasar la vergüenza
¿No basta que á mí me conste?
Que aquesto es razón me dicen
Los que la razón conocen:
Pues ¿cómo la razón puede
Forjarse de sinrazones?
¿Qué te costaba, hado impío,
Dar al repartir tus dones
Ó los méritos á Fabio,
Ó á Silvio las perfecciones?
Dicha y desdícha de entrambos
La suerte les descompone,
Con que el uno su desdícha,
Y el otro su dicha ignore.
¿Quién ha visto que tan varia
La fortuna se equivoque,

Y que el dichoso padezca
Porque el infelice goce?
No me convence el ejemplo
Que en el Mongibelo ponen
Que en él es natural gala,
Y en mí violencia disforme.
Y resistir el combate
De tan encontrados golpes,
No cabe en lo sensitivo,
Y puede sufrirlo un monte.
¡Oh vil arte! cuyas reglas
Tanto á la razón se oponen,
Que para que se ejecuten,
Es menester que se ignoren.
¿Qué hace en adorarme Silvio?
¿Cuando más fino blasone
Quererme, es más que seguir
De su inclinación el Norte?
Gustoso vive en su empleo
Sin que disgustos le estorben:
¿Pues qué vence, si no vence
Por mí sus inclinaciones?
¿Qué víctimas sacrifica,
Qué incienso en mis aras pone,
Si cambia sus rendimieutos
Al precio de mis favores?
Más hago yo; pues no hay duda
Que haco finezas mayores
Que el que voluntario ruega,
Quien violenta corresponde.
Porque aquél sigue obediente
De su estrella el curso dócil,
Y ésta contra la corriente
De su destino se opone.
Él es libre para amarme,

Aunque otra su amor provoque,
¿Y no tendré yo la misma
Libertad en mis acciones?
  Si él restituir no puede,
Su incendio mi incendio abone:
¿Violencia que á él le sujeta,
Qué mucho que á mi me postre?
  ¿No es rigor, no es tiranía
Siendo iguales las pasiones,
No poder él reportarse,
Y querer que me reporte?
  Quererle porque êl me quiere
No es justo que amor se nombre;
Que no ama quien para amar
El ser amado supone.
  No es amor correspondencia:
Causas tiene superiores,
Que las concilian los astros
Ó la engendran perfecciones.
  Quien ama porque es querida,
Sin otro impulso más noble,
Desprecia el amante, y ama
Sus propias adoraciones.
  Del humo del sacrificio
Quiere los vanos honores,
Sin mirar si al oferente
Hay méritos que le adornen.
  Ser potencia y ser objeto,
Á toda razón se opone;
Porque era ejercer en sí
Sus propias operaciones.
  A parte rei se distinguen,
El objeto que conoce;
Y lo amable, no lo amante,
Es blanco de sus arpones.

Amor no busca la paga
De voluntades conformes;
Que tan bajo interés fuera
Indigna usura en los dioses.
No hay cualidad que en el pueda
Imprimir alteraciones
Del velo de los desdenes,
Del fuego de los favores.
Su ser es inaccesible
El discurso de los hombres;
Que aunque el efecto se sienta,
La esencia no se conoce.
Y en fin, cuando en mi favor
No hubiera tantas razones,
Mi voluntad es de Fabio:
Silvio y el mundo perdonen.

Romance que en sentidos afectos produce al dolor de una ausencia.

Ya para despedirme,
Dulce, idolatrado dueño,
Ni me da licencia el llanto,
Ní me da lugar el tiempo:
Háblente los tristes rasgos.
Entre lastimeros ecos,
De mi triste pluma, nunca
Con más justa causa negros.
Y aún ésta te hablará torpe
Con las lágrimas que vierto;
Porque va borrando el agua
Lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos.
Y es, qne se anticipan ellos,

Viendo lo que he de decirte,
A decírtelo primero.
Oye la elocuencia muda
Que hay en mi dolor, sirviendo
Los suspiros, de palabras,
Las lágrimas, de conceptos.
Mira la fiera borrasca
Que pasa en el mar del pecho,
Donde zozobran turbados
Mis confusos pensamientos
Mira, como ya el vivir
Me sirve de afán grosero,
Que se averguenza la vida
De durarme tanto tiempo.
Mira la muerte, que esquiva
Huye, porque la deseo;
Que aun la múerte, si es buscada,
Se quiere subir de precio.
Mira como el cuerpo amante,
Rendido á tanto tormento,
Siendo en lo demás cadáver,
Solo en el sentir es cuerpo.
Mira como el alma misma
Aun teme, en su ser exento,
Que quiera el dolor violar
La inmunidad de lo eterno.
En lágrimas y suspiros.
Alma y corazón á un tiempo,
Aquel se convierte en agua,
Y ésta se resuelve en viento.
Ya no me sirve de vida
Esta vida que poseo,
Sino de condición sola
Necesaria al sentimiento.
¿Más por que gasto razones

En contar mi pena, y dejo
De decir lo que es preciso,
Por decir lo que estás viendo?
  En fin, te vas: ¡Ay de mí!
Dudosamente lo pienso;
Pues si es verdad, no estoy viva,
Y si viva, no le creo.
  ¿Posible es que ha de haber un dia
Tan infausto, tan funesto,
En que sin ver yo las tuyas
Esparza sus luces Febo?
  ¿Posible es que ha de llegar
El rigor á tan severo;
Que no ha de darle tu vista
A mis pesares aliento?
  ¿Que no he de ver tu semblante?
¿Qué no he de escuchar tus ecos?
¿Qué no he de gozar tus brazos?
¿Ni me ha de animar tu aliento?
  ¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!
¿Dulce fin de mis deseos!
Por qué me llevas el alma,
Dejándome el sentimiento?
  Mira que es contradicción
Que no cabe en un sujeto
Tanta muerte en una vida
Tanto dolor en un muerto.
  Mas ya es preciso (¡ay triste¡)
En mi infelice suceso.
Ni vivir con la esperanza,
Ni morir con el tormento:
  Dame algun consuelo tu
En el dolor que padezco,
Y quien en el suyo muere,
Viva, siquiera, en tu pecho.

No te olvides que te adoro,
Y sirvate de recuerdo
Las finezas que me debes,
Si no las prendas que tengo.
Acuérdate que mi amor
Haciendo gala del ríesgo,
Solo por atropellarlo,
Se alegraba de tenerlo.
Y si mi amor no es bastante.
El tuyo mismo te acuerdo,
Que no es poco empeño haber
Empezado ya en empeño.
Acuérdate, señor mio,
De tus nobles juramentos,
Y lo que juró tu boca,
No lo desmientan tus hechos.
Y perdona si en temer
Mi agravio, mi bien, te ofendo;
Que no es dolor, el dolor
Que se contiene en lo atento.
Y adíos que con el ahogo
Que me embarga los alientos,
Ni se ya lo que te digo.
Ni lo que te escribo leo.





REDONDILLAS

Con un desengaño satírico á una presumida de hermosa.

Que te dán en la hermosura
La Palma, dices, Leonor,
La de Virgen es mejor,
Que tu cara la asegura.
No se precies con descoco,
Que á todas robas el alma,
Que si te han dado la Palma,
Es, Leonor, porque eres Coco.

En que descubre digna estirpe á un borracho linajudo.

Porque tu sangre se sepa,
Cuentas á todos, Alfeo,
Que eres de Reyes, yo creo,
Que eres de muy buena Zepa.
Y que, pues á cuantos topas
Con esos Reyes enfadas

Que (más que Reyes de Espadas
Debieron de ser de Copas.

Que dán el Colibrio merecido á un Sobervio.

El no ser de Padre honrado
Fuera defecto à mi ver,
Si como recibí el ser
De él, se lo hubiera yo dado.
Mas piadosa fué tu Madre,
Que hizo, que á muchos sucedas;
Para que entre tantos puedas
Tomar, el que más te cuadre.

Con advertencia moral á un Capitán moderno.

Capitán es ya don Juan:
Mas quisiera mi cuidado,
Hallarle lo reformado
Antes de lo capitán.
Porque cierto que me inquieta,
En acción tan atrevida,
Ver, que no sepa la brida,
Y se atreva á la Gineta.

Que demuestran á un sargento las circunstancias que le faltan.

De Alabarda vencedora
Un tal sargento se armó;
Mas luego él, y ella paró
En lo que contaré ahora:
A ella una hace desvanece;
Porque la Albarda suceda;
A él el *Sar*, en Sarna queda,
Y el Argento no parece.

Pidiendo unos versos á un caballero que se excusaba de hacerlos, diciendo que no sabia.

Mis quejas pretendo dar
En estilo tosco, y llano,
Que el hablar muy cortesano
No es término de cobrar.
Y es bien, que el ardid deshaga,
De quien con tanta malicia,
Me concede la justicia,
Para negarme la paga.
Pues con intención doblada,
Solo por hacerme mal,
Con tan notorio caudal,
Me dice, que tiene nada.
Que la mitad me ha entregado;
Dice, con malicia, y arte,
Que no tengo, ní aun la parte,
Pues no me dan el traslado.
Y á tanta malicia llega
Malicia tan conocida,
Que me niega la partida,
Y la venida me niega.
O cuanta justicia fuera,
Si se viera á buena luz,
Si antes le daba la Cruz,
Que ahora se la pusiera.
Mas porque de mi no infiera,
Que á negar también me atrevo,
Ahí va el Romance, que debo,
Y doylo, aunque no debiera.
Que es fácil de discurrir,
Cuando lo llego á entregar,

Pues no me queda que dar,
Que me queda que pedir.

Que responde á un caballero que dijo ponerse hermosa la mujer con querer bien.

Silvio, tu opinión va errada,
Que en lo común, si se apura,
No admiten por hermosura,
Hermosura enamorada.
Pues si hacen de la extrañeza,
El atractivo más grato,
Es el agrio de lo ingrato
La sazón de la belleza.
Porque gozando excepciones
De perfección más que humana,
La acredita soberana
Lo libre de las pasiones.
Que no se conserva bien,
Ni tiene seguridad
La rosa de la beldad,
Sin la espina del desdén.
Mas, si el amor hace hermosas,
Pudiera excusar ufana
Con merecer la manzana
La contienda de las Diosas.
Belleza llego á tener
De mano tan generosa,
Que dices, que seré hermosa,
Solamente con querer.
Y así en la lid contenciosa
Fuera siempre la triunfante;
Que pues nadie tan amante,
Luego nadie tan hermosa.

Mas si de amor el primor
La belleza me asegura,
Te deberé la hermosura,
Pues me causas el amor.
Del amor tuyo confío
La beldad, que me atribuyo;
Porque siendo obsequio tuyo,
Resulta en provecho mío.
Pero á todo satisfago,
Con ofrecerte de nuevo
La hermosura, que te debo,
Y el amor, con que te pago.

En que describe racionalmente los efectos irracionales del Amor.

Este amoroso tormento,
Que en mi corazón se ve,
Sé que lo siento, y no sé
La causa, porque lo siento.
Siento una grave agonía
Por lograr un devaneo,
Que empieza como deseo,
Y pára en melancolía.
Y cuando con más terneza
Mi infeliz estado lloro,
Sé que estoy triste, é ignoro
La causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano,
Por la ocasión á que aspiro,
Y cuando cerca la miro,
Yo misma aparto la mano,
Porque si acaso se ofrece.
Después de tanto desvelo,
La desazona el recelo,

O el susto la desvanece,
  Y si alguna vez sin susto,
Consigo tal posesión,
Que cualquier leve ocasión
Me malogra todo el gusto.
  Siento mal del mismo bien
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor,
Tal vez á mostrar desdén.
  Cualquier leve ocasión labra
En mi pecho de manera,
Que el que imposibles venciera,
Se irrita de una palabra.
  Con poca causa ofendida
Suelo, en mitad de mi amor,
Negar un leve favor,
A quien le diera la vida.
  Ya sufrida, ya irritada,
Con contrarias penas lucho,
Que por él, sufriré mucho,
Y con él, sufriré nada.
  No sé en qué lógica cabe,
El que tal cuestión se pruebe,
Que por èl, lo grave es leve,
Y con él, lo leve es grave.
  Sin bastantes fundamentos
Forman mis tristes cuidados,
De conceptos engañados,
Un monte de sentimientos.
  Y en aquel fiero conjunto
Hallo, cuando se derriba,
Que aquella máquina altiva
Solo estribava en un punto,
  Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razón,

Que no habrá satisfacción,
Que pueda templar mi saña.
  Y cuando á averiguar llego
El agravio, porque riño,
Es como espanto de niño,
Que pára en burlas, y juego.
  Y aunque el desengaño toco,
Con la misma pena lucho,
De ver que padezco mucho
Padeciendo por tan poco.
  A vengarse se avalanza
Tal vez el alma ofendida,
Y después arrepentida
Tomó de mí otra venganza
  Y si al desdén satisfago
Es con tan ambiguo error
Que yo pienso que es rigor
Y se remata en alago.
  Hasta el labio desatento
Suele equívoco tal vez,
Por usar de la altivez
Encontrar el rendimiento.
  Cuando por soñada culpa
Con más enojo me incito,
Yo le acrimino el delito,
Y le busco la disculpa.
  No huyo el mal, ni busco el bien:
Porque en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desdén.
  En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solícito el desengaño,
Y no encontrarlo deseo.
  Si alguno mis quejas oye,

Más á decirlas me obliga,
Porque me las contradiga,
Que no porque las apoye.
  Porque si con la pasión
Algo encontrar mi amor digo,
Es mi mayor enemigo,
Quien me concede razón.
  Y si acaso en mi provecho
Hallo la razón propicia,
Me embaraza la justicia,
Y ando cediendo el derecho.
  Nunca hallo gusto cumplido:
Porque entre alivio, y dolor,
Hallo culpa en el amor,
Y disculpa en el olvido.
  Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero,
Porque pasa de locura.
  Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor,
Entenderá lo que digo.

Escusándose de un silencio en ocasión de un precepto para que le rompa.

  Pedirte, señora, quiero
De mi silencio perdón,
Si lo que ha sido atención,
Le hace parecer grosero.
  Y no me podrás culpar,
Si hasta aquí mi proceder,
Por ocuparse en querer,

Se ha olvidado de explicar.
  Que en mi amoroso pasión,
No fué descuido, ni mengua,
Quitar el uso á la lengua,
Por dárselo al corazón.
  Ni de explicarme dejaba,
Que como la pasión mía
Acá en el alma te veía,
Acá en el alma te hablaba.
  Y en esta idea notable
Dichosamente vivía;
Porque en mi mano tenía
El fingirte favorable.
  Con traza tan peregrina
Vivió mi esperanza vana;
Pues te pudo hacer humana
Concibiéndote divina.
  Oh! cuan loco llegué á verme
En tus dichosos amores;
Que aun fingidos tus favores
Pudieron enloquecerme!
  Oh! como en tu Sol hermoso
Mi ardiente afecto encendido
Por cebarse en lo lucido,
Olvidó lo peligroso!
  Perdona, si atrevimiento
Fué atreverme á tu ardor puro;
Que no hay Sagrado seguro
De culpas de pensamiento.
  De esta manera engañaba
La loca esperanza mía,
Y dentro de mí tenía
Todo el bien que deseaba.
  Mas ya tu precepto grave
Rompe silencio mudo;

Que él solamente ser pudo
De mi respeto la llave.
Y aunque el amar tu belleza
Es delito sin disculpa,
Castígueseme la culpa
Primero, que la tibieza.
No quieras, pues, rigurosa,
Que estando ya declarada,
Sea de veras desdichada,
Quien fué de burlas dichosa.
Si culpas mi desacato,
Culpa también tu licencia;
Que si es mala mi obediencia,
No fué justo tu mandato.
Y si es culpable mi intento,
Será mi afecto preciso;
Porque es amarte un delito
De que nunca me arrepiento.
Esto en mis afectos hallo,
Y más, que explicar no sé;
Mas tú, de lo que callé,
Inferirás lo que callo.

Al retrato de una decente hermosura.

Acción, Lisi, fué acertada
El permitir retratarte,
Pues quién pudiera mirarte,
Si no es estando pintada?
Como de Febo el reflejo
Es tu hermoso Rosicler,
Que para poderlo ver
Lo miran en un espejo.
Así en tu copia advertí,

Que el que llegare á mirarte,
Se atreverá á contemplarte
Viendo que estás tú sin tí.
   Pues aún pintada severa,
Esa belleza sin par,
Muestra que para matar
No te has menester entera.
   Pues si el resplandor inflama
Todo lo que deja ciego,
Fuera aventurar el fuego
Desautorizar la llama.
   Que en su dominio absoluto,
Por más soberano modo,
Para sujetarlo todo.
Basta con un sustituto.
   Pues ¿qué gloria en la conquista
Del mundo pudiera haber
Si te costara el vencer
La indecencia de ser vista?
   Porque aunque siempre se venza;
Como es victoria tan baja,
Conseguida con ventaja,
Más es que triunfo, vergüenza.
   Pues la fuerza superior
Que se emplea en un rendido,
Es disculpa del vencido,
Y afrenta del vencedor.
No es lo malla del escudo
Seña del valor subido;
Porque un pecho muy vestido
Muestra un corazón desnudo.
   Y del muy armado infiero
Que con recelo y temor,
Se desnuda del valor,
Cuando se viste de acero.

Y así era hacer injusticia
A tu decoro, y grandeza,
Si triunfara su belleza,
Donde basta tu noticia.
Amor, hecho tierno Apeles;
En tan divina pintura.
Para pintar tu hermosura,
Hizo las flechas pinceles.
Mira, si matará verte
Formada tan homicida,
Que es cada linea una herida,
Y cada rasgo una muerte,
Y no fué de amor locura,
Cuando te intentó copiar;
Pues quererte eternizar,
No fué agraviar tu hermosura.
Que estátua, que á la beldad
Se le erige por grandeza,
Si no copia la belleza,
Representa la deidad.
Pues es rigor, si se advierte,
Que en tu copia singular
Estés capaz de matar
E incapaz de condolerte.
¡Oh tú! bella copia, dura,
Que ostentas tanta crueldad,
Concêdete á la piedad,
Ó niégate á la hermosura.
Cómo, divino imposible,
Siempre te muestras airada,
Para dar muerte, animada,
Para dar vida, insensible?
Por qué, hermosa pesadumbre,
De una humilde voluntad,
Ni dejas la libertad,

Ni aceptas la servidumbre?
  Pues porque en mi pena entienda
Que no es amarte servicio,
Violentas al sacrificio,
Y no agradeces la ofrenda.
  Tu despojas de la vida,
Y purgas la sinrazón,
Por la falta de intención
Del delito de homicida,
  En tan supremo lugar,
Excempta quieres vivir.
Y aun no te tiene el rendir
La costa de despreciar.
  Desprecia, si quiera dado,
Que aun eso tendrán por gloria;
Porque el desdén ya es memoria,
Y el desprecio ya es cuidado.
  Mas como piedad espero,
Sí descubro en tus rigores,
Que con un velo de flores
Cubres una alma de acero.
  De Lisi imitas las raras
Facciones; y en el desdén
Quién pensara que también
Tu condicion imitaras?
  ¡Oh Lísi! de tu belleza
Contempla la copia dura,
Mucho más; que en la hermosura,
Parecida en la dureza.
Vive, sin que el tiempo ingrato
Te desluzga, y goza ígual
Perfeccion de original,
Y duración de retrato.



ENDECHAS

Que expresan cultos conceptos de afecto singular.

Sabrás querido Fabio,
Si ignoras que te quiero;
Que ignorar lo dichoso,
Es muy de lo díscreto;
Que apenas fuiste blanco,
En que el Rapaz Arquero,
Del tiro indefectible
Logró el mejor acierto:
Cuando en mi pecho amante
Brotaron el incendio
De recíprocas llamas
Conformes ardimientos.
No has vista, Favio mío,
Cuando el Señor de Delos
Hiere con armas de oro

La luna de un espejo.
Que haciendo en el cristal
Reflejo el rayo bello
Hiere repercusivo
Al más cercano objeto?
  Pues así del amor
Las flechas, que en mi pecho
Tu resistente nieve
Les dió mayor esfuerzo.
  Vueltas á mí las puntas,
Dispuso amor soberbio,
Solo con un impulso,
Do alcanzar trofeos.
  Díganlo las ruínos
De mi valor desecho
Que en contrítas cenizas
Predican escarmientos
  Mi corazón lo diga,
Que en padrones eternos,
Inextinguibles guarda
Testimonios del fuego.
  Segunda Troya el alma
De ardientes Mongibelos,
Es pavesa á la saña
De más astuto griego.
  De las sangrientas viras
Los enervados hierros,
Por las venas difunden
El amble veneno.
  Las cercenadas voces.
Que en balbucientes ecos,
Si el amor las impele,
Las retiene el respeto.
  Las niñas de mis ojos,
Que con mirar travieso

Sínceramente parlan
Del alma los secretos.
El turbádo semblante,
Y el impedido aliento,
En cuya muda calma
Da voces el afecto.
Aquel decirte más,
Cuando me esplico menos,
Queriendo en negaciones
Expresar los conceptos.
Y en fin dígaslo tú,
Que de mis pensamientos
Lince sútil penetras
Los más ocultos senos.
Si he dicho, que te he visto,
Mi amor está supuesto;
Pues es correlativo
De tus merecimientos.
Si á ellos atiendes, Fabio,
Con indicios más ciertos,
Verás de mis finezas
Evidentes contextos.
Ellos á tí te basten,
Que si prosigo, pienso,
Que con supérfluas voces
Su autoridad ofendo.

Que explican un ingenioso sentir de ausente y desdeñado.

Me acerco y me retíro:
Quién sino yo hallar puedo
A la ausencia en los ojos,
La preferencia en lo lejos?
Del desprecio de Filis
Infelice me ausento:

¡Ay de aquel en quien es
Aun pérdida el desprecio!
Tan atento la adoro,
Que en el mal que padezco,
No siento sus rigores,
Tanto como el perderlos.
No pierdo al partir solo
Los bienes que poseo,
Si en Filis, que no es mia,
Pierdo, lo que no pierdo.
Ay de quien un desdén
Lograba tan atento
Que por no ser dolor,
No se atrevió á ser premio.
Pues viendo, en mi destino,
Preciso mi destierro,
Me desdeñaba más,
Porque perdiera menos
¡Ay! ¿Quién te enseñó, Filis,
Tan primoroso medio
Vedar á los desdenes
El traje del afecto?
A vivir ignorado
De tus luces me ausento,
Donde ni aun mi mal sirva
A tu desdén de obsequio.

Consuelos seguros en el desengaño

Ya desengaño mío,
Llegasteis al extremo,
Que pudo en vuestro sér
Verificar el serlo
Todo lo habéis perdido:

Mas no todo; pues creo,
Que aun á costa es de todo
Barato el escarmiento.
  No envidiaréis de amor
Los gustos lisonjeros,
Que está un escarmentado
Muy remoto del riesgo.
  El no esperar alguno
Me sirve de consuelo,
Que también es alivio
El no buscar remedio
  En la pérdida misma
Los alivios encuentro;
Pues si perdí el tesoro,
También se perdió el miedo.
  No tener que perder,
Me sirve de sosiego,
Que no teme ladrones
Desnudo el pasajero.
  Ni aun la libertad misma,
Tenerla por bien quiero,
Que luego será daño,
Si por tal la poseo.
  No quiero más cuidados
De bienes tan inciertos,
Sino tener el alma,
Como que no la tengo.

Demostraudo afectos de un fuvorecido que se ausenta.

  Divino dueño mio,
Si al tiempo de apartarme,
Tiene mi amante pecho

Alientos de quejarse,
Oye mis penas, mira mis males,
   Aliéntese el dolor,
Si puede lamentarse,
Y á vista de perderte,
Mi corazón exhale
Llanto á la tierra, quejas al aire,
   Apenas de tus ojos
Quise al Sol elevarme,
Cuando mi precipicio
Dá en sentidas señales
Venganza al fuego, nombre á los mares
   Apenas tus favores
Quisieron coronarme.
Dichoso más que todos
Felice como nadie,
Cuando los gustos, fueron pesares.
   Sin duda el ser dichoso,
Es la culpa más grave;
Pues mi fortuna adversa
Dispone que la pague
Conque á mis ojos tus luces falten.
   ¡Ay dura ley de ausencia!
Quién podrá derogarte,
Si adonde yo no quiere
Me llevas, sin llevarme,
Con alma muerto, vivo cadáver.
   Será de tus favores
Solo el corazón carcel,
Por ser aun el silencio,
Si quiero que los guarde,
Custodio indigno, sigilo fragil.
   Y puesto que me ausento,
Por el último vale,
Te prometo rendido

Mi amor, y se constante,
Siempre quererte, nunca olvidarte.

Prosigue en respeto amoroso, dando enhorabuenas de cumplir años la señora Virreina.

Discreta y hermosa,
Soberana Lisi,
En quien la belleza
É ingenio compiten
Bella una vez sola;
¡Oh qué poco dije!
Discreta mil veces
Bella otros mil miles.
No es esto alabarte;
Que para aplaudirte,
Son aún de la fama
Roncos los clarines.
Ni hacerte lisonjas
A nadie es posible,
Pues ninguna hay que
Tú no verifiques.
Porque, ¿qué alabanza
Puedo yo decirte,
Que no halle verdad
El que la averigüe?
Que si es lisonjero,
El que en lo que dice,
O más encarece,
O lo que no hay finge:
¿Qué cosa de tí
Puede discurrirse,
Que mayor no sea
De lo que se esplique?
El que copia al sol,
Aunque solícite
Copiarle más bello,
Nunca lo consigue.
Pues por más que intenso
El estudio aplique,
Quedará más bello
De lo que le pinten.
Así, si tus partes
Quieren aplaudirse,
Sólo en no copiarlas
Pudieran mentirte.
Porque es tu hermosura
Tan inaccesible
Que quien más la alaba
Menos la define.
Tu ingenio y tus gracias
Tan imperceptibles,
Que no les da alcance
La pluma más lince.
Y así mi intención
No es de referirte
Lo que nadie entiende
Y todos repiten;
Porque todos cantan
Tus prendas sublimes,
Y cuán grandes sean
Nadie lo concibe
Sino de tus años
Al día felice,
Dar de mis afectos
El tributo humilde.
Vive, y á tu edad
El sol que la asiste.
Nunca la mensure,
Sólo la ilumine.
Á tus primaveras
El tiempo flexible
Sirva solamente,
No las examine.
Tantos como prendas
Años multipliques;
Y ellos solamente,
Cuenten tus abriles.
Pues serás eterna
Con cuenta infalible,
Si por perfecciones
Tus años se miden.

Vive en el dichoso
Consorcio apacible
De tu dulce esposo,
De tu amante firme
Del excelso Cerda;
Que á su real estirpe
Une sus gloriosos
Personales timbres.
Y de José Bello
Vínculo, que ciñe
De vuestros dos cuellos
Las amantes vides.
En cuyos progresos
Pido á Dios que mires
La piedad de Numa,
Y el valor de Aquiles;
Para que de tantos
Héroes invencibles,
Las claras memorias
En él resuciten.
Vive, porque yo,
De tus rayos Clicie,
Sólo vivo aquello
Que pienso que vives.

Que prorrumpen en las voces del dolor al despedirse para una ausencia.

Si acaso, Favio mío,
Después de penas tantas
Quedan para las quejas
Alientos en el alma;
Si acaso en las cenizas
De mi muerta esperanza,
Se libró por pequeña
Alguna débil rama,
Adonde entretenerse,
Con fuerza limitada,
El rato que me escuchas,
Pueda la vital aura;
Si acaso á la tijera
Mortal, que me amenaza,
Concede breves treguas
La inexorable Parca,
Oye en tristes endechas
Las tiernas consonancias,
Que al moribundo cisne
Sirven de exequias blandas.
Y antes que noche eterna,
Con letal llave opaca,
De mis trémulos ojos
Cierre las lumbres vagas,
Dame el postrer abrazo,
Cuyas tiernas lazadas,
Siendo unión de los cuerpos,
Identifican almas.
Oiga tus dulces ecos,
Y en cadencias turbadas,
No permite el ahogo
Enteras la palabra.
De tu rostro en el mío
Haz amoroso estampa
Y las mejillas frías
De ardiente llanto baña.
Tus lágrimas, y mías
Digan equivocadas
Que aunque en distintos pechos,
Las engendró una causa.
Unidas de las manos,
Las bien tejidas palmas,
Con movimientos digan
Lo que los labios callan.
Dame por prendas firmes
De tu fe no violada,
En tu pecho, escrituras,
Seguros en tu cara;
Para que cuando baje
Á las estigias aguas,
Tuyo el óbolo sea
Para fletar la barca.

Recibe de mis labios
El que, en mortales ansias,
El exánime pecho
Ultimo aliento exhala.
Y el espíritu ardiente,
Que vivifica llama
De acto sirvió primero
A tierra organizada,
Recibe, y de tu pecho
En la dulce morada,
Padrón eterno sea
De mi fineza rara.
Y adiós, Fabio querido;
Que ya el aliento falta,
Y de vivir se aleja
La que de tí se aparta.

Que discurren fantasias tristes de un ausente

Proliga menoria,
Permite, siquiera,
Que por un instante
Sosiegue mis penas.
Afloja el cordel,
Que (según aprietas)
Temo que reviente.
Si das otra vuelta.
Mira que si acabas
Con mi vida, cesa
De tus tiranias
La triste materia.
No piedad te pido
En aquestas treguas,
Sino que otra especie
Dé tormento sea.
Ni de mi presumas
Que soy tan grosera
Que la vida solo
Para vivir quiera.
Bien sabes tu como
Quien está tan cerca,
Que solo la estímo
Per sentir con ella,
Y porque perdida,
Perder era fuerza
Un amor que pide
Duración eterna:
Por esto te pido
Que tengas clemencia,
No, porque yo viva,
Si, porque él no muera.
¿No basta cuán vivas
Si me representan
De mi ausencie clelo
Las divínas prendas?
¿No basta acordarme
Sus caricias tiernas,
Sus dulces palabras,
Sus nobles finezas?
¿Y no basta que
Industriosas crezcas,
Con pasadas glorias,
Mis presentes penas?
Sino que (¡ay de mi!
Mi bien, quien pudíera
Ne hacerte este agravio
De temer mi ofensa!)
Sino que, villano,
Persuadirme intentas,
Que mi agravio es
Posible que sea.
Y para formarlo,
Con necia agudeza,
Con cuerdas palabras,
Acciones contestas:
Sus proporciones
Me las interpretas.
Y lo que en paz dijo
Me sirve de guerra.
¿Para qué examinas,
Si habrá quien merezca
De tus bellos ojos
Atenciones tiernas?
¿Si de otra hesmosura
Acaso le llevan

Méritos más altos,
Más dulces ternezas?
¿Si de obligaciones
La carga molesta
Le obliga en mi agravio,
Á pagar la deuda?
¿Para qué ventilas
La cuestión supérflua.
De si es la mudanza
Hija de la ausencia?
Ya yo sé que es frágil
La naturaleza,
Y que su constancia
Sola es no tenerla.
Sé que la mudanza
Por puntos, en ella
Es, de su sér propio,
Caduca dolencia.
Pero también sé
Que ha habido firmeza,
Que ha habido excepciones
De la común regla:
¿Pues por qué la suya
Quieres tú que sea,
Siendo ambas posibles,
De aquélla, y no ésta?
Mas ¡ay! que ya escucho
Que das por respuesta,
Que son más seguras
Las cosas adversas.
Con estos temores,
En confusa guerra,
Entre muerte y vida
Me tienes suspensa.
Ven á algún partido
De una vez, y acepta
Permitir que viva.
Ó dejar que muera.





LIRAS

Expresa el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto.

A estos peñascos duros,
Mudos testigos del dolor que siento,
Que sólo siendo mudos,
Pudiera yo fiarles mi tormento,
Si acaso de mis penas lo terrible
No infunde lengua y voz en lo insensible:
  Quiero contar mis males,
Si es que yo sé los males de que muero;
Pues son mis penas tales,
Que si contarlas, por alivio, quiero,
Le son una con otra atropellada,
Dogal á la garganta, al pecho espada,
  No envidio dicha ajena,
Que el mal eterno, que mi pecho lidia,
Hace incapaz mi pena,
De que pueda tener tan alta envidia:

Es tan mísero estado en el que peno,
Que como dicha envidio el mal ageno.
No pienso yo si hay glorias,
Porque estoy de pensarlo tan distante,
Que aun las dulces memorias
De mi pasado bien tan ignorante
Las mira de mi mal el desengaño,
Que ignoro si fué bien, y sé que es daño.
Estense allá en su esfera
Los dichosos, que es cosa en mí sentido
Tan remota, tan fuera
De mi imaginación, que sólo mido,
Entre lo que padecen los mortales,
Lo que distan sus males de mis males.
¡Quién tan dichosa fuera,
Que de un agravio indigno se quejara!
¡Quién un desdén llorara!
¡Quién un alto imposible pretendiera!
¡Quién llegara, de ausencia ó de mudanza,
Casi á perder de vista la esperanza!
¡Quién, en ajenos brazos,
Viera á su dueño, y con dolor rabioso
Se arrancara á pedazos
Del pecho ardiente el corazón celoso!
Pues fuera menor mal que mis desvelos,
El infierno insufrible de los celos.
Pues todos esos males
Tienen consuelo ó tienen esperanza;
Y los más son iguales,
Solicitan ó animan la venganza,
Y sólo mi fiero mal se aleja,
La esperanza, venganza, alivio y queja.
Porque ¿á quién sino al cielo,
Que me robó mi dulce prenda amada,
Podrá mi desconsuelo

Dar sacrílega queja destemplada?
Y él con sordas rectísimas orejas,
A cuenta de blasfemias pondrá quejas.
Ni Fabio fué grosero,
Ni ingrato, ni traidor, antes amante,
Con pecho verdadero:
Nadie fué más leal ni más constante;
Nadie más fino supo, en sus acciones,
Finezas añadir á obligaciones
Sólo el cielo envidioso
Mi esposo me quitó: la Parca dura,
Con ceño riguroso,
Fué solo autor de tanta desventura:
¡Oh cielo riguroso! ¡Oh triste suerte!
Que tantas muertes dás con una muerte!
¡Ay dulce esposo amado!
¿Para qué te vi yo? ¿Por qué te quise;
Y por qué tu cuidado
Me hizo con las venturas infelice?
¡Oh dicha fementida y lisonjera,
Quién tus amargos fines conociera!
¿Qué vida es esta mia,
Que rebelda resiste á dolor tanto?
¿Por qué necia porfía?
¿Y en las amargas fuentes de mi llanto,
Atenuada, no acaba de extinguirse?

Que expresan sentimientos de ausente

Amado dueño mío:
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fío
Que breve las conduzca á tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.

Oyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oidos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma mis gemidos;
Y ya que á tí no llega mi voz ruda,
Óyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás si atento te entretienes,
Ejemplo de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
Ves galán de las flores en el prado.
Que amante y lisonjero
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto tienes risa.
Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
Tórtola gemidora,
En él, y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor, y con lamento,
Él mi esperanza y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
Si la peña, que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,
Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquélla, y ésta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido
Que baja por el monte acelerado,
Buscando, dolorido,
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento, al cristal se precipita,

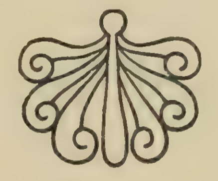
No en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los pies ligeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acusada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía;
Y si, de luz avaro
De tinieblas se emboza el claro dia,
Es con su obscuridad y su inclemencia
Imagen de mi vida en esta ausencia.
Así que (Fabio amado)
Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidado;
Pues puedes de los campos informarte,
Y pues yo á todo mi dolor ajusto
Saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo (¡ay gloria mía!)
Pereceré gozar tu luz serena?
¿Cuando llegarà el dia
Que pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos; dulce encanto,
Y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos, delicada.
Y el alma que te adora,
De inundación de gozos anegada
Á recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
Y ¿cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos.

Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Que tanto ha de penar, quien goza tanto?
¿Cuando de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable
Y aquel bien indecible,
Á toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá á lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido.
Ven, pues, mi prenda amada;
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesa;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cuente su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

Que dan encarecida satisfacción á unos celos.

Pues estoy condenada,
Fabio, á la muerte por decreto tuyo
Y la sentencia airada
Ni la apelo, resisto, ni la huyo:
Óyeme, que no hay reo tan culpado,
Á quien el confesar le sea negado.
Porque te han informado
Dices, de que mi pecho se ha ofendido,
Me has fiero condenado;
Y pueden en tu pecho endurecido
Más la noticia incierta, que no es ciencia,
Que de tantas verdades la experiencia.
Si á otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué á tus ojos se la niegas?
Y el sentido trocada,
De la ley al cordel mi cuello entregas:
Pues liberal me amplías los rigores,
Y avaro me restringes los favores.

Si á otros ojos he visto,
Mátenme, Fabio, tus airados ojos:
Si á otro cariño asisto,
Asístenme implacables tus enojos;
Y si otro amor del tuyo me divierte.
Si á otro, alegre, he mirado,
Nunca alegre me mires, ni te vea:
Si le hablé con agrado,
Eterno desagrado en tí posea:
Y si otro amor inquieta mi sentído,
Sáquesme el alma tú, que mí alma has sido.
Mas supuesto que muero
Sin resistir á mi infelice suerte,
Que me des sólo quiero
Licencia de que escoja yo mi muerte:
Deja la muerte á mi elección medída;
Pues en la tuya pongo yo la vida.
No muero de rigores.
Fabio, cuando morir de amores puedo;
Pues con morír de amores,
Tú acreditado, y yo bien puesta quedo;
Que morir por amor, no de culpada,
No es menos muerte, pero es más honrada.
Perdón en fin te pido
De las muchas ofensas que te he hecho
En haberte querido;
Que ofensas son, pues son á tu despecho,
Y con razón te ofendes de mi trato;
Pues que yo con quererte te hago ingrato,





SONETOS

A su retrato.

Este, que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Son falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido:
Este en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y, venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:
Es un vano artificio del cuidado;
Es una flor al viento delicada;
Es un resguardo inútil para el Hado;
Es una necia diligencia errada;
Es un afán caduco; y bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Enseña como un solo empleo en amar, es razón y conveniencia.

Fabio, en el ser de todos adoradas,
Son todas las beldades ambiciosas;
Porque tienen las Aras por ociosas,
Si no las ven de víctimas colmadas:
Y así, si de uno sólo son amadas,
Viven de la Fortuna querellosas;
Porque piensan que más que ser hermosas,
Constituye Deidad el ser rogadas.
Mas yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo á muchas mi atención zozobra;
Y sólo quiero ser correspondida
De aquel que de mi amor réditos cobra;
Porque es la sal del gusto el ser querida;
Que daña lo que falta y lo que sobra.

Á Julia.

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
Al ver su vestidura en sangre roja,
Con generosa cólera se enoja
De sospecharlo muerto y estar viva:
Rinde la vida, en que el sosiego estriba
De esposo y padre; y con mortal congoja,
La concebida sucesión arroja;
Y de la paz con ella á Roma priva.
Si el infeliz concepto que tenía
En las entrañas Julia, no abortara,
La muerte de Pompeyo excusaría:
¡Oh tirana fortuna! Quién pensara,
Que con el mismo amor que la temía,
Con ese mismo amor se la causara!

Muestra se debe escoger antes el morir que exponerse á lós ultrajes de lâ vejez.

Miró Celia una rosa, que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmín y grana
Bañaba alegre el rostro delicado;
Y dijo; goza sin temor del Hado
El curso breve de tu edad lozana;
Pues no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.
Y aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja;
No sientas al morir tan bella y moza:
Mira que la experiencia te aconseja,
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Y no ver el ultraje de ser vieja.

A Porcia.

¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego
Te obliga á ser de tí fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu ínocente vida
Que así le das batalla á sangre y fuego?
Si la fortuna airada al justo ruego
De tu esposo se muestra endurecida;
Bástale el mal de ver su acción perdida:
No acabes con tu vida su sosiego.
Deja las brasas, Porcia, que mortales
Impaciente tu amor elegir quiere;
No al fuego de tu amor el fuego iguales;
Porque si bien de tu pasión se infiere,

Mal morirá á las brasas materiales
Quien á las llamas del amor no muere.

Engrandece el hecho de Lucrecia.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre que extinguió, á despecho
Del Rey injusto la lasciva llama!
¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
Tu virtud; pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!
Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento
Con que pusiste fin á tantos males,
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

Soneto, á lo Mimo.

Bello compuesto en Laura dividido,
Alma inmortal, espíritu glorioso
Por qué dejaste cuerpo tan hermoso?
Y para qué tal alma has despedido?
Pero yá ha penetrado mi sentido,
Que sufres el divorcio riguroso.
Porque el día final puedas gozoso
Volver á ser enteramente uncido.
Alza tu alma dichosa, el presto vuelo,
Y de tu hermosa carcel desatada,
Dejando vuelto su arrebol en hielo;
Sube á ser de Luceros coronada:

Que bien es necesario todo el cielo,
Por que no eches menos tu morada.

Con una reflexión cuerda mitiga el dolor de una pasión.

Con el dolor de la mortal herida
De un agravio de amor me lamentaba;
Y por ver si la muerte se llegaba,
Procuraba que fuese más crecida.
Toda en su mal el alma divertida,
Pena por pena su dolor sumaba;
Y en cada circunstancia ponderaba
Que sobraban mil muertos á una vida.
Y cuando al golpe de mio y otro tiro,
Rendido el corazón, daba penoso
Señas de dar el último suspiro,
No sé porqué destino prodigioso;
Volví en mi acuerdo y dije: ¿qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

Encarece de animosidad la elección de estado durable hasta la muerte.

Si los riesgos del mar considerára
Ninguno se embarcara, si antes viera
Bien su peligro, nadie se atreviera,
Ni al bravo toro ossado provocára;
Si del fogoso bruto ponderára
La furia desbocada en la carrera,
El ginete prudente, nunca hubiera,
Quien con discreta mano le enfrenara.
Pero si hubiera algo tan osado,
Que, no obstante el peligro, al mismo Apolo

Quisiera gobernar con atrevida
Mano, el rápido carro en luz bañado
Todo lo hiciera: y no tomara solo
estado, que ha de ser toda la vida,

Pretendo con aguda ingeniosidad esforzar el dictamen de que sea ausencia mayor mal que los celos.

El ausente, el celoso, se provoca;
Aquel con sentimiento, esto con ira;
Presume este la ofensa, que no mira;
Y siente aquel la realidad, que toca:
Este templa, tal vez su furia loca;
Cuando el discurso en su favor delira;
Y, sin intermisión, aquél suspira,
Pues nada á su dolor la fuerza apoca.
Este aflige dudoso su paciencia;
Y aquél padece ciertos sus desvelos;
Este al dolor opone resistencia;
Aquél y fin ella, sufre desconsuelos:
Y si es pena de daño, al fin, la ausencia,
Luego es mayor tormento, que los celos.

No quiere pasar por olvido lo descuidado.

Dices que yo te olvido Celio, y mientes,
En decir que me acuerdo de olvidarte;
Pues no hay en mi memoria alguna parte,
En que, aun como olvidado, te presentes.
Mis pensamientos son tan diferentes,
Y en todo tan agenos de tratarte;
Que ni saben si pueden olvidarte,
Ni si te olvidan, saben si lo sienten:

Si tu fueras capaz de olvido, y ya era gloria,
al menos, la potencia de haber sido.
Mas tan lejos estás de esa victoria,
Que aqueste no acordarme, no es olvido,
Sino una negación de la memoria.

Soneto.

Al que ingrata me deje busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro á quien mi amor maltrata;
Maltrato á quien mi amor busca constante:
Al que trato de amor, hallo diamante;
Y soy diamante, al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata;
Y mato á quien me quiere ver triunfante.
Si á éste pago, padece mi deseo:
Si ruego á aquél, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo;
Pero yo, por mejor partido escojo,
De quien no quiero ser violento empleo;
Que de quien no me quiere vil despojo.

Pyramo y Tysbe.

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil, y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco, aun hoy, resuena
El eco, que doliente á Tysbe nombra;
Cubrió la verde matizada alfombra,
En que Pyramo amante abrió la vena
Del corazón, y Tysbe de su pena
Dió la señal que aun hoy el mundo asombra,
Mas viendo del amor tanto despecho

La muerte, entonces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho:
Mas ¡ay! de la infeliz y desdichada,
Que á su Pyramo dar no puede el pecho,
Ni aun por los duros filos de una espada!

En que satisface un recelo con la retórica del llanto.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones vea
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba:
Y Amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecía;
Pues entre el llanto que el dolor vertío,
El corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien: baste;
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste.
Con sombras necias, con indicios vanos:
Pues ya en líquido humos viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

Soneto.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusión, por quien alegre muero,
Dulce ficción, por quien penoso vivo:
Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero.
Si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mi tu tirania;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prisión mi fantasia,

Prosigue el mismo pesar, y dice, que aun no se debe aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle aún así cerca del corazón

Sylvio, yo te aborrezco, y aún condeno
El que estés, de esta suerte, en mi sentido;
Que infama el hierro al escorpión herido,
Y á quienla huella mancha inmundo el cieno
Eres como el mortífero veneno,
Que daña, á quien lo vierte inadvertido;
Y en fin eres tan malo, y fementido,
Que amo para aborrecido no eres bueno.
Tu aspecto vil á mi memoria ofresco,
Aunque con susto me lo contradice.
Por darme yo la pena que merezco:
Pues que dando considero, lo que hice,
No solo á ti, corrida te aborrezco;
Pero á mi, por el tiempo que te quise.

Un celoso refiere el comun pesar, que todos padecen, y advierte á la causa el fin, que puede tener la lucha de afectos encontrados

Yo no dudo, Lisarda que te quiero,
Aunque sé que me tienes agraviado;
Mas estoy tan amante, y tan ayrado,
Que afectos, que distingo, no prefiero:
De ver, que odio, y amor te tengo, infiero
Que ninguno estar puede en sumo grado;
Pues no le puede el oido avergonzado,

Sín haberle perdido amor primero.
  Y si piensas que el alma, que te quiso,
Ha de estar siempre á tu afición ligada.
De tu satisfación vana te aviso:
  Pues si el amor al odio ha dado entrada,
El que bajó de sumo á ser remiso,
De lo remiso pasará á ser nada.

De amor, puesto antes en sujeto indigno, es enmienda blasonar del arrepentimiento

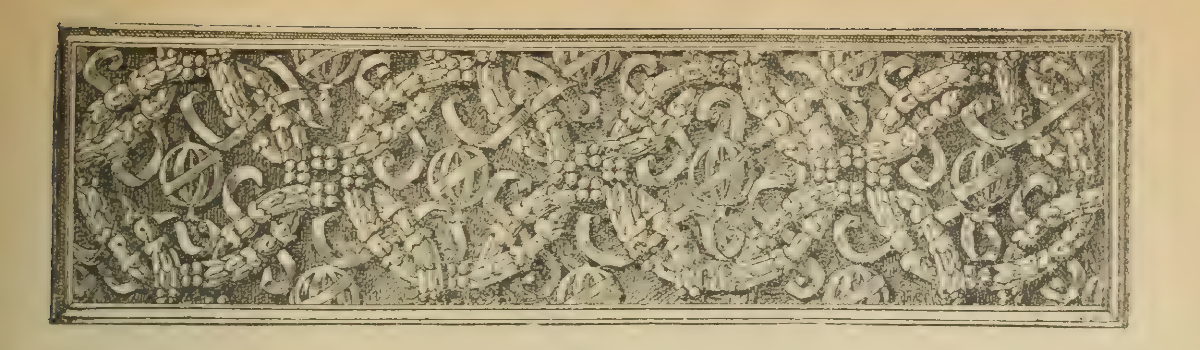
  Cuando mi error, y tu vileza veo,
Contemplo, Sylvio de mi amor errado,
Cuan grave es la malicia del pecado,
Cuan violenta la fuerza de un deseo.
  A mi mísma memoria apenas creo.
Que pudiese caber en mi cuidado
La última línea de lo despreciado,
El término final de un mal empleo?
  Yo bien quisiera cuando llego á verte
Viendo mi infame amor poder negarlo;
Más luego la razon justa me advierte,
  Que solo se remedia en publicarlo;
Porque del gran delito de quererte,
Solo es bastante pena, confesarlo.

Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes igualan con las prendas de quien le causa

  ¿Vesme, Alcino, que atada á la cadena
De amor, paso, en sus hierros aherrojada
Miseria esclavitud, desesperada.
De libertad y de consuelo ajena?
  ¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
De tan fieros tormentos lastimada,

Y entre las vivas llamas abrasadas,
Juzgarse por indigna de su pena?
¿Vesme seguir sin alma un desatino,
Que yo misma condeno por extraño?
¿Vesme derramar sangre en el camino,
Siguiendo los vestigios de un engaño?
Muy admirado estás. ¿Pues, ves, Alcino?
Más merece la causa de mi daño.





DECIMAS

Copia divina en quien veo
Desvanecido al pincel,
De ver que ha llegado él
Donde no pudo el deseo;
Alto, soberano empleo,
De más que humano talento,
Exenta de atrevimiento,
Pues tu beldad increible,
Como excede á lo posible,
No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
Fué á copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?

No se alabe el arte vano
Que te formó peregrino,
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento;
Pero el impulso, divino.

Tan espiritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma, que no veo,
Y dudo el cuerpo, que miro;
Todo el discurso retiro,
Admirada en tu beldad;
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma,
Que es visible la deidad.

Mirando perfección tal,
Cual la que en tí llego á ver,
Apenas puedo creer
Que puedes tener igual;
Y á no haber original.
De cuya perfección rara
La que hay en ti se copiara;
Perdida por tu afición,
Segundo Pigmaleón,
La animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en ti parece:
¿Posible es que de él carece
Quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta mano que le toca?
¿Y á que atiendas te provoca

Á mis rendidos despojos?
¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿Qué, no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma,
Y no te animas con ella;
Y cuando altivo atropella
Tu rigor, mi rendimiento,
Apurando el sufrimiento.
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja,
Y se me logra el tormento

Tal vez pienso que piadoso
Respondes á mi aflicción,
Y otras teme el corazón,
Que te esquivas desdeñoso:
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz al rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer,
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
Á mí me ha dado el pincel,
Lo que no puede el amor:
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío;
Pues aunque muestres desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres impasible
Pero no que no eres mío.

Tus plumas, que indice infiero
Del valor, y discrección,
No determino si son
De celada, ú de tintero:
Bien muestran en el cimero,
Que tu discrecion armada,
Con tu osadia letrada,
Para hacer de toda suma,
Tu espada cortó tu pluma,
Tu pluma mide tu espada,

A tus manos me traslada,
La que mi original es,
Que aunque copiada la ves,
No la verás retratada:
En mi toda transformada
Te dá de tu amor la palma:
Y no te admire la calma,
Y silencio que hay en mi;
Pues mi original por ti,
Pienso, que está más sin alma.

De mi venida envidioso
Queda en mi fortuna viendo,
Que el es infeliz sintiendo,
Y yo sin sentir dichoso.
Es signo más venturoso,
Estrella más oportuna
Me asiste sin duda alguna;
Pues que de un pincel nacida
Tuvo ser con menos vida,
Pero con mejor fortuna.

Mas si por dicha trocada
Mi suerte, tu me ofendieres,
Por no ver, que no me quieres,
Quiero estar inanimada:
Porque el de ser desamada
Será lance tan violento,
Que la fuerza del tormento
Llegue, aun pintada, á sentir;
Que el dolor sabe infundir
Almas para el sentimiento.

Y si te es, faltarte aqui
El alma, cosa importuna,
Me puedes tu infundir una
De tantas, como hay en tí:
Que como el alma te di,
Y tuyo mi ser se nombra,
Aunque mirarme te asombra
En tan insensible calma,
De este cuerpo eres el alma,
Y eres cuerpo de esa sombra.





COMPOSICIONES DRAMATICAS

LOS EMPEÑOS DE UNA CASA

COMEDIA FAMOSA

INTERLOCUTORES

D. CARLOS, D. RODRIGO, D. JUAN, D. LEONOR. D. PEDRO, D. ANA
CELIA, HERNANDO, CASTAÑO,
DOS EMBOZADOS, DOS COROS DE MÚSICA

JORNADA PRIMERA

Salen doña Ana y Celia.

D. ANA. Hasta que venga mi hermano,
Celia, le hemos de esperar.
CELIA. Pues eso será velar:
Porque él juzga que es temprano,
La una, ó las dos, y á mi ver,
Aunque es grande ociosidad,
Viene á decir la verdad;
Pues viene al amanecer.
Mas por qué ahora te dió
Esa gana de esperar,
Si te entras siempre á acostar
Tú, y la espero sola yo?

D. Ana. Has de saber, Celia mía,
Que aquesta noche ha fiado
De mí todo su cuidado,
Tanto de mí afecto fía.
Bien sabes tú, que él salió
De Madrid dos años há,
Y á Toledo, donde está,
A una cobranza llegó,
Pensando luego volver,
Y así en Madrid me dejó,
Donde estando sola yo,
Y poder ser vista, y ver,
Me vió D. Juan, y le ví,
Y me solicitó amante,
A cuyo pecho constante
Atenta correspondí;
Cuando, ó por no ser tan llano,
Como el pleito se juzgó,
Ó lo cierto, porque no
Quería irse mi hermano;
Porque vive aquí una dama
De perfecciones tan sumas,
Que dicen, que faltan plumas,
Para elevarla á la fama,
De la cual enamorado,
Aunque no correspondido,
Por conseguirla, perdido
En Toledo se ha quedado,
Y porque yo no estuviese
Sola en la Corte sin él,
O porque á su amor cruel
De algún alivio le fuese,
Dispuso el que venga aquí
A vivir yo, que al instante
Dí cuenta á D. Juan, que amante

Vino á Toledo tras mí:
Fineza, á que agradecida
Toda el alma estar debiera,
Sí ya (¡Ay de mí!) no estuviera
Del empeño arrepentida,
Porque el amor, que es villano
En el trato, y la bajeza,
Se ofende de la fineza:
Pero volviendo á mi hermano,
Sábete, que él ha adquirido,
Con obstinada porfía,
Qué motivo haber podía,
Para no ser admitido,
Y hallando, que es otro amor,
Aunque yo no sé de quien,
Sintiendo, más que el desdén,
Que otro gozase el favor:
Que como este fiero engaño
Es envídioso veneno,
Se siente el provecho ageno,
Mucho mas que el propio daño.
Sobornando (¡Oh vil costumbre!)
Que así la razón estraga,
Que es tan ciego amor, que paga,
Porque le dén pesadumbre!)
Una criada, que era,
De quien ella se fiaba,
En el estado que estaba
Su amor, con el fin que espera,
Y con lo demás que pasa,
Supo de la infiel criada,
Que estaba determinada
A salirse de su casa
Esta noche con su amante,
De que mi hermano furioso,

Como á quien está celoso,
No hay peligro que le espante;
Con unos hombres trató,
Que fingiéndose justicia,
(Mira qué astuta malicia)
Prendan al que la robó,
Y que al pasar por aquí,
Al galán y dama bella,
Como en depósito, á ella
Me la entregasen á mi,
Y que luego al apartarse,
Como que acaso ellos van
Descuidados, del galán
Den lugar para escaparse,
Con lo cual claro se arguye,
Que él se valdrá de los pies,
Húyendo, pues piensa, que es
La justicia, de quien huye;
Y mi hermano con la traza,
Que su amor ha discurrido,
Sin riesgo habrá conseguído
Traer su dama á su casa,
Y en ella es bien fàcil cosa
Galantearla abrasado,
Sin que él parezca culpado,
Ni ella pueda estar quejosa;
Porque si tanto despecho
Ella llegase á entender,
Visto es, que ha de aborrecer,
A quien tal daño le ha hecho.
Esto, que te he contado,
Celia, tengo que esperar;
Mira como puedo entrar
A acostarme sin cuidado.

CEL. Señora, nada me admira,

Que en amor no es novedad,
Que se vista la verdad
Del color de la mentira:
Ni quien habrá que se espante
Si lo que es, llega á entender
Temeridad de mujer,
Ni resolución de amante,
Ni de traidoras criadas,
Que eso en todo el mundo pasa,
Y quizá dentro de casa
Hay algunas calderadas.
Solo admirado me han,
Por las acciones que has hecho
Los indicios, que tu pecho
Dá de olvidar á D. Juan.
Y no sé por qué el cuidado
Das en trocar en olvido,
Cuando ni causa has tenido
Tú, ni D. Juan te la ha dado.

D. AN. Que él no me la dá es verdad,
Que no la tengo, es mentira.

CEL. ¿De qué modo?

D. AN. ¿Qué te admira?
Es ciega la voluntad.
Tras mí, como sabes, vino
Amante, y fino D. Juan,
Quitándose de galán
Lo que se añade de fino,
Sin dejar á que aspirar
A la ley del albedrío;
Porque si él es ya tan mío,
¿Qué tengo que desear?
Pero no es esta sola
La causa de mi despego,
Sino porque ya otro fuego

En mi pecho se acrisola.
Suelo en esta calle ver
Pasar á un galán mancebo,
Que si no es el mismo Febo,
Yo no se quien pueda ser.
A este ¡ay de mí! Celia mía,
No se si es gusto, ó capricho,
Y: pero ya te lo he dicho,
Sin saber lo que decía.

CEL. ¿Lloras?

D. AN. ¿Pues no he de llorar,
¡Ay, infelíz de mí! cuando
Conozco que estoy errando,
Y no me puedo enmendar?

CEL. Qué buenas nuevas me dan
Con esto, que ahora he oido, *Ap.*
Para tener yo escondido
En su cuarto al tal D. Juan:
Que habiendo notado el modo
Con que le trata enfadada,
Quiere hacer la tarquinada,
Y dar al traste con todo.
¿Y quién, señora, ha logrado
Tu amor?

D. AN. Sólo decir puedo,
Que es un D. Carlos de Olmedo
El galán: mas han llamado,
Mira quien es, que después
Te hablaré, Celia.

CEL. ¿Quién llama?
La justicia. *Dentr.*

D. AN. Esta es la dama,
Abre Celia.

CEL. Entre quien es.

Enntran embozados, y doña Leonor

EMB. Señora, aunque yo no ignoro
El decoro de esta casa,
Pienso, que al entrar en ella
Ha sido más venerarla
Que ofenderla, y así os ruego,
Que me tengáis esta dama
Depositada, hasta tanto,
Que se averigüe la causa,
Por qué le dió muerte á un hombre
Otro, que la acompañaba:
Y perdonad, que á hacer vuelvo
Diligencias no excusadas
en tal caso. *Vanse.*

D. AN. ¿Qué es aquéllo?
Celia, á aquellos hombres llama,
Que lleven esta mujer,
Que no estoy acostumbrada
A oir estas liviandades.

CEL. Bien la desecha mi alma *Ap.*
Hace de querer tenerla.

LEON. Señora, en la boca el alma
Tengo ¡Ay de mí! si piedad
Mis tiernas lágrimas causan
En tu pecho (hablar no acierto)
Te suplico arrodillada,
Que ya que no de mi vida,
Tengas piedad de mi fama,
Sin permitir, puesto que
Ya una vez entré en tu casa,
Que á otra me lleven, adonde
Corra mayores borrascas
Mi opinión; que á ser mujer,
Como imagináis, liviana,
Ni á tí te hiciera este ruego,
Ni yo tuviera estas ansias.

D. AN. A lástima me ha movido
Tu belleza y tu desgracia.
Bien dice mi hermano, Celia.
CEL. Es belleza sobre humana,
Y si está así en la tormenta
¿Cómo estará en la bonanza?
D. AN. Alzad del suelo, señora,
Y perdonad, sí turbada,
Del repentino suceso,
Poco atenta, y cortesana
Me he mostrado, que ignorar
Quien sois, pudo dar la causa
A la extrañeza; mas ya
Vuestra persona gallarda
Informa en vuestro favor
De suerte, que toda el alma
Ofrezco para serviros.
LEON. Déjame besar tus plantas, bella,
Bella deidad, cuyo templo,
Cuyo culto, cuyas aras,
De mí desecha fortuna
Son el asilo. (*D. An.*) Levanta,
Y cuéntame qué sucesos
A tal desdicha te arrastran;
Aunque, si eres tan hermosa,
No es mucho ser desdichada.
CEL. De la envidia que le tiene, *Ap.*
No le arriendo la ganancia.
LEON. Señora, aunque la vergüenza
Me pudiera ser mordaza
Para callar mis sucesos;
La que, como yo, se halla
En tan infeliz estado,
No tiene por qué callarlas:
Antes pienso, que me abono

En hacer lo que me mandas,
Pues son tales los indicios,
Que tengo de estar culpada,
Que por culpables que sean,
Son más decentes sus causas:
Y así escúchame atento:

D. AN. El silencio
Te responda. (*Cel.*) Cosa brava:
Relación á media noche,
¿Y con vela? que no valga.

LEON. Si de mis sucesos quieres
Escuchar los tristes casos,
Con que ostentan mís desdichas
Lo poderoso, y lo vario;
Escucha, por si consigo.
Que divirtiendo tu agrado,
Lo que fué trabajo propío,
Sirva de ageno descanso,
O porque en el desahogo
Hallen mis trístes cuidados
A la pena de sentirlos,
El alívio de contarlos.
Yo nací noble, este fué
De mi mal el primer paso,
Que no es pequeña desdícha
Nacer noble un desdichado;
Que aunque la nobleza sea
Joya de precio tan alto,
Es alhaja, que en un triste,
Sólo sirve de embarazo;
Porque estando en un sugeto,
Repugnan como contraríos,
Entre plebeyas desdichas
Haber respetos honrados.
Decirte, que naci hermosa,

Presumo que es excusado,
Pues lo atestiguan tus ojos,
Y lo prueban mis trabajos.
Solo diré, aquí quien es,
No ser yo quien lo relato,
Pues en callarlo, ó decirlo
Dos inconvenientes hallo;
Porque si digo, que fuí
Celebrada por milagro
De discreción, me desmiento
La necedad del contarlo:
Y si lo callo, no informo
De mí, y en un mismo caso
Me desmiento, si lo afirmo.
Y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe,
Que de mis sucesos hago
(Aunque pase la molestia
La vergüenza de contarlo)
Para que entiendas la historia,
Presuponer asentado,
Que mi discreción la causa
Fué principal de mi daño.
Inclinéme á los estudios
Desde mis primeros años,
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmutè el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo, que en breve tiempo
Era el admirable blanco
De todas las atenciones,
De tal modo, que llegaron

A venerar como insulso,
Lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
El objeto venerado
De aquellas adoraciones,
Que forma el común aplauso,
Y como lo que decía
(fuese bueno ó fuese malo)
Ni el rostro lo deslucía,
Ni lo desairaba el garbo;
llegó la superstición
Popular á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura
Acreditó informes falsos.
La pasión se puso antojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agradaban los tamaños.
Víctima en mis aras eran
Devotamente postrados,
Los corazones de todos
Con tan comprensivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,
Llegó después la costumbre,
Favorecida de tantos,
A hacer, como obligatorio,
El festejo cortesano,
Y si alguno disentía
Paradojo, ó avisado
No se atrevía á proferirlo

Temiendo, que por extraño,
Su dictamen no incurriese
Siendo de todos contrario,
En la nota de grosero,
O en la censura de vano.
Entre estos aplausos yo,
Con la atención zozobrando
Entre tanta muchedumbre,
Sin hallar seguro blanco,
No acertaba á amar á alguno
Viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
Defendía mi recato
Con peligros del peligro,
Y con el daño del daño.
Con una afable modestia,
Igualando el agasajo,
Quitaba lo general
Lo sospechoso al agrado.
Mis padres en mi mesura,
Vanamente asegurados,
Se descuidaron conmigo:
¡Qué dictamen tan errado!
Pues fué quitar por afuera
Los guardas, y los candados
A una fuerza, que en sí propia
Encierra tantos contrarios.
Y como tan neciamente
Conmigo se descuidaron,
Fué preciso hallarme el riesgo
Donde me perdió el cuidado.
Sucedió, pues, que entre muchos,
Que de mi fama incitados
Contentar con mi persona
Intentaban mis aplausos,

Llegó acaso á verme, ¡ay, cielos!
¿Cómo permitís, tiranos,
Que un afecto tan preciso
Se forjase de un acaso?
Don Carlos de Olmedo, un joven
Forastero, mas tan claro
Por su origen, que en cualquiera
Lugar, que llegue á hospedarlo,
Podrá no ser conocido
Pero no ser ignorado.
Aquí, que me des te pido
Licencia para pintarlo,
Por disculpar mis errores,
O divertir mis cuidados,
O porque al ver de mi amor
Los extremos temerarios,
No te admire, que el que fué
Tanto, mereciera tanto.
Era tu rostro un enigma
Compuesto de dos contrarios.
Que eran: Valor y Hermosura,
Tan felizmente hermanados,
Que faltándole á lo hermoso
La parte de afemínado,
Hallaba lo más perfecto
En lo que estaba más falto;
Porque ajando las facciones
Con un varonil desgarro,
No consintió á la hermosura
Tener imperio asentado:
Tan remoto á la noticia,
Tan ageno del reparo,
Que aun no le debió lo bello
La atención de despreciarlo:
Que como en un hombre está

Lo hermoso como sobrado,
Es bueno para tenerlo.
Era el talle como suyo,
Que aquel talle y aquel garbo,
Aunque la naturaleza
A otro dispusiera darlo,
Sólo le asentara bien
Al espíritu de Carlos;
Que fué de su providencia
Esmero bien acertado,
Dar un cuerpo tan gentil
A espíritu tan gallardo.
Gozaba un entendimiento
Tan sutil, tan elevado,
Que la edad de lo entendido
Era un mentís de sus años.
Alma de estas perfecciones
Era el gentil desenfado
De un despejo tan airoso,
Un gusto tan cortesano,
Un recato tan amable,
Un tan atractivo agrado,
Que en el más bajo descuido
Se hallaba el primor más alto,
Tan humilde en los afectos
Tan tierno en los agasajos,
Tan fino en las persuasiones,
Tan apacible en el trato,
Y en todo, en fin, tan perfecto,
Que óstentaba cortesano
Despojos de lo rendido,
Por galas de lo alentado.
En los desdenes sufrido,
En los favores callado,
En los peligros resuelto.

Y prudente en los acasos.
Mira, si con estas prendas,
Con otras más, que te callo,
Quedaría en la más cuerda
Defensa para el recato.
En fin, yo le amé, no quiero
Cansar tu atención, contando
De mi temerario empeño
La historia caso por caso;
Pues tu discreción no ignora
De empeños enamorados,
Que es tu ordinario principio
Desasosiego, y cuidado,
Su medio, lances y riesgos,
Su fin, tragedias ó agravios.
Creció el amor en los dos
Recíproco, y deseando,
Que nuestra feliz unión
Lograda en tálamo casto
Confirmase de himeneo
El indisoluble lazo:
Y porque acaso mi padre,
Que ya para darme estado
Andaba, entre mis amantes
Los méritos regulando
Atento á otras conveniencias;
No nos fuese de embarazo,
Dispusimos esta noche
La fuga, y atropellando
El cariño de mi padre,
Y de mi honor el recato,
Salí á la calle, y apenas
Daba los primeros paños,
Entre cobardes recelos
De mi desdicha, fiando

La una mano á las basquiñas,
Y á mi manto la otra mano,
Cuando á nosotras resueltos
Llegaron dos embozados:
¿Qué gente? dicen, y yo
Con el aliento turbado
Sin reparar lo que hacía
(Porque suele en tales casos
Hacer publicar secretos
El cuidado de guardarlos)
¡Ay Carlos! Perdidos somos,
Dije, y apenas tocaron
Mis voces á sus oidos,
Cuando los dos arrancando
Los aceros, dijo el uno:
Matadlo, D. Juan, matadlo
Que esa tirana, que lleva,
Es doña Leonor de Castro
Mi orima: sacó mi amante
El acero, y alentado
Apenas con una punta
Llegó al pecho del contrario,
Cuando diciendo: ¡ay de mí!
Dió en tierra, y viendo el fracaso,
Dió voces el compañero,
A cuyo estruendo llegaron
Algunos; y aunque pudiera
La fuga salvar á Carlos,
Por no dejarme en el riesgo,
Se detuvo temerario,
De modo, que la justicia,
Que acaso andaba rondando,
Llegó á nosotros; y aunque
Segunda vez obstinado
Intentaba defenderse,

Persuadido de mi llanto,
Rindió la espada á mi ruego,
Mucho más, que á sus contrarios.
Prendiéronle, en fin, y á mí,
Como á ocasión del estrago,
Viendo, que el que queda muerto
Era D. Diego de Castro
Mi primo, en tu noble casa,
Señora, depositaron
Mi persona y mis desdichas,
Donde en un punto me hallo
Sin crédito, sin honor,
Sin consuelo, sin descanso,
Sin aliento, sin alivio,
Y finalmente esperando
La ejecución de mi muerte
En la sentencia de Carlos.

D. An. ¡Cielos, qué es esto que escucho!
Al mismo que yo idolatro, *Ap.*
Es el que quiere Leonor.
¡Oh! Qué presto que ha vengado
Amor á D. Juan. ¡Ay triste!
Señora, vuestros cuidados
Siento, como es justo. Celia,
Lleva esta dama á mi cuarto,
Mientras yo á mi hermano espero.

Cel. Venid, señora,

Leon. Tus pasos
Sigo ¡ay de mí! pues es fuerza
Obedecer á los hados.

(*Vanse Celia, y doña Leonor*)

D. AN. Si de Carlos la gala, y bizarría
Pudo por si mover á mi cuidado:
¿Cómo parecerá, siendo envidiado,
Lo que sólo por sí bien parecía?
Si sin triunfo rendirle pretendía,
Sobiendo ya, que vive enamorado,
¿Qué victoria será verle apartado
De quien antes por suyo le tenía?
Pues perdone D. Juan que aunque yo quiera
Pagar su amor, que á olvido ya condeno,
¿Cómo podrá, si ya en mi pena fiera
Introducen los celos su veneno?
Que es Carlos más galán, y aunque no fuera
Tiene de más galán el ser ageno.

Sale D. Carlos con la espada desnuda, y Castaño

CAR. Señora, si en vuestro amparo
Hallan piedad las desdichas
Lograd el triunfo mayor,
Siendo amparo de las mías.
Siguiendo viene mis pasos
No menos, que la justicia,
Y como huir de ella es
Generosa cobardía,
Al asilo de esos piés
Mi acosado aliento aspira
Aunque si ya perdí el alma,
Poco me importa la vida.
CAST. A mí sí me importa mucho,
Y así, señora, os suplica
Mi miedo, que me escondáis
Debajo de las basquiñas.
CAR. Calla necio.
CAST. Pues será
La primera vez, si lo miras,

Esta, que los sacristanes
A los delincuentes libran?
D. AN. ¡Carlos es, válgame el cielo!
La oc sión á la medida
Del deseo se me viene
De obligar con bizarrías
Su amor, sin hacer ultraje
A mi presunción altiva:
Pues amparándole aquí
Con generosas caricias,
Cubriré lo enamorada
Con visos de compasiva:
Y sin ajar la altivez,
Que en mi decoro es precisa,
Podré, sin rendirme yo,
Obligarle á que se rinda;
Que aunque sé que ama á Leonor,
¿Qué voluntad hay tan fina
En los hombres, que si ven,
Que otra ocasión les convida,
La dejen por la que quieren?
Pues alto, amor, ¿qué vacilas
Si de que puede mudarse
Tengo el ejemplo en mí misma?
Caballero, las desgracias
Suelen del valor ser hijas,
Y cebo de las piedades,
Y así, si las vuestras libran
En mi alivio, cobrad
La respiración perdida,
Y en esta cuadra, que cae
A un jardín, entrad aprisa,
Antes que venga un hermano
Que tengo, y con la malicia
De veros conmigo solo

Otro riesgo os aperciba.
CAR. No quisiera yo, señora,
Que el amparo de mi vida
A vos os costara un susto.
CAST. ¿Ahora en eso miras?
Cuerpo de quien me parió.
D. AN. Nada á mi me desanima,
Venid, que aqui hay una pieza,
Que nunca mi hermano pisa,
Por ser en la que se guardan
Alhajas, que en las visitas
De cumplimiento me sirven,
Como son alfombras, sillas,
Y otras cosas; y además
De eso, tiene salida
A un jardín, por si algo hubiera
Y porque nada os aflija
Venid y os lo mostraré;
Pero antes será precisa
Diligencia, el que yo cierre
La puerta, porque advertida
Salga en llamando mi hermano.
CAST. Señor, qué casa tan rica,
¿Y qué dama tan bizarra,
No hubieras (pese á mis tripas
Que claro es que ha de pesarles,
Pues te han de quedar vacías)
Enamorado tú á esta
Y no á aquella pobrecita
De Leonor, cuyo caudal
Son cuatro bachillerías?
CAR. Vive Dios, villano.
D. AN. Vamos.
Amor, pues que tü me brindas *Ap.*
Con la dicha, no ie niegues

Después el logro á la dicha. *Vánse*

Salen D. Rodrigo y Hernando

D. ROD. ¿Qué me dices Hernando?
HER. Lo que pasa,
Que mi señora se salió de casa.
D. ROD. ¿Y con quién no has sabido?
HER. ¿Cómo puedo
Si, como sabes tú, todo Toledo,
Y cuantos á él llegaban,
Su belleza é ingenio celebraban?
Con lo cual conocerse no podía,
Cual festejo era amor, cual cortesia,
En que no sé, si tú culpado has sido,
Pues festejarla tanto has permitido,
Sin advertir, que aunque era recatada,
Es fuerte la ocasión, y el verse amada,
Y que es fácil, que amante é importuno,
Entre los otros le agradase alguno.
D. ROD. Hernando, no me apures la paciencia,
Que este ya no es tiempo de advertencia.
¡Oh, fiera! ¿Quién diría
De aquella mesurada hipocresía,
De aquel punto y recato que mostraba,
Que liviandad tan grande se encerraba
En su pecho alevoso?
¡Oh, mujeres! ¡Oh, mónstruo venenoso!
¿Quién en vosotras fía,
Si con igual locura y osadía,
Con la misma medida
Se pierde la ignorante y la entendida?
Pensaba yo, hija vil, que tu belleza,
Por la incomodidad de mi pobreza,
Con tu ingenio sería

Lo que más alto dote te daría,
Y ahora en lo que has hecho,
Conozco, que es más daño que provecho;
Pues el ser conocida y celebrada,
Y por nuevo milagro festejada,
Me sirve, hecha la cuenta,
Sólo de que se sepa más tu afrenta.
Pero, ¿cómo á la queja se abalanza
Primero mi valor, que á la venganza?
Pero, ¿cómo ¡ay de mí! si en lo que lloro
La afrenta sé, y al agresor ignoro?
Y así ofendido, sin saber, me quedo,
Ni cómo, ni de quién, vengarme puedo.

HER. Señor, aunque no sé con evidencia,
Quien pudo de Leonor causar la ausencia,
Por el rumor, que habia
De los muchos reflejos que le hacía,
Tengo por caso llano,
Que la llevó D. Pedro de Arellano.

D. ROD. Pues si D. Pedro fuera,
Dí, ¿qué dificultad hallar pudiera
En que yo por mujer se la entregara,
Sin que tan grande afrenta me causara?

HER. Señor como eran tantos los que amaban
A Leonor, y su mano deseaban,
Y á tí te la han pedido,
Temería no ser el elegido:
Que todo enamorado es temeroso,
Y nunca juzga, que será el dichoso;
Y aunque usando tal medio,
Le alabo yo el temor, y no el remedio,
Sin duda por quitar la contingencia,
Se quiso asegurar la ausencia;
Y así, señor, si tomas mi consejo,
Tú estás cansado y viejo,

Don Pedro es mozo, rico y alentado,
Y sobre todo, el mal ya está causado,
Pórtate con el cuerdo, cual conviene,
Y ofrecerle lo mismo, que él se tiene:
Dile, que vuelva á casa á Leonor bella,
Y luego al punto cásale con ella,
Y él vendrá en ello; no habrá quien huya
Lo que ha de resultar en honra suya;
Y con lo que te ordeno,
Vendrás á hacer antídoto el veneno.

D. Rod. ¡Oh, Hernando! ¡Qué tesoro es tan preciado
Un fiel amigo ó un leal criado!
Buscar á mi ofensor aprisa elijo,
Por convertirle de enemigo en hijo.

Her. Sí, señor, que el remedio bien se aplique,
Antes que el mal, que pasa, se publique.

(Vanse.

Sale doña Leonor, retirándose de D. Juan

D. Ju. Espera, hermosa homicida,
¿De quién huyes? ¿Quién te agravia?
¿Qué harás de quien te aborrece,
Si así á quien te adora tratas?
Mira que ultrajas huyendo
Los mismos triunfos que alcanzas;
Pues siendo el vencido yo,
Tú me vuelves las espaldas:
Y que haces, que se ejerciten
Dos acciones encontradas,
Tú, huyendo de quien te quiere,
Yo, siguiendo á quien me mata.

Leon. Caballero ó lo que sois,
Si apenas en esta casa
(Que aún su dueño ignoro) acabo

De poner la infeliz planta.
¿Cómo queréis, que yo pueda
Escuchar vuestras palabras,
Si de ellas entiendo sólo
El asombro, que me causan?
Y así, si como sospecho,
Me juzgáis otra; os engaña
Vuestra pasión: deteneos,
Y conoced más cobrada
La atención, que no soy yo
La que vos buscáis.

D. Ju. ¡Ah, ingrata!
Sólo eso falta, que finjas,
Para no escuchar mis ansias,
Como, que mi amor tuviera
Condición tan poco hidalga,
Que en escuchar mis lamentos
Tu decoro peligrara;
Pues bien, para asegurarte,
Las experiencias pasadas
Bastaban de nuestro amor,
En que viste veces tantas,
Que las olas de mi amor,
Cuando más crespas llegaban
A querer con los deseos
De amor anegar la playa,
Era margen tu respeto
Al mar de mis esperanzas.

Leon. Ya he dicho, que no soy yo,
Caballero, y esto basta.
Idos, y yo llamaré
A quien oyendo esas ansias
Las premie por verdaderas,
O las castigue por falsas.

D. Ju. Escucha.

LEON. No tengo qué.
D. JU. Pues vive el cielo, tirana,
Que forzada me has de oir,
Si no quieres voluntaria,
Y ha de escucharme grosero,
Quien de lo atento se cansa.

Cogela de un brazo

LEON. ¿Qué es esto? Cielos, valedme.
D. JU. En vano á los cielos llamas,
Que mal puede hallar piedad,
Quien siempre piedad le falta.
LEON. ¡Ay de mí! ¿No hay quien socorra
Mi inocencia?

Salen D. Carlos, y doña Ana deteniéndole

D. AN. Tente, aguarda.
Que yo veré lo que ha sido,
Sin que tú al peligro salgas,
Si es que mi hermano ha venido.
D. CAR. Señora, esta voz el alma
Me ha atravesado, perdona.
D. AN. La puerta tengo cerrada,
Y así, de no ser mi hermano,
Segura estoy; mas me causa
Inquietud el que no sea,
Que Carlos halle á su dama;
Pero si ella está en mi cuarto,
Y Celia fué á acompañarla,
¿Qué ruído puede ser este?
Y á oscuras toda la cuadra
Está ¡Quién va!
D. CAR. Yo, señora.
¿Qué me preguntas?

D. Ju. Doña Ana,
Mi bien, señora, ¿por qué
Con tanto rigor me tratas?
¿Estas eran las promesas?
¿Estas eran las palabras,
Que me distes en Madrid,
Para alentar mi esperanza?
¿Si obediente á tus preceptos,
De tus rayos Salamandra,
Girasol de tu semblante,
Clicie de tus luces claras,
Dejé solo por servirte
El regalo de mi casa,
El respeto de mi padre,
Y el cariño de mi patria?
¿Si tú, si no de amorosa,
De atenta, y de cortesana,
Diste con tácito agrado
A entender lo que bastaba,
Para que supiese yo,
Que era ofrenda mi esperanza,
Admitida en el sagrado
Sacrificio de tus aras,
Como ahora tan esquiva,
Con tanto rigor me tratas?

D. An. Qué es esto, qué escucho, cielos? *Ap.*
¿No este D. Juan de Vargas,
Que mi ingratitud condena,
Y tus finezas ensalza?
¿Pues quién aquí le ha traído?

D. Car. Señora, escucha.

Llega D. Carlos, á doña Leonor

Leon. Hombre, aparta,
Ya te he dicho que me dejes.

D. CAR. Escucha, hermosa doña Ana,
Mira, que D. Carlos soy,
A quien tu piedad ampara.
LEON. D. Carlos ha dicho, cielos,
Y hasta en el habla jurara,
Que es D. Carlos, y es, que como
Tengo á Carlos en el alma,
Todos Carlos me parecen,
Cuando él, ¡ay, prenda adorada!
En la prisión estará.
D. CAR. Señora.
LEON. Apartad, que basta
Deciros, que me dejéis.
D. CAR. Si acaso estáis enojada,
Porque hasta aquí os he seguido,
Perdonad, pues fué la causa
Solamente el evitar,
Si algún daño os amenaza.
LEON. Válgame Dios lo que á Carlos
Parece.
D. JU. Que en fin, ingrata
¿Con tal rigor me desprecia?

Sale Celia con luz

CEL. A ver si está aquí mi ama,
Para sacar á D. Juan,
Que oculto dejé en su cuadra,
Vengo, mas ¿qué es lo que veo?
LEON. ¿Qué es esto? El cielo me valga;
¿Carlos no es este que miro?
D. CAR. Esta es Leonor, ó me engaña
La aprehensión.
D. AN. ¿D. Juan aquí?
Aliento y vida me falta.
D. JU. ¿Aquí D. Carlos de Olmedo?

Sin duda, que de doña Ana
Es amante, y que por él,
Aleve, inconstante y falsa,
Me trata á mi con desdén.

LEON. Cielos, pues en esta casa
Carlos, cuando amante yo
En la prisión le lloraba!
En una cuadra escondido,
Y á mí, pensando que bablaba
Con otra, ¡decirme amores!
Sin duda, que de esta dama
Es amante; pero como
(¿Si es ilusión lo que pasa
por mí?) ¿Si á él llevaron preso,
Y quedé depositada?
Yo toda soy un abismo
De penas.

D. JU. Fácil, liviana;
¿Estos eran los desdenes,
Tener dentro de tu casa
Oculto un hombre? ¡Ay de mí!
¿Por esto me desdeñabas?
Pues vive el cielo, traidora,
Que pues no puede mi saña
Vengar en tí mi desprecio;
Porque aquella ley tirana
Del respeto á las mujeres,
De mis rigores te salva,
Me he de vengar en tu amante.

D. AN. Detente.

D. JU. Aparta, tirana,
Que á tu amante he de dar muerte.

CEL. Señora, mi señor llama.

D. AN. ¿Qué dices, Celia? ¡Ay de mí
Caballeros, si mi fama

Os mueve, debáos aquí
El ver, que no soy culpada
Aquí en la entrada de alguno
A esconderos, que palabra
Os doy de daros lugar,
De que averigüeis mañana
La caura de uuestras dudas;
Pues si aquí mi hermano os halla,
Mi vida y mi honor peligra.

D. CAR. En mi bien asegurada
Está la obediencia, puesto,
Que debo estar á tus plantas,
Como á amparo de mi vida.

D. JU. Y en mí, que no quiero ingrata,
Cuando eres tú quien lo manda,
Que á otro, porque te obedece,
Le quedes más obligada.

D. AN. Yo os estimo lo atención.
Celia, tú en distintas cuadras
Oculta á los dos, supuesto,
Que no es posible, que salga,
Hasta la mañana alguno.

CEL. Ya poco término falta.
D. Juan, conmigo venid.
Tú, señora, á este fantasma
Entrarle donde quisieres.

Vanse Celia, y D. Juan

D. AN. Caballero, en esta cuadra
Os entrad.

D. CAR. Ya te obedezco.
¡Oh! ¡Quiera el cielo que salga
De tan grande confusión! *Vase.*

D. AN. Leonor, también retirada
Puedes estar.

LEON. Yo, señora,
Aunque no me lo mandaras,
Me ocultara mi vergüenza. *Vase.*

D. AN. ¿Quién vió confusiones tantas,
Como en el breve discurso
De tan pocas horas pasan?
Apenas estoy en mí.

Sale Celia

CEL. Señora, ya en mi posada
Está; ¿qué quieres ahora?

D. AN. A abrir á mi hermano baja,
Que es lo que ahora importa, Celia.

CEL. Ella está tan asustada,
Que se olvida de saber
Cómo entró D. Juan en casa:
Mas ya pasado el aprieto,
No faltará una patraña
Que decir, y echar la culpa
A alguna de las criadas;
Que es cierto que donde hay muchas
Pues unas á otras se culpan,
Y unas por otras se salvan. *Vase.*

D. AN. ¡Cielos, en qué empeño estoy!
De Carlos enamorada,
Perseguida de D. Juan,
Con mi enemiga en mi casa,
Con criadas que me venden,
Y mi hermano, que me guarda;
Pero él llega: disimulo.

Sale D. Pedro

D. PED. Señora, querida hermana,
Qué bien tu amor te conoce,

Y qué bien mi afecto pagas,
Pues te halló despierta el sol,
Y te ve vestida el alba.
¿Dónde tienes á Leonor?

D. AN. En mi cuadra retirada
¿Mandé que estuviese, en tantos?
Hermano, que tú llegabas,
Mas, ¿cómo tan tarde vienes?

D. PED. Porque al salir de su casa
La conoció un deudo suyo,
A quien con una estocada
Dejó Carlos casi muerto;
Y yo viendo alborotada
La calle, aunque no sabían
Quién era y quién la llevaba,
Para que aquel alboroto
No declarara la causa,
Hice, que de los criados
Dos al herido cargaran,
Como de piedad movido,
Hasta llevarle á su casa,
Mientras otros á Leonor,
Y á Carlos preso llevaban,
Para entregártela á ti,
Y hasta dejar sosegada
La calle, venir no quise.

D. AN. Fué atención muy bien lograda,
Pues escusaste mil riesgos,
Sólo con esa tardanza.

D. PED. Eres en todo discreta:
Y pues Leonor sosegada
Está, si á tí te parece,
No será bien inquietarla,
Que para que oiga, mis penas,
Teniéndola yo en mi casa,

Sobrado tiempo me queda;
Que no es amante, el que trata
Primero de sus alivios,
Que no del bien de su dama;
Y también para que tú
Te recojas, que ya basta,
Por aliviar mis desvelos,
La mala vida que pasas.

D. AN. Hermano, yo por servirte,
Muchos más riesgos pasara;
Pues somos los dos tan uno,
Y tan como propias trata
Tus penas el alma, que
Imagino al contemplarlas,
Que tu desvelo y el mío
Nacen de una misma causa.

D. PED. De tu fineza lo creo.

D. AN. Si entendieras mis palabras.

D. PED. Vámonos á recoger
Si es que quien ama descaasa.

D. AN. Voy á sosegarme un poco,
Si es que sosiega quien ama.

D. PED. Amor, si industrias alientas,
Anima mis esperanzas.

D. AN. Amor, si tú eres cautelas,
A mis cautelas ampara. *Vanse*



AMOR ES MÁS LABERINTO

COMEDIA

DE LA CUAL LAS JORNADAS PRIMERA Y TERCERA

SON DE LA MADRE JUANA

Y LA SEGUNDA

DEL LICENCIADO DON JUAN DE GUEVARA

INGENIO CONOCIDO DE LA CIUDAD DE MÉJICO

INTERLOCUTORES

Minos, rey de Creta.—Ariadna, infanta, su hija.— Phedra, infanta, su hija.
—Thefeo, príncipe de Atenas.—Atún, su criado, gracioso.—
Bacho, príncipe de Thebas.—Racimo, su criado.—
Lidoro, príncipe de Epyro.—Un embajador de Atenas.—
Thebandro, capitán de la guardia.
Laura, criada de Phedra.—Cintia, criada de Ariadna.—Dos soldados.
—Música y acompañamiento.

Cantan dentro la siguiente copla, y salen Ariadna y Phedra infantas: Laura y Cintia, criadas

MUSIC. (*1 Cor.*) En la hermosura de Phedra,
Y en la beldad de Ariadna,
Muestra amor, que hay mayorías,
Donde no caben ventajas;
Porque de amor conozcan en las hozañas,
Que sin dejar despojos consigue palmas.

ARIAD. ¿Quién esta música ordena, Cintia?
CINT. ¿Quién puede ordenarla,
Sino el príncipe de Epyro,
Y el de Tebas, que con tantas
Demostraciones os sirven,
Y en cuestiones cortesanas
Apurando los discursos,
Por dar á entender sus ansias,
Lo que por sí mismos lloran,
Por agenas voces cantan.
Y como sois Phedra y tú,
Aún más que en la sangre, herma-
(nas
En la belleza, os festejan
Con iguales alabanzas.
Y no como algunos necios,
Cuya adoración cansada
Solo piensa, que á una sirve
Con lo que á todas agravia.
PHED. Cortesana es la atención:
Mas oye, que otra vez cantan.
MUSIC. (2. *cor*). En el príncipe Thefeo,
Que puede haber vencimientos,
Sin precederles batalla;
Porque fortuna ordena,
Que en sus hazañas,
Haber pueda despojos, sin lograr
(palmas.
ARIAD. ¿Qué es esto? ¿Qué tristes voces
Con cláusulas concertadas
Parece, que contradicen
Lo que las otras cantaban?
1. COR. Pues cuando forman sus luces
Competencias soberanas,
Sin quedar una vencida,

Quedan victoriosas ambas.
PHED. ¡Oh! Qué distintos afectos
Explican sus consonancias;
Que aquí cantan, lo que penan,
Y allí penan, lo que cantan.
2. COR. Tan infelizmente muere,
Que aun no merecen sus ansias,
Que otro logre por trofeos
El fruto de sus desgracias.
ARIAD. ¡Qué altivo sentir! Qué bien
Muestra en tan noble arrogancia,
Que no merece ser pena,
Una pena tan hidalga.
1 COR. Porque cuando es el exceso
Imposible en beldad tanta,
Recíprocamente vencen
Todo aquello en que se iguala.
PHED. Buena letra, y el estudio
Es imposible, que hallara
Proposición más atenta,
Ni prueba más ajustada.
2 COR. No siente el héroe la muerte;
La afrenta sí, que es infamia,
Que tan bajamente muera,
Quien nació á vida tan alta.
ARIAD. Bien dice, porque sin duda,
Que suele ser en el alma,
Más sensible, que el morir,
Del morir las circunstancias.

Ella, y la música

Porque fortuna ordena,
Que en tus hazañas,
Haber pueda despojos,

Sin lograr palmas.
ARIAD. ¡Oh! ¡Qué dolor en mi pecho
Han causado tus palabras!
Que le falta la nobleza,
A quien la piedad le falta.
No sé què atractivo tiene
Lo infeliz para las almas
Altivas, que solo el serlo
Por recomendación basta.
Qué mucho, si perficiona
La miseria á la gallarda
Potencia de la piedad,
Haciendo que al acto salga;
Pues en el más noble pecho,
En la condición más blanda,
Fuera inútil la piedad,
Si faltara la desgracia.
¿Y cuándo Laura llegó
El príncipe?
LAU. Ayer, con tanta
Magestad, como pudiera,
Quien á coronarse entrara;
Pero aún no le ha visto el rey,
Y asi es forzoso, que haga
El embajador de Atenas
La entrega.
PHED. ¡Suerte inhumana!
CINT. Pero ya tu padre, á quien
Los príncipes acompañan,
A recibir al cautivo
Sale aquí.
PHED. Pues Ariadna,
Si tú gustas esperemos
A ver una tan extraña
Maravilla.

ARIAD. Ya obedezco.
Tu gusto, no por la causa
De ver al preso atheniense,
A quien los hados maltratan,
Sino por hablar á Bacho,
Cuya presencia gallarda
Va en mi pecho á sus finezas
Asegurando la paga.

PHED. No diré yo de Lidoro
Eso, pues sus tiernas ansias
Tanto más me desobligan,
Cuanto obligarme más tratan;
Y tengo en esto razón.
Pues además de ser cansadas
Finezas, que hace el abuso
De verlas sin aceptarlas,
Con tan grande improporción,
Como querer, que en las damas
Sea preciso el deberlas,
Y voluntario el pagarlas,
Se ofende mi vanidad,
De que quiera su ignorancia,
Forzándose á ser querida,
Obligarme á ser ingrata.

Sale el rey Minos, Bacho y Lidoro, principes, Racimo, lacayo Thebandro, capitán

REY. Hijas.

PRIN. Beldades divinas.
Mi amor no me ha permitido,
Que pueda tener el alma
Contenta, sin que vosotras
Lo gocéis.

LAS DOS Tus reales plantas

Besamos por tal favor.

ARIAD. Y después de darte gracias,
¿Cuál es el gusto, señor,
A qué. con novedad tanta,
Nos convida tu cariño,
Y tu prevención nos llama?
Pues es cierto, que después,
Que mi hermano, en quien estaban
De tu reino y de tu amor,
Fundadas las esperanzas,
Murió de los athenienses
A las cautelosas armas,
Nunca oimos en tu voz,
Nunca vimos en tu cara
El semblante sin tristezas,
Ni sin quejas las palabras.

REY. De lo mismo que refieres,
Pudieras bien, Ariadna,
Claramente inferir, cual
Es de mi gusto la causa;
Pues el ofendido, solo
Cuando se venga descansa.
Murió en Atenas mi hijo,
¡Ay infeliz, prenda amada!
No el referir me avergüence,
Tu muerte, que no desaira
Su queja el que la pronuncia,
A vista de la venganza.
Y aunque mi valor pudiera
Haberle dado á mi saña
Bastante satisfacción;
Pues há tres años, que airada,
Mi justa cólera tuvo
A Atenas tan apretada,
Que después de otros partidos

La forcé á que me entregara
Todos los años por feudo
Siete doncellas gallardas,
Y siete nobles mancebos,
Aquellos á quien tocara
La suerte entre todo el reino,
Sin que de entrar en la infausta
Suerte tuviese alguno
Excepción, ni reservada
Aún la persona estuviese
Del príncipe y las infantas.
Para cuya ejecución
Ministros de confianza
Cada año à Atenas envío
Que echen suertes, y al que salga,
Fuercen á venir á Creta,
Donde tengo en las entrañas
Del Minotauro el sepulcro,
Que mi enojo le señala.
Y aunque pudieran templar
En parte, mi enojo tantas
Malogradas juventudes,
Cuyas vidas desdichadas,
Màs que alimento á la fiera,
Se lo han dado á mi venganza,
He quedado satisfecho
Nunca, que no se rehusara
Con muchas que no lo son,
Una frente coronada.
Hasta que hoy, que la fortuna,
Para Atenas tan contraria,
Cuanto favorable á Creta,
Hizo que la suerte airada
En el príncipe cayese;
Porque en iguales balanzas,

Si fué príncipe el difunto,
Lo sea el que satisfaga
También por su infeliz muerte,
Y no quede Atenas vana
De tener príncipe, cuando
Por su causa en Creta falta.
Muera Thefeo, y con él
Mueran de su infame patria,
Las que en su valor tenían
Bien fundadas esperanzas;
Que no poco lisonjeo
Mi enojo, al pensar, que acaba
Toda la vida de un reino
Reducido á una garganta.

ARIAD. Felices edades vivas
Porque vean, que no empaña
En tí el ardor del acero,
La prudencia de las canas.

PHED. Y porque conozca el mundo
Que vió tu sangre agraviada,
Que el clamor de aquella sangre,
Con otra sangre se aplaca.

BACH. Yo, señor, quedo corrido
Pues con victorias tan altas
Le dejáis á mi valor,
Que os pueda servir en nada.

LID. Yo no, pues antes, señor,
Me dará vuestra enseñanza
Para facultad de triunfos,
Tantas lecciones de hazañas.

REY. Cuánto, príncipes invictos,
Esa voluntad, el alma
Os estima, no encarezco,
Hasta que la satisfaga
Con debida recompensa,

Que queda muy desairada
La deuda, que no se dice
Con las voces de la paga.

BACH. Gran señor, vuestra promesa
Por satisfacción me basta;
Pues quien promete, ya dá
De contado la esperanza.

Hablan en secreto

REY. Escucha, Thebrando, á solas.

PHED. ¿Qué me ordenas?

LID. Soberana
Phedra, miradme siquiera,
Y no penséis que mis ansias
Os lo piden por alivio;
Que es tan poco interesada
Mi fineza, que aun tan leve
Alivio escrupulizara,
A no saber que tenéis
Gusto en mis penas: y para
Que logréis el gusto, quiero,
Que lo tengáis con mirarlas.

PHED. La intención de darme gusto
Os estimo, mas se engaña
Vuestro discurso, si piensa
Que el veros penar me agrada,
Que bien puede una mujer,
Que al amor no se avasalla,
Hacer alarde de altiva,
Sin hacer gala de ingrata.

BACH. Según eso, yo, señora,
Podré tener confianza,
No de merecer, que esto
Fuera presunción bastarda,

Siuo de saber, que puedo
Servir, sin que en esto haga
Ofensa á vuestro decoro;
Que es alivio para un alma
El saber que los servicios,
Si no merecen, no cansan.

ARIAD. Valerme, príncipe, quiero
De vuestras mismas palabras;
Pues con ellas me excusáis
La vergüenza de formarlas;
De donde sacar podréis
La consecuencia bien clara
De que, quien no ofende amando,
En amar no desagrada.

BACH. Según eso, señora,
Bien pudiera mi esperanza.

ARIAD. ¿Qué?

BACH. Alentarse á vuestras luces feliz.

ARIAD. No prosigáis, basta,
Que una cosa es permitirla,
Y otra cosa es alentarla.

BACH. Grosero anduve, perdón
Os pide mi voz, que errada,
Esperanza dijo, donde
Aún no es licito nombrarla:
Pero advertid que si tengo
Alguna, no es tan villana,
Que atenta á sus conveniencias
Solo siga, lo que alcanza,
Sino otra, que negativa
Alcanzar espera nada:
Que hay esperanza, que vive
De no tener esperanza.

REY. Thebandro, haz que venga luego
el príncipe.

Llégase Thebandro al paño, y salen Thefeo, Licas, embajador y Atún, criado de Thefeo

EMB. Ya á tus plantas
Tienes al embajador
De Atenas, cuya desgracia,
Le dió tan infausto cargo,
Y comisión tan extraña;
Como que por feudo suyo
Su mismo príncipe traiga.
Acción de tanto dolor
Que á haber sido voluntaria
Hubiera antes escogido
La muerte, que la embajada.
REY. Alza del suelo, que quiero
Guardarte en todo las sacras
Excepciones, que se deben
A un embajador.
EMB. Excusadas
Son tus mercedes, señor,
Con quien no puede aceptarlas:
Que estando el príncipe aquí,
No era razón que gozara
Honores en su presencia
Un vasallo, y más con tanta
Desgracia, como estar él
En una suerte tan baja,
Como la de prisionero,
Y yo gozando las altas
Preeminencias da mi cargo.
REY. Discretamente reparas:
Mas haz que llegue Thefeo,
Que aunque de verle la cara
Tuve nunca la intención,

Porque es en los reyes gracia
Dejarse ver, y los reos,
No es bien lleguen à lograrla;
Con todo quiero esta vez,
Incitado de su fama,
Ver al príncipe, y saber
De su boca sus hazañas,
Para que mejor se temple
Lo ardiente de mi venganza,
Viendo cuán grande es la ofrenda
Que sacrifico á sus aras.

ATUN. Por cierto que es el favor,
Como de su buena cara.

EMB. Llegue, señor, vuestra alteza,
Que el rey espera.

THEF. ¡Ah, tirana fortuna!
Aquí está, señor, tu prisionero.

REY. Repara,
Que aunque vienes como reo,
Mi benignidad te trata
Este rato como á libre.

ATUN. Y también besa tus patas
Un Atún, que á ser comido
Viene por concomitancia,
Si no mandáis otra cosa.

ARIAD. ¡Qué presencia tan gallarda!
¡Ay infeliz! ¡Quién pudiera
Darle libertad!

PHED. El alma
Se me ha enternecido al verle
¡Quién su libertad comprara,
Aunque costara mi vida!

REY. Haz, Thefeo, de las altas
Proezas tuyas la suma.

THEF. La suma de mis desgracias

Pudieras decir más bien:
Mas, pues gustas de escucharlas,
Atiende.

Rey. Prosigue:

Phed. El cielo te libre.

Ariad. El cielo te valga.

Thef. Atiende para que sepas,
En dos acciones contrarias,
En lo vario de una suerte,
Lo que pierdo, y lo que ganas,
Generoso rey de Creta,
A cuyos gloriosos hechos
Sirven de cortos archivos
Las bibliotecas del tiempo.
Glorioso legislador,
Cuyo acertado gobierno
Como dá leyes al orbe,
Dará al abismo preceptos,
Porque podrá tu justicia,
Valor, rectitud y celo,
Introducir la concordia
En el mismo desconcierto.
Cuyas veneradas leyes,
Tendrán padrón tan eterno,
Que estés en su ejecución
Reinando después de muerto.
Yo, (aunque ya sabes quien soy)
Referir de nuevo quiero
Mi nombre, por si el olvido
Le sepulta, que es muy cierto,
Que nadie conoce, al que
Ve en baja fortuna puesto.
Yo, pues, el principe soy,
Que de Atenas heredero,
Antes pago sus pensiones,

Que gozo de sus imperios.
Poco te he dicho en decir,
Que soy príncipe, pues pienso,
Que es más, que decír, monarca,
Decirte que soy Thefeo.
Y con razón, pues haber
Nacido príncipe excelso,
Se lo deberé á la sangre,
Y no á mis merecimientos:
Y no he de estimar yo más
(Aun siendo mi padre mismo)
Aquello, que debo á otro,
Que no, lo que á mí me debo.
Que entre ser príncipe y ser
Soldado, aunque á todos menos
Les parezca lo segundo,
A lo segundo me atengo;
Que de un valiente soldado
Puede hacerse un rey supremo,
Y de un rey (por serlo) no
Hacerse un soldado bueno.
Lo cual consiste, señor,
Si á buena luz lo atendemos,
En que no puede adquirirse
El valor, como los reinos.
Pruébase esta verdad,
Con decir, que los primeros,
Que impusieron en el mundo
Dominio, fueron los hechos;
Pues siendo todos los hombres
Iguales, no hubiera medio
Que pudiera introducir
La desigualdad que vemos,
Como entre rey y vasallo,
Como entre noble y plebeyo.

Porque pensar que por si
Los hombres se sometieron
A llevar ageno yugo,
Y á sufrir extraño freno,
No hay razón para creerlo.
Porque como nació el hombre
Naturalmente propenso
A mandar; solo forzado
Se reduce á estar sujeto:
Y haber de vivir en un
Voluntario cautiverio
Ni el cuerdo lo necesita
Ni quiere sufrirlo el necio:
Aquél, porque en su cordura
Halla de vivir preceptos,
Y éste, porque le tiene
Su necedad satisfecho;
Pues no verás ignorante,
En quien el humor soberbio
No llene de presunción
Los vacíos del talento.
De donde infiero, que sólo
Fué poderoso el esfuerzo
A diferenciar los hombres,
Que tan iguales nacieron,
Con tan grande distinción,
Como hacer, siendo unos mismos,
Que unos sirvan como esclavos,
Y otros manden como dueños.
Luego no será altivez,
Qne cuando le debe al cielo
De nacimiento y valor,
Más que de mi nacimiento.
Y porque veas con cuanto
Fundamento hacerlo puedo,

Escucha: apenas había
En mi rostro el primer vello
Dado las honrosas señas
Del corazón y del seso,
Cuando en vez de acompañarme
De los pulidos mancebos,
Que en la juventud de Atenas
Eran de la gala espejos,
De Hércules me acompañé;
Que más quiso mi ardimiento,
Que preceptores de galas,
Tener de hazañas maestros.
Alcancé en su compañía,
Entre otros muchos trofeos,
El vencer las amazonas:
Y no sin causa el primero
De todos mis triunfos llamo
Este, señor, porque creo,
Que el vencer á una mujer,
Es el mayor vencimiento;
Porque, ¿cómo vencerá
Un enemigo, que á un tiempo
Aprisiona con la vista,
Y lidia con el acero?
Y cuando hermosa no sea,
Basta ser mujer, que el serlo
Es suficiente ventaja;
Pues además de sus alientos,
Pelean de parte suya,
Mi lástima y mi respeto.
Además que es muy difícil
Alcanzando ya el trofeo,
Saber lograrlo con aire,
Porque es menester un pecho,
Para conseguír, altivo,

Y para gozar, modesto;
Que desluce la victoria,
El que quiere desatento,
Que lo que costó un peligro
Se logre con un desprecio.
Yo en Epidauro privé
De la vida al hijo fiero
De Vulcano, á quien el vulgo
Apellidó Corineto.
Yo dí muerte en Marathon
Al Toro, que de tu reino,
Siendo destrucción, pasó
A ser de Atenas incendio.
A la gran Thebas libré
De la opresión de aquel fiero
Creonte, cuya impiedad,
Opuesta á todos los fueros
Humanos, no consentía
Dar sepultura á los muertos.
Maté también á Chyron
Y á Procuste, bandoleros
Tan sin piedad, que el segundo
En un inhumano lecho,
En que astuto recibía
Los incautos pasajeros
El que era lecho de alivio,
Hizo potro de tormento;
Pues, al que grande venía,
Cortar mandaba, al momento,
Toda la cantidad, que
Le sobraba, y al pequeño,
Con no menor tiranía,
Mandaba extender los miembros,
Hasta que los nervíos rotos,
O descompuestos los huesos,

Ajustaban la medida,
Que aquel tirano había hecho,
Determinada mensura
Al tamaño de los cuerpos.
No era de Schino menor
La crueldad, con que sangriento
Bárbaramente abusando
De las fuerzas, de que el cielo
Liberal quiso dotarle,
Hizo de ellas instrumento
Para su ofensa mayor:
¡Oh, humano discurso ciego,
Qué no intentara tu error!
Pues obligando violento
A dos árboles distantes,
A que besasen el suelo
Con las soperiores ramas,
Y atando después en ellos
Al peregrino, soltaba
Los árboles; y ellos luego,
Por cobror su rectitud,
Se apartaban con tan presto
Movimiento, que quedando
Dividido por el medio
El cuerpo, ignoraba el alma,
Por algún rato el suceso.
Mas dióle el cielo el castigo
En mí brazo, para ejemplo,
De que el que sufre remiso,
También castiga severo.
De las victorias y triunfos,
Que alcancé en el casamiento
De mi amigo Prithoo,
Cuandos Centauros fieros,
O pervertidos del vino,

O incitados del deseo,
Quisieron robar su esposa,
No me alabo; porque siendo
El que es verdadero amigo
To, y no *otro yo*, porque temo
Que es llegar à decir *otro*,
Suponer otro sujeto:
Y siendo suyo el agravio,
Es evidente argumento,
De que también era mio,
Y que yo reñí con ellos
Como ofendido y celoso:
Luego la acción de vencerlos
No fué prueba del valor
Tanto. como del despecho
Celoso, que no hay alguno
Cobarde, si tiene celos.
Por darle gusto á este mismo
Amigo, que con imperio
Gobernaba mis acciones,
Tanto como mis afectos.
Bajando al abismo, quise
A pesar del cancerbero,
Robar á Plutón su esposa,
Que, aunque no logré el intento,
No perdí por esto el lauro;
Que en los casos tan inciertos,
Conseguir toca á la dicha,
Pero intentar al esfuerzo.
Pero la mayor victoria
Fué, señor, que amante tierno,
De la belleza de Elena
La robé: no estuvo en esto
El valor (aunque el robarla
Me costó infinitos riesgos)

Sino en que cuando yo estaban
A mi voluntad sujetos,
El premio de su hermosura,
Y el logro de mis deseos,
De sus lágrimas movido,
Y obligado de sus ruegos,
La volví á restituir
A su patria y á sus deudos,
Dejando á mi amor llorando,
Y á mi valor consiguiendo
La más difícil victoria,
Que fué vencerme á mí mismo.
Estos, señor, han sido,
Los prodigios, los portentos,
Que de mí canta la fama,
Sin otros, que no refiero,
O porque son muy sabidos,
O porque yo no me acuerdo;
Porque como no pensé
Jamás hacer lista de ellos,
Nunca tuve de contarlos
Cuidado, sino de hacerlos.
Este he sido, gran señor;
Pero ya á tu saña expuesto,
Sólo me acuerdo, de que
No soy más que un prisionero.
Sirva mi altivez, mi sangre,
Mis blasones, mis trofeos,
De que quedes de tu enojo
Dignamente satisfecho,
Y quede libre mi patria
De tan doloroso peso,
Como este infeliz tributo;
Que yo moriré contento,
Si con mi muerte la libro

De tan inhumano feudo.

REY. Admírado me ha dejado,
Mas no me podrá ablandar;
Haz, Thebandro, ejecutar,
Lo que te tengo mandado.
Venid príncipes.

EMB. Atienda,
Señor, vuestra magestad,
Que no es bien que una crueldad
Tan alto decoro ofenda.
Y advierta, si de Androgeo
Quiere la sangre vengar,
Que no ha de resucitar
Con la muerte de Thefeo;
Cuando la condición fiera
Admitió el reino al rendirse,
¿Quién pudiera persuadirse,
que en el príncipe cayera?
Cayó en él, ¡fiero rigor!
Y él, sin hacer resistencia,
Fió de vuestra clemencia,
Lo que pudo en su valor.
Pues si en armas se pusiera,
¿Quién dudara, que constantes
Muriéramos todos antes,
Que el príncipe se rindiera?
Pero si tan comedida
Su atención quiso mostrar,
Que estima en más conservar
La palabra, que la vída;
Porque, ¿por una venganza,
Quiere vuestra magestad
Pagar con una crueldad,
Debiendo una confianza?
Perdón os pido postrado,

Señor, pues si perdonáis,
Con perdonarle, quedáis
Más noblemente vengado:
Y no sin satisfacción;
Porque antes la tendréis doble,
Que no hay para un hombre noble,
Castigo, como el perdón:
Pues (de su error convencido)
Vive siempre avergonzado
De verse beneficiado
De aquel á quien ha ofendido.
Haced, pues, señor, de modo
Que vida al príncipe déis,
Que como á él le perdonéis,
Disponed del reino todo.

PHED. Quizá le perdonará
Mi padre con lo que ha oído.
ARIAD. Quizá escogerá un partido,
De los muchos que le dá.
ATÚN. Que este viejo, por capricho,
Se muestre tan enemigo.
REY. Príncipes, venid conmigo.
Thebrando, lo dicho, dicho.
BACH. Ya yo voy ¡condición fiera!
LID. Ya te sigo ¡rigor grave! *Vanse.*
ARIAD. ¡Oh! Acabe yo, y él no acabe.
PHED. ¡Oh! Muera yo, y él no muera.
RAC. Yo me voy á desquitar
De lo mucho que he callado,
Pues he salido al tablado
A solamente callar. *Vase.*
PHED. Príncipe, fuera á esperaros
Voy, que querréis con suspiros
De los vuestros despediros,
Y no quiero embarazaros. *Vase.*

Emb. Esperad, señor: apenas
Puedo razones formar.
¿Así se ha de despreciar
A un heredero de Atenas?
¿Con el príncipe, y conmigo
Se ha de usar tal tiranía?
Mal aya aquel, que confía
En piedad del enemigo.
Mas, ¿qué me quejo, si medio
No hay en penas tan atroces?
¿Ni qué me canso en dar voces,
Cuando no le doy remedio?
Mas vive Dios, rey injusto,
Que pues eres su homicida,
Has de pagar con la vida
Haber tenido este gusto.
Pues á Atenas mi corage
Va, y mi venganza á alistar
Soldados, para vengar
De su príncipe el ultraje.
Yo voy, á que Atenas fuerte,
Castigue á Creta atrevida,
Y pues no le doy la vida,
Al menos vengue su muerte.
Príncipe, si á dilatarse
Llega del rey la venganza,
Y os libró la confianza,
Con vos ha de coronarse.

Atun. Gentil alivio, señor,
Te quiere este hombre dar:
Déjese usted ahorcar,
Que yo quedo por fiador.

Quedan Thefeo, Phedra y Atun, solos:
Ariadna y Cintia, al paño

PHED. Solo el príncipe ha quedado.
THEF. ¡Ay infeliz de mí!
PHED. ¿Si podré hablarle?
THEF. ¡Que aquí haya mi valor llegado!
PHED. Yo llego, ¡pena mortal!
Mas pues es fuerza que muera,
Dele mi piedad, siquiera,
El pésame de su mal;
Que cuando está desvalido,
Y sujeto á una inclemencia,
No se opone á la decencia,
Consolar á un afligido. *Llégase.*
Príncipe, si en un extraño
Pecho, piedad puede haber,
Bien podéis de mí creer,
Que me duele vuestro daño,
Infanta de Creta soy;
Y aunque mi sangre ofendéis,
Mas á mi piedad debéis
Aún de las señas, que os doy.
Y me holgara hallar un medio
Para poderos librar,
Que yo no os quisiera dar
Pésame, sino remedio.
ARIAD. Con Thefeo ¡qué dolor!
Allí, Cintia, Phedra está:
Escuchemos, que quizá
Será piedad, y no amor.
THEF. Yo, señora, la piedad
Os estimo del consuelo,
Que mal pudiera en un cielo
Faltar la benignidad,
Y de modo, infanta bella,
Mi fé os queda agradecida,
Que quisiera tener vida,

Para serviros con ella.
Mas pues no tengo, al deberos
Para tanta recompensa,
Recibid vos la vergüenza
De no tener que ofreceros.

PHED. No os quite la confianza,
Príncipe, esta desventura,
Que mientras la vida dura,
Tiene lugar la esperanza.
Nunca la fortuna queda
Se está, y si abatido os véis,
Antes que vos acabéis
Podrá volverse la rueda.
Y así pensad, que habrá medio
De remediar pena tanta,
Que entre el hierro y la garganta,
Puede caber el remedio.

ARIAD. Que quiere librarlo infiero,
Mas yo se lo estorbaré.

CINT. ¿Por qué, señora?

ARIAD. Porque lo libraré yo primero.

THEF. ¿Con qué pagaré el cuidado
De favor tan desmedido,
Si aún queda lo agradecido
Por lo corto desairado?
¡Oh! Quién con vida se hallara
Y á vuestros pies la pusiera,
Que yo por vos me muriera,
Aunque nadie me matara.
Mas siempre os llevάis la palma
De ser mi dulce homicida;
Pues ha de quitar la vida,
Por fuerza quien roba el alma.

ARIAD. ¿Ves, Cintia, como rendido
Enamorándola está?

CINT. Calla, señora, que hará
Aquello de agradecido.
ATUN. Una muerte muy galana
Es la que escoges, señor,
Que por las muertes de amor
Nunco se dobló campana.
Y digo, si permitir
Quieres tan dichosa suerte,
Que de esas que llamas muerte,
También me quiero morir,
Y aun quiero, que se dé prisa
Ese inhumano rigor;
Porque es morirse de amor;
Como morirse de risa.

Vuelto á Laura

Y más cuando en vos he hallado
Quien la muerte me dará.
LAU. El Toro le quitará
A usted de ese cuidado,
Y verá como le saca
El alma con gran decoro.
ATUN. ¿Para qué quiero yo Toro,
Si tú puedes estar vaca?
LAU. ¿Y el nombre?
ATUN. Atún me han llamado.
LAU. El Toro dará de él cuenta,
Que de carne se sustenta.
ATUN. A bien que yo soy pescado.
LAU. En ser carnicero emplea
Como pescador no sea.
PHED. Príncipe, puesto que vos
El postrero habéis de ser
De los siete del tributo,

Que este mónstruo cruel
Por mandado de mí padre,
Se dan, no desconfiéis,
Que en este tiempo se puede
Algún camino ofrecer,
Para salvar vuestra vida,
Y yo lo procuraré
Por cuantos caminos haya
De conseguirlo, y creed,
Que me importa que viváis,
Más de lo que vos podéis
Pensar.

THEF. ¿Pues por qué, señora?

PHED. No me preguntéis por qué,
Que lo que yo no declaro,
No es bien, que vos procuréis
Descifrarlo: y si, allá á solas,
De las premisas, que vèis,
Sacáis alguna ilación,
Que juzguéis que os está bien,
Sacadla allá en hora buena,
Mas no me la consultéis.

ATUN. Enamórala, señor,
Pues tan rendida la ves
Que podrá ser, que te saque
De peligro tan cruel.

THEF. ¡Ay, Atún, que no me atrevo!

ATUN. ¿Melindres gastas también
No pensé que eras tan dama:
Pero déjate querer
al menos, y hazte la cuenta
Que el príncipe Pedro es
y tú la infanta Thefea.

THEF. ¿Quieres dejarme?

ATUN. Si haré,

Que no soy la infanta yo
Para qnererte tener.

THEF. Según aquello, señora,
Lícitamente podré
Soltar á mi pensamiento
Las riendas.

PHED. Eso no sé;
Porque ya eso es consultar,
Y fué, lo que os ordené
No hacer conmigo.

THEF. Pues yo
El secreto guardaré
De los discursos, que hiciere,
Con tanto cuidado, que
Lo sienta el corazón, sin que
Lo llegue el labio á saber.

PHED. Pues en esto quedamos,
Y adiós, porque sentiré
Mucho, que hablando con vos
Alguno me llegue á ver.

THEF. Pues adiós, señora.

PHED. Adiós.

THEF. Pero escuchad.

PHED. ¿Qué queréis?

THEF. Que, pues, me habéis dado vos
Licencia para que dé
Libertad al pensamiento,
También al vuestro soltéis
Las riendas, para que ya
Que yo, por obebecer,
No os puedo decir mi pena,
De vos misma la escuchéis.

PHED. Príncipe, adiós.

THEF. Pues, señora,
¿Por qué no me respondéis?

PHED. Porque os está bien á vos.
THEF. ¿No responder me está bien?
PHED. Sí, porque si yo respondo,
Precisamente ha de ser
Que no, y solo con callar
Os libro de este desdén;
Porque es el no repugnar,
Un tácito conceder.
THEF. Pues adiós, señora.
PHED. Adiós.
THEF. ¡Qué divina!
PHED. ¡Qué cortés!
ATUN. ¿Oyes, Laura?
LAU. ¿Qué querrá el señor Atún?
ATUN. Querré que este escabeche de atún,
Lo aderece tu laurel.
LAU. Nos veremos más despacio.
ATUN. Pues, ¿por qué no puede ser luego?
LAU. ¿Por qué me pregunta?
¿No sabe, que es menester
Mil años de rendimiento,
Para obligar mi altivez?
ATUN. ¿Mil años menester son?
Pues perdone, pues, usted;
Porque no puedo ser yo
Amante Matusalén.
LAU. ¿Luego quieres divertirte
De mi amor?
ATUN. Sí.
LAU. ¿Pues no ves,
Que todo este rigor
No ha sido más, que querer
Probar la fé de un lacayo,
Si es que en lacayos hay fé?
ATUN. Está muy bien: pero mira,

No te acontezca otra vez,
Quererte fingir, señora,
Porque no se avienen bien
La tizne del estropajo,
Y el humo de la altivez.

LAU. Pues adiós, picaril brío.

ATUN. Adiós, fregatriz desdén.

Vanse, y salen Ariadna y Cintia

ARIAD. ¿Qué es esto, cielo injusto?
¿Qué es lo que pasa por mí;
Que lo acierto á padecer,
Y no lo sé definír?
¡Ay de mí!
¡Qué mal sabe hablar, quien sabe sentir!
Apenas, amor tirano,
De tus flechas conocí,
Que las hace más agudas,
Quien las quiere resistir,
Cuando ví,
Que sabes hacer más daño, que herir.
No siento, no, que pasaras
Mi corazón varonil,
Di que del alado harpón,
Que vibra tu aljaba vil,
El sutil
Oro de mi sangre esmalte el carmín.
Ni que pudiese tu engaño
A mi altivez persuadir,
Que consistía el vencer
En dejarse antes rendir,
Que el ser vil,
Fuera sin celos estado feliz.
Lo que sí siento, es, que cuando

Al atenenise gentil,
Del reino de mi albedrío
La investidura le dí,
Hallo aquí,
Que muero, por quien no muere por mi.

CINT. ¿Qué es lo que dices, señora?
Recóbrate y vuelve en tí,
Que se niega al remediar,
Quien se dá toda al sentir.

ARIAD. Yo he de librarlo, pues tengo
Para que se libre ardid;
Que aunque de Phedra sea amante,
Mi amor no ha de permitir,
Que para mí,
Sí le adoro, sea amante infelíz.

CINT. ¿Cuàl es el medío que tienes
Para librarlo?

ARIAD. Es sutíl, porque con un hilo solo
Ha de triunfar, y vivir:
Pues en la lid,
Sabrá al fiero mónstruo soberbio rendir.

Sale Bacho, y quédase al paño

BAC. Si no me miente el deseo,
La voz de Ariadna oí,
Que triste se lamentaba.
Quiero escuchar desde aquí,
Puesto que no me ha sentido,
Que quizás podré inferir
De sus voces su dolor.

CINT. Señora, no estés así,
Que aunque sea de tu hermana
Amante, al que tú á rendir
Has llegado tu albedrío,
No faltará algún ardíd,

Para que atento á su amor
La deje y te quiera á tí.

BACH. Al amante de su hermana:
¿Qué es esto? ¡Triste de mí!
Que lo quisiera saber,
Y no le quisiera oir.

CINT. Mas dí, ¿no quieres á Bacho?

ARIAD. Tal llegas á proferir,
Cuando me ves abrasar,
Cuando me miras morir?
¿Y cuándo al galán de Phedra
De manera me rendí,
Que aun libre no me quedó
La parte de discurrir?
Y así deja los consejos,
Si es darme gusto tu fin,
Que en un amor obstinado,
Es ofender, advertir
Y ver, que quiero buscar
Medios para conseguir
Mi intento.

CINT. Vamos, señora,
Que razón es proferir
Al que tú tienes amor,
Al que te le tiene á tí.

Vanse, y salen Bacho y Racimo

BACH. Tal agravio llego á ver
¿Y persevero en vivir?
Sin duda es por carecer,
O de alma, con que sentir,
O de vida que perder.
Cuando á esta injusta tirana
Con mayor fineza adoro,
Hallo, que quiere liviana

Al amante de su hermana,
Que claro está que es Lidoro.
¿Que este ultraje sufra aqui
Mi dolor? ¡Ah, ingrata fiera!
Ya que me dejas así,
¿No me dejarás, siquiera,
Por quien te quisiera á tí?
Que aunque tan ingrata estás,
Es tan noble mi despecho,
Que juzgo, que siento más,
Que los celos que me das,
La ofensa que á tí te has hecho.

RAC. Bien lo has gritado, señor,
Sosiégate y ten cordura,
Mas no es culpable el furor,
Que si amor sólo es locura,
¿Qué serán vino y amor?
Y aunque es tan grande insolencia,
Si la consecuencia saco,
No to ofendo, que en conciencia,
No es mucha la diferencia
Entre ser Toro y ser Bacho.
Aunque también te confieso,
Que es cosa muy enfadosa
Que te carguen con exceso,
En la cabeza otra cosa,
Sobre tu ordinario peso.

BACH. Loco, atrevido, villano,
¿Cómo mis ansias reprimo?

RAC. Detente, señor, que es llano,
Que si tú aprietas la mano,
Corre peligro el Racimo.
Mas un remedio he pensado,
Con que tendrá linda medra
Tu amor.

BACH. Pues dí, ¿qué has hallado?
RAC. Que tú enamores á Phedra,
Con que quedarás vengado.
BACH. Como tuya es la locura.
RAC. Pues qué, ¿te parece malo?
Requiebra tú su hermosura
Y taparás la rotura
Con cuña del mismo palo.
BACH. Hacerlo quiero al instante,
Que aunque tus locuras toco,
No es razón que á nadíe espante
El ver que apetezca un loco
Consejos de un ignorante.
Ven, pues, para que advertido,
Si mi dicha á Phedro topa
Le diga mi amor fingído.
RAC. Ella viene allí, que ha sido
Caer en la miel la sopa.

Sale Phedra

PHED. Par si acaso se quedó
De Thefeo algún criado
En esta cuadra, de quien
Tenga noticia: Mas Baco
Está aquí, volverme quiero.
RAC. Señor, acude al reclamo,
Y mira no se te vuele
El pájaro de la mano.
BACH. Temo no acertar, Racimo.
RAC. ¿Qué importa? Llégate errando,
Que repite para amante,
Quien cursa de mentecato.
Haz cuenta que eres poeta,
Y que te hallas en un paso

De comedia, donde es fuerza,
Sin estar tú enamorado,
Fingir otro, que lo esté,
Y dile soles y rayos;
Ansias, desvelos, respetos,
Temor, silencio y cuidado
Y atención, sin esperanza,
Quo es lo que corre en Palacio,
Y verás como lo aciertas.

BACH. Yo llego: hermoso milagro
En cuyas aras divinas,
Sírve el mismo amor postrado
De víctima á vuestro culto,
Porque fuera desacato,
Que ardiera á incendio tan puro
Menos divino holocausto.

PHED. Agradecida á la sangre
Estoy príncipe, pues hallo,
que por serlo de Ariadna
Merezco favores tantos.

Sale Lidoro, y quédase al paño

LID. Buscando el desdén de Pedra,
Vengo siguiendo sus pasos,
Que siempre son los desdenes
Imán de los desdichados.
Mas con el príncipe allí
De Thebas, la miro hablando,
No quiero salir tan presto
Que es exponerme á que airado
Me desprecie su desdén,
Y á mi me basta el trabajo
De sentirlo, sin que sepa
Otro, que estoy desairado.

BACH. No dudéis de la fineza
Con que os adoro, si acaso,
Por estimar á Lidoro,
Me desdeñáis.
PHED. ¿Pues cuándo
He querido yo á Lidoro?
LID. ¿Qué es esto? Celos a espacio,
No déis crédito al veneno,
Hasta que apuréis el vaso.
PHED. Pues vos, príncipe, ¿á Ariadna
no servís?
BACH. No vuestro labio
La nombre, porque es hacer
Contra las leyes de Urbano,
Que yo quebrante grosero
Los términos cortesanos.
Verdad es, que á los principios,
Por congruencias de Estado,
Publiqué su galanteo;
Pero después de miraros
¡Ay cielos, qué mal me animo!
Quien es de juicio tan falto
¡Que así ofenda lo que adoro!
¿Que no se os rinda?

Sale Lidoro y saca la espada

LID. A un agravio
Tan grande, sólo el acero
Reconviene.
BACH. De mi brazo
Tendrás el justo castigo.
PHED. ¡Qué empeño tan apretado!
Ha de la guarda; ¿qué es esto?
RAC. Por Dios, que tienen entrambos
Lindos filos de reñir,

Mas si rompen á mi amo
La cabeza, será bueno
Ver, una vez en el año.
Que tenga los cascos rotos,
Quien tiene tan buenos cascos.

Sale el rey y envainan las espadas

REY. ¿Qué es esto?
LS DOS. Nada, señor.
REY. ¿Qué fuè, Phedra?
PHED. Que indignados
(Aquí es forzoso fingir)
Por una cuestión, que acaso
Se excitó, sín intención,
Estando los dos bablando,
Cada uno de las grandezas,
Y blasones de su Estado,
Paró en porfía, porque
Cada uno intentaba el lauro
Para su patría, lo cual
Ocasionó, que empeñados
De argumento en argumento,
Se encolerizasen tanto
Que; pero ya tú lo viste.
REY. Puesto que ha habido agravio
De por medio, yo os suplico,
Depongáis el temerario
Impetu, que aquí os incita.
LID. Por mí, señor, acabado
Está, pues vos lo mandáis.
BACH. Yo en obedecer no os hago
Servicio, señor, alguno,
Pues que no estoy enojado
Con Lidoro, ni ofendido.
REY. Pues vamos, príncipes.

BACH. Vamos.
PHED. Mucho llevo que temer.
REY. Mucha sospecha me han dado.
LID. De celos y agravios muero.
BACH. De cólera y celos rabio.
RAC. Y yo me muero de risa,
De ver tan grandes menguados.
LID. Mucho temo, que reviente
El volcán en que me abraso.
BACH. Mucho temo, que se asome
Esta pasión á los labios.
REY. Mucho sentiré, que pase
El empeño á mayor daño.
PHED. Mucho sentiré, que sirva
Bacho, á mi amor de embarazo.
RAC. Mucho temo, que de sed
He de beberme á mi amo.

JORNADA TERCERA

Sale Racimo con un papel

RAC. Cielos, que tenga yo un amo
De tan extraño caletre,
Que siendo único señor
De Thébas á donde tiene
Tabernas y bodegones,
A donde á sus anchas puede
Comer, á qué quieres boca,
Beber á tente bonete,
A Creta se haya venido
A campar de pretendiente,
Y con el vino, y amor
Ande obligando, á que piensen
Viéndole Bacho, y amante,

Que asomado está dos veces.
Y ahora, porque Lidoro
Le ha causado celos, quiere
Que este maldito papel
De desafío le lleve
A dicho príncipe yo;
Pero mi miedo, que tiene
Su poco de Zahori,
Sin haber nacido en viernes,
Temiendo, que el tal Lidoro
Quiera por el porte hacerme
Merced de ensayar conmigo
La pendencia, me parece,
Que es mejor buscar algún
Page, que el papel le lleve,
Y antes que él me dé los tajos,
Darle yo con los reveses.

Sale Atún

ATUN. A darle un recado à Phedra
Vengo, y temo que me encuentre
Alguno, pero no importa,
Pues conocerme no puede
Alguno; porque en Palacio
Es la cosa más corriente,
Que se están viendo las caras,
Y no pueden conocerse.
Y si acaso me preguntan,
Fácil será responderles,
Que soy uno de los que
Son entrantes y salientes,
Sin que sepan ellos mismos,
Por qué van ni por qué vienen,
A los cuales, un autor
De chistes y de sainetes,

No halló más definición,
Que llamarles mequetrefes.

RAC. Hacia aquí viene un lacayo:
¡Oh! Quiera el cielo que acierte
A urdir bien esta tramoya;
¿Oye Hidalgo?

ATUN. ¿Qué me quiere?

RAC. ¿Quién es?

ATUN. Mequetrefe soy.

RAC. ¿Y á quién sirve?

ATUN. A Mequetrefe.

RAC. ¿Quién es Mequetrefe?

ATÚN. Yo.

RAC. Miente.

ATUN. No miento.

RAC. Sí miente.

ATUN. ¿Qué haces hombre? Mira que
Ofendes á mucha gente;
Porque es muy largo el linage
De los Meques y los Trefes.

RAC. Yo se, que sirve á Lidoro:
Así le obligo, á que lleve *Ap.*
El papel.

ATUN. Así es verdad,
Que le sirvo, no se altere.
¿Qué mal puede estarme á mí
Que este me Lidoree?

RAC. En fin, ¿le sirve á Lidoro?

ATUN. Como cuatro y tres son siete.

RAC. Pues llévele este papel
Que yo se, que por él lleve
Unas famosas albricias.

ATUN. ¿Albricias? Pues que me tuesten,
Si este no es de alguna infanta.

RAC. Inclinación de alcahuete

Tiene, claro está, y no menos
Que de Phedra: así al pobrete
Le obligó la diligencia. *Vase.*
Adiós.

ATUN. Adiós. Lindamente
Me ha sucedido este caso;
Mas ¿qué fuera, que me diese
Cual que cadena, ó diamante,
Por el porte del billete?
Que á los principes de Epyro,
Alguno quitar no puede,
Que al uso de los de España,
Ensortijen y encadenen.
Voy á buscar á Lidoro.

Sale Thefeo

THEF. Atún, ¿qué papel es este?
¿Viste á Phedra? ¿Es suyo acaso?

ATUN. Es del diablo, que me lleve,
Pues tan desgraciado soy.
Mas, puesto que ya no tiene
Remedio, diré que sí,
Y que escrito para él viene.

THEF. ¿De qué te turbas, Atún?

ATUN. Estoy pensando, si tienes
Alguna joya, que darme
De albricias, que las merece
El papel.

THEF. Dame. La nema
Está tan fresca, que puede
Abrirle el billete, sin que
Llegue el papel á ofenderse.

LEE. Príncipe, descubiertos ya los engaños, con que sirviendo á las dos infantas me ofendéis, con una en el

gusto, y con otra en el pundonor, no me queda á qué apelar, sino á la venganza: En el Parque os espero, Bacho. ¿Qué es esto que escucho? Pues asi, infame, no te atreves. *Dale.* ¿A burlarme?

ATUN. ¡Ay de mis cascos!
Que soy atún, y no pulpo,
Que con golpes se enternece.
¿Estas son las albricias?

THEF. Las que tu traición merece
Son, villano; pero, ¿cómo
Mí cólera se detiene,
Que no voy á castigar,
Al que atrevido me ofende? *Vase*

ATUN. Allá vas, y nunca tornes.
¿A quién, cielos, le sucede
Buscar vueltas de cadena,
Y encontrarlas de puñetes?
Pues sin duda alguna, Phedra,
Espresaba, claramente,
En él, de Lidoro el nombre,
Y con favores corteses
Le trataba, por lo cual
Mi amo, vuelto una sierpe,
Quiere, que le pague yo,
Lo que Lidoro le debe.
Pero el papel está aqui,
Que al querer darme impaciente
Se le debió de caer:
O quien ahora supiese
Leer, para saber todas
Las locuras que contiene.
Pero pues él á Lidoro
Se escribió, y está de suerte,

Que puede otra vez cerrarse,
Sin que llegue á conocerse,
Víve Dios, que he de llevarlo
A Lidoro, que no siempre
Tengo de ser desgraciado;
Que bien puede sucederme,
Que pues del pan, y del palo
Todos participar suelen,
Y aquí encontré con el palo,
Allá con el pan encuentre. *Vase.*

Salen Bacho y el rey

BACH. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?
REY. Conozco vuestra prudencia,
Y un cuidado fiaros quiero.
BACH. Cielos, que ahora me venga *Ap.*
El rey á estorbar, que vaya,
Donde Lidoro me espera!
¿Qué manda tu magestad
Pues sabe, que es la respuesta
De la voz de su precepto,
El eco de mi obediencia?
¡Quién pudiera despedirse! *Ap.*
REY. Sabed, príncipe, que apenas
Tuve el gusto de pensar,
Que quedaba satisfecha,
En la muerte de Thefeo,
Con mi venganza, mi ofensa:
Cuando un confidente mío,
Que tengo dentro de Atenas,
Me avisa, que así que supo
De su príncipe la nueva,
Se alteró el reino de modo,
Que no hubo persona apta,
Que no se alistase, haciendo

Homenajes y promesas,
De no volver á la patria
Sin dejar antes á Creta,
O convertida en cenizas,
O reducida á pavesas.
Y en fin, que embarcados todos
En una armada tan gruesa,
Que quedando el mar poblado,
Queda desierta la tierra,
Navegan ya; pero yo
Prevenirme de manera,
Que la prevención, cordura,
Y no recelo parezca,
Quisiera, porque los míos,
Viéndome temer, no entiendan,
Que ya empieza á ser vencido,
Quien á recelarse empieza.
Mas venid, veréis las cartas,
Para que mejor con ellas
Acordemos, lo que hacerse
Debe, que estas materias
Se han de resolver despacio,
Y ejecutarse de prisa.

BACH. Vamos: ¿qué dirá Lidoro
De mi tardanza? Mas fuerza *Ap.*
Es seguir al rey ahora:
Pues aunque quede mal puesta
Mi opinión, sabrá después,
Volver mi valor por ella. *Vanse*

Sale Thefeo

THEF. Cansado estoy de esperar,
A que venga mi enemigo,
Que de esperar me fatigo,
Aún más que de pelear.

¡Válgame Dios! ¿Quién diría
A Bacho cuanto pasó?
Que Ariadna me libró,
Y que Phedra me quería,
Pues; pero aquí un caballero,
Si no me engaño, llegar
Veo; justo es aguardar,
Por si no fuere, el que espero.

Sale Lidoro con un papel

LID. Ahora de recibir
Acabo este papel,
Y á dar la respuesta de él
Quiere mi valor salir;
Porque sin duda, pretende,
Bacho mi juicio trocar;
Pues me llega á mí á acusar
De lo mismo, que él me ofende.
Porque cuando él inconstante
Con Phedra ofende mi amor,
Me acusa, de que traidor
De Ariadna soy amante.
Sin duda, su engaño piensa,
Fingiendo, que le compito,
Hacer común el delito,
Por hacer menor la ofensa.
Mas pues yo no se la hice,
Y él á mí, sí, morirá,
Por la causa, que me dá,
Y no, por la que me dice.
Pero mi viste previene
Hacia allí un bulto.
THEF. ¿Quién va?
LID. Sin duda es Bacho el que está.
THEF. Sin duda es Bacho el que viene.

LID. Príncipe
THEF. Acabad por Dios
De llegar, reñir podéis,
Que en ver, que quien soy, sabéis,
Conozco yo, quien sois vos.

Riñen los dos

LID. ¡Qué valor!
THEF. ¡Destreza rara!
LID. Valiente sois.
THEF. Tengo honor.
LID. A no tener mi valor,
Pienso que el vuestro envidiara.
THEF. No tenéis, que envidiar cierto,
Que un Hércules en vos veo.
LID. Cumplir con quien soy deseo:
Mas ¡ay de mí! que me has muerto.
THEF. Cielos, mi peligro es fuerte
Si hallan que soy su homicida;
Pues sobre deber mi vida,
He cometido otra muerte.
Mas pienso, que el mejor modo,
De enmendarlo, es apartarme;
Pues con solo retirarme
Queda remediado todo. *Vase*

Sale Bacho

BACH. ¡Qué cansado ha estado el rey!
No se como lo he sufrido;
Porque, como era tan otros,
Sus cuidados, de los míos,
Por más, que me consultaba
Sus políticos designios,
No pasaban sus razones

De aquel exterior ruído,
Que no pasa á la atención,
Aunque llega á los oidos.
¿Pero qué quietnd es esta?
A nadie en el Parque miro.
¿Qué fuera, que de cansado
De esperarme, se haya ído
Lidoro? Pero, ¿qué es esto?
A los rayos mal distintos
De la luna miro un hombre,
Que en mortales paroxismos,
Dá entre las muestras de muerto,
Escasas señas de vivo.
¿Quién será?
¡Válgame el cielo!

Dent. Hacia el Parque fué el ruído.

Salen Thebandro y guardas

THEB. Hacia aquí dicen las voces,
Y no mal, cuando distingo
Un hombre embozado, y otro
A sus pies muerto, ó herido:
Llegad á reconocerlos.

TODOS. Dáos á prisión.

BACH. Mas reprimo *Descúbrese*
La cólera: Ved, Thebandro,
Que soy yo, y que á este sitio
Llegué apenas cuando en él
Ví, lo que vos habéis visto.

THEB. Que vos lo digás, señor,
Me basta; pero es preciso
Reconocerlo.

BACH. Llegad.

THEB. ¿Qué es esto, cielos divinos?
¿Qué es lo que miran mis ojos?

¿No es el príncipe de Epyro
Lidoro, el que casi ya
En los últimos suspiros,
Está haciendo de su sangre
Infelices desperdicios?

BACH. Cielos, ¿cómo pudo ser?

THEB. Señor, pues cuando vos mismo
Habéis sido el agresor,
¿Os admiráis?

BACH. Pues me admiro,
Claro está, que no fuí yo;
Que mal pudiera mi brío
Querrer, con negar la culpa,
Hacer bajeza el delito.

THEB. Ved, príncipe, que en Palacio
Estaban ya muy sabidos
Los disgustos de los dos,
Por causas, que no averiguo:
Y á un hombre como Lidoro,
¿Quién hubiera que atrevido
Osara darle la muerte,
Sino vos?

Llega uno de los guardas con el papel

GUAR. Allí caído,
Estaba este papel,
Que es factible, que haya sido
De Lidoro, y que por él
Saques algo.

THEB. Bien has dicho.
Quiero ver lo que contiene:
Llega la luz.

GUAR. Ya te sirvo.

Lee TE. Príncipe, descubiertos ya los engaños, con que sirviendo á las dos in-

fantas me ofendéis, con la una en gusto y con la otra en el pundonor, no me queda á que apelar, sino á la venganza: en el Parque os espero, Bacho.

Véis, príncipe como para
Sustanciar este delito,
Ya sobran las evidencias
Si faltaban los indicios.
Mas, supuesto que no soy
Aqui yo, más que un ministro,
Que en vos no puedo tener
Jurisdicción ni dominio,
Sólo me toca dar cuenta
Al rey de lo sucedido,
Y si por vos me pregunta
Decirle que no os he visto;
Que aún bien, que no sois hombre,
Que puede estar escondido.
Vosotros ese cadáver
Llevad. *Vanse y queda Bacho*

BACH. ¿Habrá sucedido
A alguno tal confusión,
Como hallarse de improviso,
Sin haber tenido culpa,
Conuencido de un delito?
El papel, que yo á Lidoro
Escribí del desafío,
Es el que más me condena:
¿Quién creerá, cielos divinos,
Que la culpa no es verdad
Y que es verdad el indicio?
¿Háse visto igual aprieto
Como estar á un tiempo mismo,
Por una parte inocente,

Por otra parte convicto,
Del delito que no tengo?
Decir, que yo vengativo
Le dí la muerte, demás
De dar fuerzas al pelígro,
Es mentira y es bajeza;
Y es de mi valor indigno,
Que una bajeza cometa,
Por complacer un delirio.
Si digo que no, el papel
Es tan terrible testigo,
Que aunque yo escríbirle pude,
Nunca podrè desmentirlo.
Además de que no he de hacerme
Tanto desaire yo mismo,
Como decir la verdad,
Donde no he de ser creído.
Pues ya que no tengo medio,
Ni puede hallar el juicio,
Ni pruebas para negarlo,
Ni razón para decirlo.
Irme de Creta es mejor,
Puesto que tengo navíos
En que poder embarcarme,
Antes que corra peligro,
En reino extraño, mi vida,
O sabiendo los de Epyro
De su príncipe, la muerte,
Hallando desprevenidos
A mis Estados, en ellos
Se venguen. Adiós hechizo
De Creta, que en este Alcázar
No hay un solo laberinto. *Vase*

Salen Ariadna y Atún

ATUN. Lo que te digo ha pasado

Señora, y tengo por cierto,
Que Lidoro queda muerto,
Y el Palacio alborotado.

ARIAD. ¿Y es Thefeo quien le ha dado
La muerte?

ATUN. No hay que dudar,
Porque yo al verle bajar,
Al Parque, armado y cruel,
Bajé escondido tras él
Y se lo ví yo matar.
Además, que él ahora ha entrado,
Mostrando indicios no escasos,
Con apresurados pasos,
Y con aliento turbado,
El acero ensangrentado,
El rostro pálido y fiero,
El labio mudo, parlero,
El color tal, que pensara
Cualquiera, que de la cara
Se fué la sangre al acero,
Que de esta manera ahora
Allá dentro lo dejé.

ARIAD. ¿Y sabes tú, por qué fué
La pendencia?

ATUN. No, señora.

ARIAD. ¡Ay de aquella que le adora,
Y una vida, que advertida
Guardó, ve casi perdida!
Pues si le pretenden, no queda
Hilo ya con que se pueda
Restaurar el de su vida.
Temo le prendan; porque
Entonces el duro filo
Cortará á su vida el hilo,
Que yo con otro anudé:

Y porque mi industria fué
Lachesis, en mal tan fuerte,
¿Qué razón hay, si se advierte,
Que al mirarla combatida,
La Lachesis de su vida
Sea atropos de su muerte?
Cuanto es mejor el cruel
Lance, huir, pues con huir,
A él le libro de morir,
Y á mi de morir con él:
De manera, que fiel
A los dos soy este día,
Pues de la nobleza fía
Mi amor, que me restituya,
Viendo, que libro la suya,
En él, la suya, y la mia.
Parte, Atún, y dí á Thefeo,
Que venga á verme al momento.

ATUN. Será con mi movimiento
Un tullido tu deseo:
Pues solo tu ingenio, creo,
Que nos podrá dar favor,
Sacando de tu labor
Vida, que darnos, y agudo
Darla en un dedal, quien pudo,
Darla en un devanador.
Pero si acaso ha salido
Mi amo fuera, ¿qué haré?

ARIAD. Díle que no entre, porque
Puede de lo sucedido
Resultar algún ruído,
Y en todo caso será
Bien, que esté fuera; pues ya
No es segura la prisión,
Que yo estaré en el balcón,

Que cae al Parque.

ATUN. Bien está. *Vase*

ARIAD. Amo á Thefeo, y temo de manera
Su muerte, que me fuera más ligero
Tormento, si muriendo yo primero,
Los riesgos de su vida no temiera.
Mil veces mi temor lo considera
Blandido sobre el cuello el duro acero,
Y tantas veces yo del susto muero,
Cuantas presumo, que el morir pudiera.
Y no es el mayor daño, si se advierte,
Estar de tantos riesgos combatida,
Que otro mal tengo, que temer más fuerte:
Que es pensar, que con alma fementida,
En algún tiempo puede darme muerte,
A quien yo tantas veces doy la vida. *Vase*

Salen Thefeo y Phedra

PHED. ¿Qué dices? ¿La muerte á Bacho
Le diste tú?

THEF. Si, señora,
Que lo que atestigua el brazo,
Mal lo negará la boca.
Recibí un billete suyo,
En que su pasion celosa
Brevemente se explicaba,
Por querer presuntuosa
Remitir la explicación
De su cólera á las obras.
Bien, que expresaba, que yo
Por gusto o por vanagloria,
A las dos os sirvo, y que
Le ofendo en entrambas cosas,
En la opinión, con la una,
Y en el gusto, con la otra.

El como llegar pudiese
El á saber nuestra historia,
No me toca averiguarlo,
Aunque sentirlo me toca.
Salí, en fin, al desafío,
Fué mi espada màs dichosa,
Dí la muerte, ya lo sabes
Todo: pues escucha ahora
A lo que vengo. Bien sabes
Adorada Phedra, hermosa,
Que desde el primer instante,
Que te ví, te entregué toda
El alma, tan sin reservas,
Que aun mis ansias amorosas
No fueron mías, ni pude
Merecer en las congojas;
Porque á ninguno le pueden
Dar mérito agenas obras.
Y siendo tuyas las mías
Pareciera acción impropia,
Si quisiera mi cariño,
Que te obligaras de cosa,
Que era tuya, de manera,
Que incapaz la vanagloria
Quedó de poder servirte;
Pues reducida á una sola
Acción la mayor fineza
Fué, no poder hacer otra.
También sabes, que Ariadna,
O por noble ó por piadosa,
Hizo empeño de librarme
Con finezas tan heroicas,
Con industrias tan agudas,
Y acciones tan generosas,
Que á hallarme con alma, fuera

Darle el alma paga corta;
Pues cuando tan soberanas
Son las prendas que la adornan,
Obró tan fina conmigo,
Como si no fuera hermosa;
Pues bien sabes, que en los duelos,
Que allá disputáis vosotras,
Ofende á su punto, quien
Con finezas enamora.
Y aun juzgo, que esta es la causa,
Porque de ingratas blasonan
Todas las hermosas, dando
A entender presuntuosas,
Que á quien la beldad no falta,
Todo lo demás le sobra.
Y siendo; pero, ¿qué es esto?
Que parece que te enojas,
Porque alabo su hermosura:
La desatención perdona,
Y no tengas por delito,
Cuando el alma le es deudora,
Pues que no puede en afectos,
En aprecios corresponda;
Que muy bien puede un amante,
Que en esta duda zozobra,
Ser fino con la que quiere,
Sin ser grosero con otra.
Y si todo esto no basta,
Baste el ver, que vengo ahora
A rogarte que, supuesto,
Que ya la traza ingeniosa
Que conservaba mi vida,
Se acabó, pues tú no ignoras,
Que quien se lo dijo á Bacho,
Se lo dirá á otras personas,

Y añadiéndose á este riesgo
El que es muy factible cosa,
Que sepan que fuí yo, quien
Le maté, con que se dobla
El riesgo; pues quien le dió
A él de mis acciones todas
Cuenta, no es mucho que de él
Supiese, que con celosa
Resolución me retó,
Y de aquí infiera con poca
Dificultad el suceso,
Sin quedar á mis congojas,
Ni consuelo que las temple,
Ni asilo que las socorra.
Y no pienses, que es el riesgo
De mi vida, quien me asombra,
Pues me llamara feliz
Si peligrara ella sola;
Pero bien ves que Ariadna
Y tú, en las inquietas olas
Zozobráis de los peligros
de la vida y de la honra:
Y por evitar tan grande
Riesgo, discurro, señora,
Que sólo puede la fuga
Libertar nuestras personas.
Si es verdad, hermosa Phedra,
El amor de que blasonas,
Si no te ofenden mis ruegos,
Si te mueven mis congojas,
Vamos á Athenas, que allá
Puestos, no es dificultosa
Empresa alcanzar perdón
De tu padre, que aunque ahora
Se muestra tan enemigo,

Si una vez las armas toma
Mi va'or yo sé que es fácil
Conseguirlo; porque hay cosas,
Que se niegan en la paz,
Y que en la guerra se otorgan.
Pues yéndote tú conmigo,
Pensarán, que tú amorosa
Me diste la libertad,
Y con eso de la sombra
De la sospecha, Ariadna
Queda libre, y la corona
Ceñirá á solas de Creta.
Y tú de Atenas, señora
Serás, y del alma, que es
Posesión más generosa.
¿Qué díces? PHED.
Digo, Thefeo,
Que mi vergüenza deudora
Te queda de la atención;
Pues cuando son tan notorias
Las razones, que me obligan,
A que la fuga disponga,
Y que casi me forzaran,
A decírtelo animosa,
Con decirlo tú me excusas,
El que yo te lo proponga;
Porque no sé, que se tiene
El disponer amorosa
Resoluciones, que suena
Siempre mejor en la boca
Del galán, que de la dama:
Pues para ostentar heroica
De amante, conceder basta,
Porque proponer, es cosa
En qe sue aja la hermosura,

O el respeto se abandona.
Y la que á su amante ruega,
Aunque sepa, que él la adora,
Sino queda desairada,
No quedará muy airosa.
Que el decoro de las damas
Tiene tantas ceremonias,
Que para cumplir con ellas,
Sin agraviarse á sí propia,
Ha menester una dama,
Aun cuando amánte se nombra,
Dar á entender, que se vence,
Mas no mostrar, que se postra.
Esto supuesto, dispon
De mi vida, y mi persona,
Que á quien dice, que te quiere,
Todo lo demás le sobra.

THEF. Dulce imán de mis sentidos,
Deja, que á tus plantas ponga
Mis labios.

PHED Alsa del suelo.
Que no es razón, cuando gozas
Todo el dominio del alma,
Que assi estes. THEF. Si generosa
Doblas los favores tu,
Porque te admiras. si dobla
La recompensa mi amor?
A Dios, mi bien, que ya es hora
De disponerme.

PHED. Ven luego.
Que alguna Nave dispongas,
En que nos podemos ir,
Supuesto, que hay tanta copia
En el puerto siempre de ellas.
Y no dudo, que entre todas

Haya alguna de tu Reino,
La cual podrás con mis joyas
Fletar; pues con el disfraz
No es fácil, que te conozcan.

THEF. Pues yo voy.

PHED. Y cuando vuelvas
No entres, que yo cuidadosa
Te esperaré en esta puerta
Del Parque, que así se logra
Mejor el no ser sentido.

THEF. Pues á Dios, mi prenda
hermosa:
Y pues eres Deidad, manda,
Que anticipen las horas,
Que voy á estar sin tu vista.

PHED. Diligencia fuera ociosa,
A poder ser, pues sin tí,
Aunque á un solo instante todas
Se redujesen, sería
Eternidad de congojas. *Vanse*

Sale Bacho embozado

BACH. Que cuando de un delito convencido
Me miro, sin verlo cometido,
Y cuando en la desdicha de Lidoro
La muerte sé, y el agresor ignoro,
Que en el Parque matándolo primero,
Impidió la venganza de mi acero,
Y cuando por librarme
Del riesgo, determino el ausentarme
De Creta, á cuyo efecto prevenida
Dejo una Nave, en que salvar mi vida,
Pueda tanto el amor de aquesta ingrata,
Que con desdenes, y belleza mata,
que cuando á mas no verla me resuelvo,

Segunda vez á su palabra vuelvo,
A despedirme de sus duras rejas,
Que quizá mas piadosas á mis quejas,
Sus yerros dar podrán, enternecidos,
A yerros de mi amor gratos oídos?

Sale Ariana abriendo un balcon

ARIAD. Mientras mas tarda Thefeo,
Mas en mi crece la angustia,
Que si esperar solo mata,
Qué hará quien espera y duda?
Mas si la vista no miente,
O me engaña la confusa
Sombra, hácia acá viene un hombre.
BAC. Hacia allí han abierto una
Ventana, llegarme quiero.
ARIAD. Pues se llega, él es sin duda:
Sois vos, Señor?
BAC. Fingir quiero,
Que yo soy el que preguntan.
Yo soy. *Ari.* Pues como tan tarde
Venis, Señor, cuando turban
Tantos temores mi pecho,
Después que supe la injusta
Muerte, que á Lidoro disteis?
BAC. Cielos, que es esto y escuchan
Mis oídos? La que habla
Me conoce, pues pronuncia
Esto, quien será? *Ari.* Y aunque
No sé la causa, quien duda,
Que por el amor de Phedra
Mi hermana, cuya hermrsura
En agravio de mi amor
Solicitais, y en injuria

De mi fe. *Bach.* Viven los Cielos,
Que es Ariadna, y me acusa
De falso, porque quizá
Supo aquella necia industria
De solicitar á Phedra.
Mas como, cuando sañuda,
Por la muerte de su amante
Lidoro, mi amor la juzga,
Sin lamentar su desdicha,
Celosamente me culpa?

ARIAD. Mas supuesto, que no es tiempo
De celosas conjecturas,
Sino solo del remedio
De los riesgos que me asustan,
Pues veis, que muerto Lidoro,
Ninguna industria asegura
Vuestra vida, ni mi honor,
Que ondas de riesgos fluctua,
Hurtémonos á este riesgo,
Huyamos acuesta furia.
Y lo que el valor no puede
Salvar, sàlvelo la fuga.
Naves hay siempre en el puerto,
Prevenid, Principe, alguna,
En que nos podamas ir.

BAC. Cielos tan grande ventura
Es posibie, que yo tengo?
Ariadna, que tan dura
Fue, se muestra tan amante,
Que á seguirme se aventura?
Pues yo de su misma boca
No escuché, que amaba (o nunca
Me acordará!) á mi enemigo?
Pues como ahora me asegura,
Que me tiene amor á mí?

Mas que es lo que dificulta
Mí dolor? á los principios
No me trato con blandura,
Y aún dio indicios de quererme;
Pues no puede ser, que alguna
Ocasion la motivase
A lo que vi; pues hay muchas,
Que en el crisol de los celos,
El oro de amor apuran?
Y en fin, aunque esto no sea,
Que indicio quedo de culpa,
Que darle, á quien á seguirme
Se resuelve? Y aunque turba
Mi corazon el pensar,
Que lo quiso, es conjectura
Necia; pues aunque así sea,
Galanterias tan justas
Desasonan, mas no ofenden,
Lastiman, mas no deslustran.
Yo me resuelvo á llevar
Todo el Cielo en tu hermosura;
Pues que á muerto Lidoro,
Ningún recelo me asusta,
ARI. Qué piensas, que no respondes?
BAC. Señora, en el puerto hay surtas
Naves (la que yo previne
servirá) la coyuntura
Logremos, que prevenirla
No es menester, que antes muchas
Quieren ya hacerse á la vela;
Y si tu ahora aventuras
El poder salir, despues
Se puede ofrecer alguna
Dificultad. ARI. Pues espera,
Que ya bajo. Noche obscura,

Ampara mi amor, pues siempre
Empeños de amor ayudas.

Vase, y Bacho se llega á la puerta, por donde sale Phedra

PHED. Válgame Dios! que resuelto
Y valiente es el amor,
Pues á una muger obliga
A tan temeraria accion,
Como que deje á su Patria,
Y que abandone su honor'
Por seguir á un hombre; pero
Ya imagino, que llegó
Thefeo, pues hácia acá
Se llega un hombre; sois vos,
Señor? BACH. Pues quien puede ser
Sino aquel, que girasol
Tan fino es de vuestros rayos,
Que aun cuando su resplandor
Con las sombras se disfraza,
Conoce la noche al Sol.
PHED. Pues vamos antes, que sepa
Mi padre, que fuisteis vos
El autor del homicidio.
BACH. Seguidme, pues.

Vanse apartando, y sale Thefeo llegándose á la puerta

THEF. Ya quedó.
En el puerto prevenida
La nave, porque el amor
Es agente tan activo,
Que no sufre dilación.
En esta puerta me dijo
Phedra, que esperaba, yo
Quiero llegar.

Sale Ariadna por la misma puerta
que salió Phedra

ARIAD. Qué turbados
Pasos da mi confusion!
Què mucho, si va en mi culpa
Tropezando mi temor!
Pero acá se acerca un bulto,
Si no me engaña el horror
De la noche, hablarle quiero:
Mas ay! que la turbación
Me ha dejado el sobresalto,
Y te ha llevado la voz!

THEF. Vive Dios, que está esperando
A la puerta: qué valor
Al suyo iguala? Señora.

ARIAD. Quien es (ay de mi)

THEF. Yo soy,
El que soy, porque soy vuestro,
Porque mi ser de mi amor,
Depende, y á no ser vuestro,
Pienso, que no fuera yo.

ARI. Pues vamos, porque he sentido
En el Palacio rumor,
Y dudo, que pueda ser.
Vamos. *Sale* ATUN.

ATUN. La respiración
Me falta ya de cansado
De buscar á mi Señor,
Aqueste Principe Duende,
Que cuando lo buscan, no
Parece; y cuando se enfadan,
Se aparece cual visión:
Avisaré del suceso

A Ariadna, que al balcon
Puesta está al sereno, pienso,
Que por templar el calor,
Que él le causa. Pero allí
Va un hombre, no sino dos,
Y muy cabales por cierto,
Pues por ir con perfección,
Cada uno de su costilla
Lleva la transformación.

BAC. Hácia nosotros dos bultos
Vienen, Señora, mejor
Es retirarnos aqui,
Mientras pasan.

PHED. Sin mí voy.

Lléganse á un lado Bacho, y Phedra, y pasan por delante de ellos Ariadna, y Thefeo, y llegase Atun á Thefeo.

ARIAD. Camina aprisa, Thefeo.

ATUN. Thefeo dijo esta voz:
Mas si este fuese mi amo,
Que llegando antes que yo,
Haya sacado á la Infanta?
Que como la descarnó
Ya de su padre, no es mucho,
Que sirva de sacador.
Quiero llegarme con tiento:
Oyes, eres tu, Señor?

THEF. Este es ATUN: qué me quieres?

ATUN. Di si eres tu, que el temor,
Hasta ver, si tu eres tu,
No diré, si yo soy yo.

THEF. Thefeo soy, quieres mas?

PHED. Thefeo dijo; pues no
Es Thefeo, quien me lleva?

ATUN. Pues dime, Señor, por Dios,
Donde has estado esta noche?
Que Ariadna me envió
A buscarte, y no te hallé.
BAC. Quien á Ariadna nombró?
THEF. A solicitar, si habia
Alguna navegación
A Atenas, al puerto fui;
Porque deje mi valor
A Creta en tinieblas, pues
En Phedra le llevo el Sol.
ATUN. Luego es Phedra, y no Adriadna
La que llevas?
ARIAD. Ha traidor!
Asi te equivocas? Bien
Se vé, que en el corazón
Tiene á Phedra, pues á mi
Me dice Phedra! Ha rigor!
Que presto empiezo á pagar
Mi ciega resolución!
BAC. Que si es Phedra, y no Adriadna,
Preguntan, qué confusión!
PBED. Si es Phedra, ó es Ariadna
La que llevan preguntó:
Quién será, quién esto dice?
ARIAD. Vamos, antes que el rigor
Del Rey mi padre nos busque.
THE. Ven, hermosa Phedra. AR. Yo
Ariadna soy, no Phedra:
No segunda vez tu voz
Mi nombre equivoque, ingrato.
BAC. Qué es esto Cielos? Ya no
Puedo dejar de saberlo;
Tu, Ariadna, mientras voy

A reconocer quien pasa,
Espera. THEF. Valgame Dios,
Como puede aquesto ser?
Que no eres Phedra?

ARIAD. No soy.
Sino Ariadna. BAC. Qué escucho?
Válgame el Cielo! PHED. Ni yo
Ariadna, síno Phedra,
Y pues engañada voy
Con este, que no sé quien
Es, y con el mismo error
Lleva Thefeo á mi hermana,
Dele voces mi dolor:
Thefeo, señor, esposo,
Mıra, que aqueste traidor
Robada te lleva á Phedra.

THEF. Pues que espera mi valor?
Muere, atrevido á mis manos.

BAC. Muere tu, pues escuchó
Mi honor, que engañada llevas
A Ariadna. ARIAD. Qué rigor
De mi estrella es este. PHE. Pues
Aquel es Thefeo, yo
Quiero ponerme á su lado.

ARIAD. Ay de mi! Con el horror
De la noche no se cual
Es Thefeo de los dos.

Trúecanse las Damas, y sale Razimo huyendo

RAZ. A donde podré esconderme?
Que por criado de Bacho,
Corre esta vez el Razimo
Peligro de ser colgado.

Salen Thebandro, y soldados

THEB. Matadlo, si te resistes,
Que este orden el Rey ha dado.
RAZ. Quien dice, que es resistirse
El correr mas que de paso?
THEB. Pero qué es esto? En el parque
Resueltos, y temerarios,
Dos hombres están riñendo:
Quien sois vosotros, que osados
Os atreveis de este sitio
A quebrantar el sagrado?
Daos á prisión. THE. Mal conoces
Mi valor.
BAC. Qué mal mis manos
Conoceis.
THEB. Pues mueran luego,
Qué esperais? THEF. Si aqui alentado
No me resisto, la vida,
Y á Phedra pierdo.
BAC. Si osado *Riñen*
No me defiendo, á Ariadna
Pierdo, y la vida. PHED. Tirano
Cielo, acaba con mi muerte
Vida, que te ofende tanto.
ARI. Si blanco infeliz mi vida
Es de tus tiros airados,
Y es el blanco el que te ofende,
Acaba de herir el blanco.
SOLD. Resistencia á la Justicia.

Sale el Rey, y acompañamiento

REY. Qué es esto? En todo el Palacio
Solo se escuchan pendencias?
Solo se miran estragos?

THEB. Señor, aquestos dos hombres
Son, que intentan obstinados
Resistirse á la Justicia
REY. Pues prendedlos, ó matadlos.
THEB. Con estas damas, por quien
Se estaban acuchillando,
Segun juzgo. REY. Por mugeres?
Prendedlas.
THEF. Ya es el librarnos
Imposible; pues nos vemos
Por todas partes cercados.
REY. Descubrid esas mugeres.
ARI. Cielos, hoy la vida acabo.
PHED. A Dios infelice vida.

Descúbrales, Thebandro.

REY. Qué es esto, qué estoy mirando?
Mis hijas? Mas no lo son,
Pues obran (todo me abraso!)
Tan bajamente; pues como
(Volcanes del pecho exhalo!
Oh! si al pronunciar mi afrenta,
Oh! si al decir dolor tanto,
Lo articuláran los ojos
Y lo ignoráran los labios!)
Pues como, vuelvo á decir,
Aleves mónstruos, ingratos
Instrumentos de mi afrenta,
Imagines de mi agravio
En tal sitio (qué tormento!)
A las dos (qué desacato!)
Disfrazadas (qué indecencia!)
Solas con dos hombres hallo?
Hablad, no me respondeis?
Decid, quien son los villanos,

Que dejándome la vida,
Todo el honor me han robado?
Hablad, aleves, no os sirva
La vergüenza de embarazo,
Que á quien le faltó al hacerlo,
No ha de tenerla al contarlo.

ARIAD. Señor (el temor de hielo
Me ha vuelto)

PHED. Señor (en marmol
Me ha transformado el temor)

ARIAD. Si por mi culpa.

BAC. Que aguardo,
Que no me descubro, viendo
A Ariadna en riesgo tanto?

Descúbrese

Señor, justo es, que castigues
Solo al que hallares culpado,
Que soy yo; pues Ariadna,
Vencida de mis alhagos,
Convencida de mis ruegos,
Y obligada de mi llanto,
Me sigue.

ARIAD. Qué es lo que escucho
Yo, Divinos Cielos? cuando
A Bacho seguí? mas quiero
Callar, por si en riesgo tanto
Su industria salvarme puede.

THEF. Qué es esto? como está Bacho
Vivo, si yo le dí muerte?

PHED. De verle vivo me espanto.

REY. Luego, príncipe, juzgue,
Que tu eras el inhumano
Autor de la ofensa mía;
Pues quien se atreviera osado

A mi honor, sino tu solo,
Que de lo grande ha buscado,
Para bolar bajamente,
Las alas de sér tan alto.
Mas yo dejaré, en tu muerte,
Ejemplo á los temerarios,
Vengando al muerto Lidoro,
Y mi honor desagraviando.

THEF. Cuando á la muerte se entrega
El por su dama arrojado,
No será bien, que se piense,
De mi ardimiento bizarro,
Que cuando él se llega al riesgo,
Yo del peligro me aparto.

Descúbrese

Señor, si por Ariadna
Se entrega á la muerte Bacho,
No será bien, que Thefeo
No haga por Phedra otro tanto.

PHED. Ay de mi! qué es lo que
has hecho?

ARI. Qué miro? Por Phedra osado
Se entrega á la muerte? Muera,
Que mi amor desengañado
De su ingratitud, convierte
En odio todo el agrado.

BAC. Cielos con vida Thefeo,
Y de Phedra amante, cuando
Le juzgué muerto? Sin duda
Es ella quien lo ha librado.

PHEB. Es sueño lo que estoy viendo?

AT. Todos se han quedado helados,
Y mas que pudiera muerto,
Espanta resucitado.

RAZ. Que fuera, que con Lidoro
Nos sucediera otro tanto,
Y tuvieramos en Creta
El dia de los finados?

REY. De suerte me ha suspendido
Caso tan inopinado,
Que me usurpa lo admirado
Las acciones de ofendido:
Qué estás con vida? que ha habido
Tan villana compasión,
Que libertó tu traición?
En vano el pecho respira,
Si cuando busco la ira,
Topo con la admiración,
Hidra, que mi enojo incitas,
Pues cuando mi enojo piensa
Matar contigo una ofensa,
Con tantas me resucitas:
Por qué mi cólera irritas?
No te bastaba, traidor,
Para agravar mi dolor,
Cuando tu industria me engaña,
A ver burlado mi saña,
Sin haber muerto mi honor?
Qué mas agravios intentas
A la sangre hacer, que infamas,
Si en Atenas la derramas,
Y en Creta osado la afrentas?
Que engaños nuevos inventas,
Para dejarla agraviada,
Pues llevándola robada,
A tu intencion homicida,
No bastó verla vertida,
Hasta mirarla afrentada?
Mas à todos el castigo

Les dará mi enojo grave,
Que como contiguo acabe,
Que importa acabar conmigo?
Y sea el mundo testigo,
De que con mi sangre lava
Mi honor su afrenta, y que acaba
Con los que agraviarlo intentan,
Y mueran las que me afrentan,
Pues ya murió el que me honraba.
Todos perdereis la vida,
Y hasta Bacho, que traidor,
De Ariadna fue raptor,
Y de Lidoro homicida:
Una es la culpa atrevida,
Que vuestras vidas condena,
Y asi, que murais ordena
El enojo á que me incito:
Y pues teneis un delito,
Llevad una misma pena.
Llevadlos. BACH. Fiero rigor!

THEF. Con qué pena el alma lucha!
ARI. Nada su crueldad escucha.
PHED. Nada atiende su rigor.
REY. Mueran, y viva mi honor,
Pues lo han querido agraviar.
THE. Qué aquesto llego á escuchar!
RAZ. Que esta pena llego á oir.
ARIAD. Penas, callar, y morir.
PHED. Amor, morir, y callar.

Tocan cajas, y salen asustadas Cintia, y Laura, y dos soldados

SOL 1.° Señor, como tan despacio
Te estás, cuando la ruina
De toda Creta al cercano

Pelígro tuyo te avisa?
SOL. 2.º Ocupando tu palacio
Todo está ya de enemigas
Escuadras, que por la parte,
Que cae hácia la Marina,
Tuvieron disposicion
De entrarse, sin ser sentidas,
Porque Atenas, de la muerte
De su príncipe ofendida,
Viene brotando venganzas.
Mas, señor, salva la vida,
Que ya llegan. REY. Ay de mí!
Quien ha visto (suerte esquiva!)
Pue yo pague las ofensas,
Y las ofensas reciba?
LAUR. El alboroto, y el susto
Amenaza mucha ruina.
CINT. Siendo tan libre, sintiera
Esta vez verme cautiva.

Salen Licas de general, y soldados atenienses.

LIC. Hasta hallar al mismo Rey,
No se sosiegan mis iras,
Para vengar con su muerte
La sangrienta tiranía
De la muerte de Thefeo.
THEB. Cielos, notable desdicha!
Ya es imposible la fuga.
LIC. Mas no es el Rey el que miran
Mis ojos? Muere á mis manos.
PHE. Thefeo. THEF. Nada me digas,
Que no es bien, que por tu ruego
Deje la accion de ser mia.
REY. No hay nadie, que me socorra?

THEF. Si hay, gran señor: tente Licas,
Que no hay, que vengar mi muerte,
Cuando me encuentras con vida.
Thefeo soy, no lo ves?
Vivo estoy. LIC. Tan grande dicha
Llego á ver, señor! Pues como
Te hallo vivo? THE. Compasivas
Me libraron las infantas.
(No es bien, que Ariadna diga
Sola mi voz, porque es dár
Sospecha, y no es accion digna
Cuando no puedo pagarlas,
Blasonan de sus caricias.)
LIC. Luego no fue el Rey el que
Te perdono? THEF. Fue su hija,
Que es lo mismo, pues él dió
El sér, á quien me dió vida
Y cuando aquesta razon
No me moviera, la misma
Accion hiciera, por dár
A entender mi bizarría,
Que tiene mas valor, quien
Perdona, que quien castiga.
Y asi haz, Licas, recoger
La gente. REY. Que agradecida
Te podrá el alma ofrecer,
Thefeo, cuando cautiva
De tu razon mi venganza,
Aun no acierta de corrida
A mirarte? THE. Aunque era justo
Darse por desentida
Mi altivez del beneficio,
Hay razon, que no permita
Ese garbo á mi valor;
Y asi la galanteria

Perdone, que hay ocasiones
En que es justa la codicia.
REY. Pues qué aguardas? Pide todo
El Reyno. THEF. Cosa mas rica
Pido, señor, que es á Phedra,
Cuya hermosura divina
Es solo el premio, que quiero.
REY. Por mi ya está concedida.
ARI. Con Phedra se casa? Ha ingrato!
Murió la esperanza mia.
Mas pues no tiene remedio,
Pagar de Bacho la fina
Atencion quiero. Señor,
Pues mitigadas tus iras,
Han perdonado á mi hermana,
Tambien yo á tus pies rendida
Pido perdon, y te aviso,
De que no fue el homicida
Bacho de Lidoro, fino
Thefeo REY. No vés, que implica
Siendo de Bacho el papel?
ARI. Quien lo vió, señor, lo afirma.
Dilo Atun. AT. Aqui entro yo,
Gracias á Santa Lucia,
Que tengo lugar de hablar:
Si señor, que mi codicia,
Pensando, que era de Phedra,
Le llevó el papel. RAZ. No digas
Mas, que tambien entro yo.
Que urdí toda la mentira
De miedo, y se lo entregué
A este. AT. Y yo por las albricias
A Lidoro lo llevaba,
Cuando la desdicha mia

Con mi amo me encontró,
Que leyendo á toda prisa
El papel, no pude oir,
Oue era lo que contenía;
Y viendo, que estaba fresca
La nema, y que bien podia
Cerrarse, volví á cerrarlo,
Y á Lidoro con la misma
Ignorancia lo entregué,
El cual, luego, echando chispas
Bajó al parque, y con mi Amo,
Que tambien fue.

REY. No prosigas.
Dele la mano Ariadna
A Bacho, y tu agradecida
A Thefeo. PHE. Esta es mi mano,
Príncipe. THEF. Ya á recibirla
El alma, que es vuestra, sale.

ARI. Y aquesta, Bacho, la mia.

BAC. En ella me dais, señora,
Todo el premio de mis dichas.

RAZ. Cintia, ya vés, que no ha habido
Lugar de galanterias
De Lacayos, y Fregonas;
Pero, si quieres ser mía,
Dispensando de galan
Las amantes baratijas,
Aqui estoy. CINT. Y yo te admiro,
Porque fuera bobería
Perder aquesta ocasión.

AT. Lauria, no es bien que la enbidia
Nos quede á nosotros.

LAUR. Tienes
Razon, no es bien, que valdia,
Cuando se casan los otros,
Quede persona tan digna
Como yo; y assi mi mano
Es esta, TBEB. Y perdon rendida
Os pide la pluma, que
Contra el genío, que la aníma,
Por serviros escribió,
Sin saber lo que escribia



REDONDILLAS

ARGUYE DE INCONSECUENCIA EL GUSTO Y LA CENSURA DE LOS HOMBRES, QUE EN LAS MUJERES ACUSAN LO QUE CAUSAN

Hombres necios, que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis;
Si con ansia sin igual.
Solicitáis su desdén,
¿Por que quereis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad,
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia,
Hallar á la que buscáis,
Para prentendida, Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.

¿Que humor puede ser más raro,
Que el que falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel,
A una culpáis por cruel,
Y á otra por fácil culpáis.
¿Pues como ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofenden
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.
Dan vuestra amantes penas
A sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada,
Ó el que ruega de caído?
¿Ó cual es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las haceis
O hacedlas cual las buscais.
Dejad de solicitar,
Y después, con mas razón,
Acusaréis la afición
De la que os fuere á rogar.
Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia;
Pues en promesa é instancia,
Juntáis diablo, carne y mundo.



INDICE

(1) No se inserta la jornada segunda de esta comedia por haberla escrito el licenciado D. Juan Guevara.

ERRATAS

—

Página	Línea	Dice	Léase
81	28	fuvorecido	favorecido
85	11	ausencie	ausencia
88	11	delo	cielo


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 23 11 12 011 1